

PASIÓN POR LA ORACIÓN

*Cómo encontrar una intimidad nueva
y más profunda con Dios*



*Tim Crosby , Ruthie Jacobsen
y Lonnie Melashenko*

PASIÓN POR LA ORACIÓN

¿Desea ver los milagros de Dios obrando poderosamente en su vida? ¿Siente hambre de una conversación íntima, significativa, con Dios?

Pasión por la oración puede revolucionar su vida de oración. Crosby, Jacobsen y Melashenko lo equiparán con pasos concretos y prácticos para crecer en este aspecto de su existencia. Lo inspirarán con relatos conmovedores de respuestas divinas. Con sensibilidad y sinceridad discutirán el problema de las oraciones no respondidas. Destilarán lecciones vitales de las experiencias de oración de los personajes bíblicos. Y le mostrarán cómo las oraciones de unos pocos han transformado naciones enteras.

“El compañerismo con el Rey de reyes es la experiencia cumbre en este universo”, dicen los autores. ¡Disfrute de una relación más íntima con el Señor ahora, y él encenderá en su corazón una nueva pasión por la oración!

Tim Crosby es director editorial en la Review and Herald; Ruthie Jacobsen es directora del Ministerio de la Oración en la División Norteamericana; y Lonnie Melashenko es director y orador del programa radial y televisivo Voice of Prophecy (La Voz de la Esperanza).



ISBN 987-567-148-7



9 789875 671485

PASIÓN POR LA ORACIÓN

*Cómo encontrar una intimidad nueva
y más profunda con Dios*

**Tim Crosby, Ruthie Jacobsen
y
Lonnie Melashenko**

ASOCIACIÓN CASA EDITORA SUDAMERICANA
Av. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste
Buenos Aires, República Argentina

Título del original: *A Passion for Prayer*; Review and Herald Publishing Association, Hagerstown, MD, Estados Unidos.1999.

Dirección editorial: Rolando A. Itin

Traducción: Pablo Quinteros

Diagramación: Eval Sosa

Tapa: Hugo Primucci

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Printed in Argentina

Primera edición

Tercera reimpresión

MMVII - 6M

Es propiedad. © Review and Herald Publ. Assn. (1999).

© ACES (2005).

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN: 978-987-567-148-5

Melashenko, Lonnie

Pasión por la oración : Cómo encontrar una intimidad nueva y más profunda con Dios / Lonnie Melashenko ; Tim Crosby ; Ruthie Jacobsen ; dirigido por Rolando A. Itin - 1ª ed. 3ª reimp. - Florida : Asoc. Casa Editora Sudamericana, 2007.

160 p. ; 20 x 14 cm.

Traducido por: Pablo Quinteros

ISBN 978-987-567-148-5

I. Vida cristiana-Oración. I. Crosby, Tim II. Jacobsen, Ruthie III. Itin, Rolando A., dir. IV. Pablo Quinteros, trad. V. Título.
CDD 291.4

Se terminó de imprimir el 22 de febrero de 2007 en talleres propios (Av. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Prohibida la *reproducción total o parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión *ya sea electrónica, mecánica*, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

Contenido

I.	En el principio, Dios	5
II.	Pidiendo grandes cosas	17
III.	El extraño poder de la alabanza	27
IV.	La oración de sanidad	40
V.	Cuando Dios no responde	52
VI.	La oración que Dios siempre responde	65
VII.	El factor inesperado	78
VIII.	Abriendo corazones por medio de la oración	95
IX.	Cubre a tus seres queridos con oración	107
X.	Derribando fortalezas espirituales	120
XI.	Oraciones incendiarias	133
XII.	Cómo capturar el viento	145
Apéndice:	Algunas de las más grandes promesas de Dios	158

CAPÍTULO I

En el principio, Dios

Por favor, ven con nosotros en un viaje imaginario hasta una encantadora casa de convalecencia o reposo. Sentado solo, en el cuarto principal, vemos a un hombre de cabellos blancos y aspecto distinguido. Es evidente que se siente solo. Las enfermeras atienden a todas sus necesidades, pero nadie se sienta a conversar con él. Descubrimos que él es el fundador de la casa de reposo, que tiene muchos hijos, pero que estos raramente lo visitan. Ocasionalmente lo llaman, pero no hablan mucho. Nadie lo toca.

¿Sabes quién es este anciano?

Es Dios.

¿Crees que Dios puede alguna vez sentirse así? Él creó el mundo, nos da vida, salvación y muchos otros deleites, pero muy pocos de sus hijos alguna vez le agradecen o lo recuerdan. Sí, claro, miles de ángeles lo rodean, pero aún así, él debe sentirse solitario, extrañando a sus alejados hijos humanos que pasan muy poco tiempo en su compañía.

Cambiamos la escena. Imagínate a este caballero de cabellos blancos con un gato en la falda. Él lo acaricia, y el gato ronronea y frota su cabeza contra la mano de su amo. El hombre solitario ya no se siente solo. Ha encontrado un amigo. Aunque esta criatura peluda y ronroneante no puede satisfacer sus necesidades intelectuales, sí puede satisfacer su necesidad de amor y afecto. Y puedes estar seguro de que el gato recibe la mejor comida y el mejor cuida-

do de su amigo.

Dios desea el compañerismo de sus hijos, las ovejas de su prado, tal como tú y yo disfrutamos del tiempo que pasamos con nuestras mascotas.

Cuando Tim y Carol Crosby vivían en California, tenían dos gatos persas de pura sangre: Barnum y Bailey. Eran dos criaturas hermosas a la vista. Pero eran deficientes a la hora de mostrar afecto. La única ocasión en que se acercaban a las piernas de sus amos era cuando sus platos de comida estaban vacíos. Tim y Carol nunca fueron felices con estos gatos. Sus dueños estaban decepcionados de que la única vez en que los animales querían estar cerca de ellos era cuando buscaban algo. Estaban chasqueados de que estos gatos, comprados a un precio muy alto, mostraran tan poco afecto.

¿Se siente Dios así respecto a ti?

Pero los Crosby tienen ahora a Beaupuf, una gata blanca de pelo largo. Aunque Beaupuf carece del pedigree de sus predecesores, ella es más afectuosa, y eso hace que valga la pena todas las molestias que ocasiona su aseo.

¿Qué quiere Dios de nosotros en primer lugar? Bueno, ¿que desea un padre de un hijo, o un amo de su mascota? ¿Perfección? ¿Servicio? No. Amor. Lo que Dios más quiere de nosotros, por sobre todas las cosas, es nuestra compañía, nuestro afecto. A veces Dios **debe** sentirse como la proverbial esposa solitaria cuyo marido **está siempre lejos**, ganando mucho dinero, pero que nunca tiene tiempo para su amada. Dios quiere que pasemos tiempo con él, antes que trabajar mucho para él. *Quiere que ronroneemos en sus faldas.*

Quizás no te gustan los gatos. Muy bien, hablemos entonces de perros. ¿Sabías que las palabras can, canino, están relacionadas con la palabra griega para adoración? La palabra griega para adoración es *proskunéo*, y de esta raíz obtenemos nuestra palabra canino. Ahora, ¿qué tiene que ver la adoración con un perro?

Piénsalo por un minuto. Probablemente tú mismo has experimentado la adulación de un perro. Un perro que está contento de verte brincará a tu alrededor en una especie de baile de celebración, moviendo la cola, regocijándose en tu presencia y haciendo todo lo que puede para decirte, en su lenguaje perruno, que tú eres alguien especial. El animal puede incluso saltar sobre ti, intentando acercar-

se lo que más pueda a tu rostro. Eso es adoración. Saltar delante del Señor. Ronronear en sus faldas. Acurrucarse junto a él. Buscar su rostro. Podríamos aprender bastante de nuestras mascotas.

Salir a la lucha del día dándole a Dios sólo una leve inclinación de la cabeza no es tan sólo inapropiado, sino antinatural. A Mitzi, una perrita poodle que los Crosby tuvieron antes, nunca se le enseñó religión. Pero al abrirle la puerta por las mañanas, instintivamente corría a saludar a sus dueños antes de ir a jugar con sus juguetes o, incluso, antes de atender el llamado de la naturaleza.

Como dijimos, podríamos aprender bastante de nuestras mascotas...

* * * * *

Las primeras palabras de las Escrituras son: "En el principio Dios". Esta es una receta para el éxito espiritual.

Dios, en el principio, transformó el caos en un jardín. Es reconfortante saber que este lamentable caos pecaminoso en el que nos encontramos va a terminar bien, puesto que empezó bien, aún cuando en algún momento intermedio todo se estropeó.

"En el principio Dios" es un gran lema de vida. Buscamos a Dios al principio de cada día para que él pueda regenerar las profundas corrientes de nuestra alma por medio del mismo poder creativo con que hizo las aguas y todo lo que en ellas hay. Así como el Espíritu de Dios se movió sobre la faz del abismo y comenzó a reordenar y organizar el caos original, trayendo abundancia y orden, de igual manera el Espíritu de Dios se mueve sobre los profundos escondites del corazón en la mañana, cuando nos presentamos ante él, haciéndonos fructíferos. En la mañana, mientras el corazón está fresco y moldeable, debemos hacer a un lado las preocupaciones del día y abrir de par en par la puerta de la comunión con Dios, bebiendo nuestra porción de él.

Encontrar tiempo para una consistente vida de oración nunca es fácil. Tampoco fue fácil para Jesús. Lucas 5:16 nos dice que Jesús a menudo se retiraba a lugares solitarios y oraba. De acuerdo con Marcos 1:35, su costumbre era levantarse antes del alba para ir a algún lugar apartado y orar, dejando que las corrientes de su vida fluyeran en la dirección correcta. Fue sólo apartándose de las multitu-

des, que Jesús fue capaz de atraer a las multitudes.

Tendemos a pensar que, puesto que Jesús vivió en una época de vida más sencilla –sin horarios de 9:00 a 17:00, sin televisión, sin trabajo doméstico–, encontrar tiempo para orar debe haberle sido fácil. ¿Sí? Echemos un vistazo a un típico día en su vida y observemos los problemas a los que tenía que sobreponerse para poder encontrar tiempo para orar. A veces, levantarse antes del sol no le resultaba, puesto que la gente lo seguía a todos lados (Luc. 4:42). Así que en cierta ocasión, Jesús se fue a un lugar retirado. O al menos lo intentó.

Herodes había decapitado recientemente a Juan el Bautista. Jesús sintió la necesidad de meditar y orar. Mateo nos cuenta que “oyéndolo Jesús, se apartó de allí en una barca a un lugar desierto”. Pero, de alguna manera, hubo una filtración en la seguridad, y las noticias cundieron. “Cuando la gente lo oyó, le siguió a pie desde las ciudades. Y saliendo Jesús, vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, y sanó a los que de ellos estaban enfermos” (Mat. 14:13,14).

Jesús no había planeado que 5.000 personas lo siguieran hasta su retiro. Su vida, como la nuestra, estaba llena de interrupciones. Jesús tenía que poner a un lado sus planes para ayudar a la gente a salir de sus problemas por una mala planificación. Él no era un cocinero, pero tuvo que posponer su vida de oración para alimentar a 5.000 personas. Piensa en esto: ¡la alimentación de los 5.000 fue una interrupción! Recuerda esto la siguiente vez en que tus planes sean interrumpidos por alguien que tiene una necesidad.

Finalmente, llegó la hora de enviar a la gente a sus casas. “En seguida Jesús hizo a sus discípulos entrar en la barca e ir delante de él a la otra ribera, entre tanto que él despedía a la multitud. Despedida la multitud, subió al monte a orar aparte; y cuando llegó la noche, estaba allí solo” (vers. 22, 23).

¡Ahhhh! ¡Al fin solo! Por fin Jesús podía derramar su corazón ante su Padre. Tuvo varias horas para sí antes de que el deber lo llamara una vez más: doce curtidos hombres de mar, aterrados frente a una tormenta en el Mar de Galilea, requerían de sus servicios. Por sobre el aullido del viento y a través de los kilómetros, Jesús escuchó su clamor. El Hijo de Dios, quien para poder acercarse a su Padre

había luchado contra el sueño tras un largo día de ministerio, ahora se dirigía sobre el agua hasta el bote azotado por la tormenta para calmar el miedo de sus discípulos.

Sólo aquellos que han luchado con Dios, pueden caminar tranquilamente en la tempestad.

De algún modo, Jesús encontraba tiempo para orar, aún si eso le significaba permanecer levantado toda la noche. Hoy en día, la mayoría tenemos mucho más tiempo para orar que el que tuvo Jesús, ya que no tenemos multitudes que nos siguen a todos lados y dependen de cada palabra nuestra.

* * * * *

Quizás una razón por la que no tenemos deseo de pasar más tiempo con Dios, como lo hizo Jesús, es que no sabemos cómo orar correctamente para permitirle producir en nuestros corazones una fuente de gozo. La oración resulta una carga porque no es una comunión con alguien que amamos. En vez de esto, es más parecido al dictado que se le hace a una secretaria: "Haz esto, aquello, y el otro asunto, antes de las 17:00, por favor".

Podemos evaluar nuestra madurez espiritual, en cierta medida, por el contenido de nuestras oraciones. Los cristianos inmaduros pasan la mayor parte de su tiempo de oración repasando su lista personal de deseos. "Dame esto"; "Ayúdame a hacer aquello". Dios es su escudo y su *mayordomo*. Le dicen a Dios lo que quieren que haga, y él lleva a cabo sus deseos.

Pero no siempre es así, lo cual lo convierte en un mayordomo deficiente.

Los cristianos maduros también piden favores personales, pero eso no ocupa la mayor parte de su tiempo de oración. Las oraciones de un cristiano maduro tienden a incluir mucha más alabanza y acción de gracias a Dios e intercesión por otros, ya que ellos entienden un secreto, expresado por David Yonggi Cho:

Cuando satisfacemos las necesidades de Dios, él satisface las nuestras.

Aquí está uno de los principios más profundos de la vida cristiana. Al principio esto parece casi blasfemo. Dios no tiene ninguna

necesidad, ¿o sí? ¿Qué necesidades puede tener Dios que nosotros pudiéramos satisfacer?

¿Has notado cuales son las tres primeras palabras y las tres últimas de Elena de White en la serie de cinco volúmenes titulada “El conflicto de los siglos”? Las tres primeras palabras del libro *Patriarcas y Profetas* y las últimas tres palabras del libro *El conflicto de los siglos* son: “Dios es amor”.

El amor tiene una capacidad infinita para el compañerismo y la camaradería. En *El Deseado de todas las gentes* descubrimos la siguiente declaración: “Nuestro Redentor anhela que se lo reconozca. Tiene hambre de la simpatía y el amor de aquellos a quienes compró con su propia sangre. Anhela con ternura inefable que vengan a él y tengan vida” (p. 161).

Dios anhela tu compañía. Tienes una experiencia singular con él: un testimonio único. Puedes entenderlo en una manera particular que nadie más puede hacerlo. Él ha concedido a cada uno de nosotros un don característico de su gracia. Anhela revelar en ti una parte peculiar de su carácter. Él tiene necesidades que sólo la configuración especial de tu corazón puede suplir. Dios desea tener el placer de tu compañía.

El Señor ya ha provisto todo lo que necesitamos, no sólo para nuestra salvación, sino también para nuestra felicidad. Él pagó nuestra eternidad con su sangre en la cruz. Ahora todo lo que él quiere en retribución es nuestro amor. Él soportó la vergüenza por el gozo puesto delante de él (Heb 12:2). Tú eres parte de ese gozo. Nuestras oraciones son como incienso –perfume– para Dios (Sal. 141:2; Apoc. 5:8). Ellas endulzan la vida de nuestro Señor.

Si quieres ver el poder milagroso de Dios en tu vida, entonces aprende a pasar tiempo adorándole. Pon tu lista de pedidos a un lado por un momento, y sencillamente “ronronea” en su presencia. Dile que tú eres nada sin él. Reclama la promesa que él le hizo a Abraham en Génesis 15:1: “Yo soy tu escudo, tu recompensa”. Dile que él es la única recompensa que desees; que tu deseo supremo es vivir bajo la sonrisa de su rostro. Confiesa tu incapacidad para amarle como él te ama y pídele que ponga dentro de ti un deseo, una ansiedad por él. Busca su Espíritu. Cuéntale en detalle cuánto aprecias todo lo que él ha hecho por ti y cuán poco lo comprendes.

Pídele que te enseñe a alabarlo, que te dé una actitud de alabanza.

Si *no* lo amas, si *no* aprecias cuanto ha hecho por ti, dile cuánto *te gustaría* amarlo y apreciarlo. Con eso basta. Dios acepta eso. Y cuando pongas en primer lugar las necesidades de Dios y las satisfagas, entonces él se preocupará de las tuyas, porque *Dios siempre da más y mejor de lo que recibe*.

El compañerismo con el Rey de reyes es la más sublime experiencia en el universo. Es la recompensa final. Y podemos empezar a disfrutarla desde ahora.

Nosotros, criaturas caídas con corazones dañados, dejamos que nuestro amor por Dios sea opacado por las cosas terrenales. Pero si le pedimos a Dios que nos dé un deseo vivo de él, un apetito por su compañía, él sin duda nos lo concederá. Dios nos ha dado esta promesa: “Deléitate en Jehová, y él te concederá las peticiones de tu corazón” (Sal. 37:4). A medida que tu experiencia espiritual madure, tu comprensión de este pasaje puede cambiar. Primero, al leerlo, puedes pensar de esta manera: “Si me deleito en el Señor, entonces él me dará todas las cosas que realmente quiero”. Dios parecerá ser un medio para alcanzar cierto fin. Pero a medida que pase el tiempo, descubrirás que todo lo que realmente vas a querer es a Dios.

Cosas maravillosas le suceden a la gente que ora. Pero el resultado más maravilloso es la intimidad espiritual con Dios a la que se puede llegar mediante la oración. La intimidad con Dios es la mayor de todas las recompensas. No hay cosa mejor en todo el universo. Los niños pequeños piensan que la mayor recompensa es una barra de chocolate. Pero no es así. Los adultos pensamos que la mayor recompensa es el poder, la riqueza, el prestigio, la seguridad o el romance. Pero tampoco es así. La mayor recompensa es la intimidad con Dios.

En el libro *G. K. Chesterton and C. S. Lewis: The Riddle of Joy* [El acertijo de la alegría], escrito por Michael H Macdonald y Andrew A. Tadie, un autor cita un pensamiento de San Agustín extraído de su sermón: “Sobre el amor puro de Dios”: “Imagina —dice Agustín— que Dios se aparece ante ti y te dice que quiere hacer un trato conti-

go: él te dará todo lo que quieras y desees, todo lo que desee tu corazón, excepto una cosa. Puedes tener cualquier cosa que imagines, nada sería imposible para ti y nada sería pecaminoso o prohibido. Pero —concluye Dios—, nunca podrás ver mi rostro”. ¿Por qué, pregunta Agustín, habrías de sentir un escalofrío en el corazón al oír estas últimas palabras si no es porque tienes en tu corazón el amor de Dios, un gran deseo de él? De hecho, si no aceptaras ese trato, es porque realmente amas a Dios por sobre todas las cosas, porque has preferido a Dios antes que el mundo entero y mucho más.

Uno de los autores de este volumen, al toparse con esta ilustración, el 30 de junio de 1995 escribió en su diario de vida: “Han transcurrido unas pocas horas desde que por primera vez leí esto. Todavía estoy aturdido por mi reacción emocional ante ello. Tan pronto como empecé a considerar esta pregunta, la palabra ‘¡No!’ saltó impulsivamente en mi mente, y fue seguida por un intenso dolor. ‘Nunca, nunca, nunca’, sollocé una y otra vez. Imaginé la pérdida del sueño máximo: ver a Dios. Pasó un rato hasta que pude recuperar mi entereza, pero el resultado final fue un apacible gozo”.

* * * * *

Dios nos invita a través del profeta Jeremías a una íntima relación de oración con él. “Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros —dice Jehová—, pensamientos de paz y no de mal, para daros el fin que esperáis. Entonces me invocaréis y vendréis y oraréis a mí, y yo os oiré; y me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón” (Jer. 29:11-13).

Y en Jeremías 33:3, Dios dice: “Clama a mí, y yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces”. Dios tiene muchas cosas que ofrecer a aquellos que lo buscan.

El compañerismo con Dios es una experiencia maravillosa. No estamos hablando aquí de una condición especial de ser más santo que otros, sino de un gozo perdurable. No estamos hablando de hacer de Dios nuestro “compinche”. Nos acercamos al trono de la gracia confiadamente (Heb. 4:16), pero con humildad, reverencia y temor. La intimidad con Dios se cultiva, no se obtiene en un ins-

tante. Pero una vez que la tienes, nada en el mundo puede compararse con ella.

¿Cómo se lo obtiene? A través del servicio a otros y la oración. ¿Por qué no tomar la oración en serio a partir de hoy? Al principio, no te excedas. Nadie empieza un régimen de ejercicios intentando correr un maratón, así que mejor no intentes empezar orando una hora al día. Empieza con diez minutos, aumentando un minuto cada semana. Escoge un lugar y una hora del día. Luego, por varios meses conserva esta disciplina. Si no puedes concentrarte mientras te arrodillas, entonces ora mientras caminas. Dondequiera te encuentres solo, ora en voz alta. Esto ayuda a la concentración y la oración tiende a tener mayor impacto, por lo menos en el que ora. Mantén una libreta en tu bolsillo para anotar las cosas que te vienen a la mente (la oración estimula la creatividad) para que así puedas sacarlas de tu mente y continuar orando. Muy pronto estarás esperando que llegue el momento de tu encuentro con Dios. Primero, tus oraciones te cambiarán, luego podrás empezar a trabajar para cambiar el mundo.

Se necesita tiempo, claro está. Cuando empieces a incluir en tu rutina un tiempo sustancial con el Señor, al principio puede ser que tengas que poner en su lugar todas aquellas emociones rebeldes, aunque estas salten y griten. Puede ser que no sea fácil la primera, la segunda o hasta la tercera vez. Al menos esta fue la experiencia de Oswald Chambers cuando él comenzó, de golpe, a dedicar una hora al día a la oración.

A menudo algunas de estas emociones saltaban y gritaban: "No quiero estar aquí", y se iban detrás de alguna ilusión de turno, y Chambers tenía que agarrarlas por la cola y traerlas de vuelta. Un trabajo duro al comienzo.

Pero como todo psicólogo sabe, la manera más efectiva de cambiar nuestros sentimientos es cambiar nuestro comportamiento. Si persistes en esto, al igual que Chambers, descubrirás que pronto aquellas emociones se tranquilizarán, puesto que se darán cuenta que tú estás al mando. Puede ser que ellas se quejen de vez en cuando, pero sabrán que no tienen otra opción.

Entonces, repentinamente, en un día glorioso, después de uno o dos meses de oración disciplinada, una de las más estrepitosas de

aquellas emociones saltará y dirá: “¡Gloria!”, y luego otra gritará: “¡Aleluya!” Tu ser entero estará felizmente coordinado en la práctica de la oración. Descubrirás el gozo de la intimidad con Dios.

Quizás en este mismo momento sientas un leve impulso en tu corazón de arrodillarte y hablar con él, o tal vez simplemente salir en la oscuridad y caminar por el jardín o a la orilla de un camino y compartir tus secretos más profundos con él. Esa pequeña voz que escuchas es Dios tocando a la puerta de tu corazón y diciendo: “¿Puedes salir y orar conmigo? Haré que valga la pena”.

Si lo que más desea tu corazón es Dios, ¿quién sabe lo que puede suceder contigo? A veces Dios sorprende a aquellos que lo buscan emboscándolos con su gracia, aún cuando lo hagan mecánicamente.

Piensa en lo que le sucedió a Brennan Manning. Él había dejado a su novia Bárbara para entrar en un monasterio. Su hermano le hizo una apuesta de 50 dólares a que no duraría una semana. Por cierto, Brennan descubrió que él no había nacido con una vocación para la vida espiritual. El relato de lo que sucedió después es uno de los más conmovedores en la literatura cristiana contemporánea. Esta experiencia eventualmente llevó a Manning a salirse del sacerdocio. Se casó y hoy es un popular orador en retiros y reuniones de reavivamiento por todo el país. Pero el punto es que Jesús puede encontrarnos en cualquier lugar.

“Después de estar allí siete días – relata él–, decidí empacar. De todos modos me iban a echar. Ya había pasado una semana así que le podía cobrar los 50 dólares a mi hermano. Esperaba que Bárbara todavía estuviera secándose las lágrimas. La alabaría por su paciencia y su amor imperecederos, y nos reconciliaríamos. Regresaría a Missouri, y nos casaríamos en junio. Ese era mi sueño.

“Preparé mi maleta y fui a la oficina del padre Agustín para informarle de mi partida. No estaba. Decidí detenerme en la capilla para despedirme de Dios. ‘Gracias, Dios (soy yo, Richie), por mostrarme que el sacerdocio no es mi vocación. Por favor, que Bárbara me esté esperando cuando regrese a Brooklyn. Como una muestra

de mi buena voluntad, aumentaré a dos mi asistencia a misa por todo un año [pensaba que así lo impresionaría, haciéndole entender que él no estaba tratando con alguien superficial]. Bueno, hasta luego Dios, nos vemos en Brooklyn’.

“Regresé a la oficina, pero Agustín todavía no había llegado. No soy de los que esquivan hacer algo heroico, por lo que decidí regresar a la capilla para hacer algo grande por Dios. Aunque no era obligatorio, visitaría cada una de las 14 ‘estaciones de la cruz’. Tomé un libro y seguí las instrucciones. En la primera estación, ‘Jesús es condenado a muerte’. Leí la oración, me arrodillé apuradamente como si oliera humo en el edificio, y me apresuré a la segunda estación. *Tal vez cuando trabaje para The New Yorker —pensé—, reescribiré estas arcaicas oraciones en un lenguaje moderno, y le haré un favor a la Iglesia. Quizás el Papa me nombre caballero de San Gregorio, o algo así.*

“Después de once minutos de arrodillarme y orar llegue a la duodécima estación: ‘Jesús murió en la Cruz’. La indicación del libro decía ‘arrodillarse’. Al ponerme de rodillas, escuché a la distancia la campana del Ángelus, desde el enclaustrado monasterio Carmelita, ubicado a unos cuatro kilómetros. Era el mediodía.

“Cinco minutos después de las tres, me puse en pie y fui a buscar una Biblia. Nunca antes había leído una Biblia, pero sabía que debía leer los evangelios. No pude encontrar ninguna Biblia en el monasterio, ya que en aquellos días era considerado un libro protestante.

“Durante aquellas tres horas sobre mis rodillas, me sentí como un niño arrodillado a la orilla del mar. Venían pequeñas olas y me cubrían hasta las rodillas. Poco a poco las olas empezaron a volverse más grandes y fuertes, hasta que me llegaron al pecho. Repentinamente una tremenda ola, de una fuerza aturdidora, me echó hacia atrás y me arrastró por la playa. Tuve una vaga sensación de ser llevado a un lugar en el que nunca antes había estado: el corazón de Jesucristo. Cuando me llamó por nombre, no dijo Richie o Brennan, sino otro nombre que no revelaré, una palabra que es mi nombre propio y exclusivo, dicho con infinito amor. Era el sonido más dulce que jamás escuché, el nombre por el cual Jesús me conoce. Debe ser algo como el que escuchó María Magdalena cuando Jesús le dijo, en el jardín, simplemente: ‘María’, con la excepción de que a

mí no me llamó por mi nombre.

“En esta experiencia de ser incondicionalmente amado —la primera en toda mi vida— oscilé entre un éxtasis moderado y un temblor mudo. Esta sensación es lo que George Maloney describiría más tarde como una ‘oscuridad brillante’. El momento continuó y perdí la conciencia del tiempo hasta que, sin advertencia, sentí una mano que se posaba sobre mi corazón. Respiraba con dificultad. Fue algo abrupto e imprevisto. La conciencia de saberse amado ya no era suave, tierna y cómoda. El amor de Cristo, el Hijo de Dios crucificado, se tornó para mí en la pasión, la furia y el ímpetu de una repentina tormenta de primavera. Al igual que una represa a punto de estallar, espasmos de un convulsivo llanto surgieron de las profundidades de mi ser. ¡El murió en la cruz por mí! Yo sabía eso antes, pero de la manera en que el Cardenal Newman describe como un conocimiento cognitivo: abstracto, lejano, en gran manera irrelevante a las cosas importantes de la vida, es tan sólo otro artículo en el polvoriento taller de las creencias dogmáticas. Pero en un enceguecedor momento esa verdad salvífica se convirtió en un conocimiento real que me llamaba a un compromiso personal de mente y corazón. El cristianismo ya no era un simple código moral sino una aventura de amor, emocionante y excitante, el increíble y apasionado gozo de ser amado y de enamorarse de Jesucristo.

“Al final, sintiéndome agotado, extenuado y perdido en una humildad sin palabras, estaba nuevamente de rodillas en la playa, sintiendo otra vez las calmas y suaves olas de amor que me cubrían, saturando mi mente y corazón en una tranquila expresión de la más profunda adoración.

“A las 15:05 me levanté vacilante y miré incrédulo mi reloj, maravillado y asombrado. No pude encontrar una Biblia por lo que volví a mi celda y desempaqué mi maleta. Sabía que la aventura más emocionante de mi vida acababa de comenzar. Era una nueva manera de existir y Pablo la describe bien en Colosenses 3:11: ‘Cristo es todo y en todos’ (Biblia de Jerusalén)”.

Jesús te está llamando a un compañerismo íntimo con él. Busca su rostro con todo tu corazón, y descubrirás que hay un lugar especial reservado para ti en lo profundo del corazón de Dios.

CAPÍTULO II

Pidiendo grandes cosas

Supongamos que un día llega a tu casa una carta con aspecto de ser oficial, con tu nombre grabado (no impreso con láser) en el anverso del sobre. Abres la carta y miras el membrete que simplemente dice: Palacio de Gobierno, y encuentras que es una carta personal del presidente de tu país invitándote para que le hagas una llamada, en una hora y día determinados, para que compartas con él líder de la nación algunas sugerencias y cosas que te gustaría que cambiaran. “Atenderé su llamada personalmente –dice quien remite–. Haré que valga la pena”. Al pie de la carta está la firma del presidente, hecha con su puño y letra sobre el papel.

–Mi amor, ¡mira esto! –le dices a tu esposa.

Ella lee la carta y luego dice:

–Sí, claro. Apuesto a que también te va a ofrecer un millón de dólares.

–Pero como parece de verdad –respondes–, voy a probar.

Marcas el número del Palacio de Gobierno que aparece en la carta y descubres que es correcto. Una agradable voz femenina responde: “Este es el Palacio de Gobierno”.

–Este..., mi nombre es _____ –dices tú–, y quiero confirmar si esta invitación del presidente que tengo en la mano es de verdad.

–¿Puedo preguntar qué dice?

Tú se la lees.

–Un momento, por favor –ella responde–. Déjeme buscar su nombre.

Un minuto después ella regresa. Se dirige a ti de manera respetuosa por tu nombre y dice:

—Esa invitación es de verdad. El presidente estará esperando su llamada este jueves a las 10:00.

Así que tú dices (ahora nota esto):

—Bueno, lo siento, pero dudo que tenga tiempo para hablar con el presidente. Es que justo hay un programa de TV que jamás me pierdo y que lo transmiten precisamente a esa hora. De todos modos, agradézcale de mi parte al presidente.

¿*Qué problema hay en este relato?* ¿Deberías estar saltando en un pie! ¿A quién se le ocurriría dejar pasar una oportunidad así?

Con todo, nosotros dejamos pasar todos los días oportunidades mucho más grandes. Cada uno de nosotros tiene una invitación extendida para tener una conversación privada con el Presidente del universo. Somos libres de hablar todo el tiempo que deseemos con Aquel que está en el centro del poder; tenemos un acceso ilimitado a su trono. Podemos escoger ser parte del círculo íntimo de Dios. La historia nos ha demostrado que podemos confiar en que él oír y responderá.

¿Por qué será que descuidamos la más increíble oportunidad jamás ofrecida a los seres humanos? Cuando la vida nos trata mal, no tenemos por qué quedarnos de brazos cruzados. ¡Tenemos un santo en la corte!

El trabajo de Lonnie como orador de La Voz de la Profecía le permite tener el agradable privilegio de leer correspondencia de todas partes. Algunas de estas increíbles cartas son alentadoras, otras son trágicas y llenas de angustia, escritas por personas que tienen problemas acumulados encima de más problemas. Pero, de vez en cuando, aparecen cartas un tanto divertidas como esta:

“El Señor es muy bueno conmigo, no me lo merezco. Hace unos años tuve muchos problemas para obtener el cheque de mi seguro social. ‘Ya se lo enviamos’, me decían, así que yo le echaba la culpa a la oficina de correos. La misma historia se repitió una y otra vez. Llamé a un miembro del Congreso. Intentaron resolver el problema, pero no pasó nada. ‘Está bien’, me dije, ‘le voy a escribir al presidente’.

“Como una semana después recibí una llamada. ‘La llamamos

de la Casa Blanca; ¿ya recibió su cheque?’ Le dije que no. Ella dijo: ‘Nos haremos cargo de inmediato’. Yo ya había perdido la esperanza de que en la oficina del Seguro Social me dieran alguna respuesta.

“Tres días después, la empleada del Seguro Social me llamó y dijo: ‘¡Venga cuanto antes!’

“Le dije: ‘¿Qué pasa? ¿Los llamaron de la Casa Blanca?’

“¿Por qué?... Sí, ¡nos llamaron! ¡Nunca antes nos habían llamado de la Casa Blanca!

“Bueno, para qué decir, me dieron tantos cheques que ni siquiera sabía cuál tomar” (Sra. Adelaide Milburn, Erie, Pennsylvania, 20 de julio de 1991).

Nota por qué la Sra. Adelaide tuvo una respuesta tan efectiva. Fue directo a la cabeza. De alguna manera, logró contactarse con el centro del poder de su país, y repentinamente empezaron a suceder cosas.

Todos nosotros tenemos el mismo privilegio, si tan sólo lo aprovecháramos. Tenemos acceso directo al trono del universo a través del milagro de la oración.

David Cho descubrió esta verdad cuando era un joven pastor. Por entonces su nombre era Paul Yonggi Cho, y pastoreaba una iglesia de 3.000 miembros. Algunos de sus miembros querían que pasara más tiempo con ellos en juntas, concilios de liderazgo y otras reuniones. Pero Cho sentía que Dios lo estaba llamando a una nueva y más profunda intimidad con él, por lo que decidió que pasaría de cuatro a cinco horas por día en oración. No todos estuvieron de acuerdo con sus prioridades, por lo que algunos se fueron. El desenlace de todo esto fue que, unos pocos años después, ¡su iglesia había crecido de 3.000 a apenas 25.000 miembros!

Bueno, tal vez lo de “apenas” no te parezca bien, pero realmente así era, porque, eventualmente, la iglesia de Cho en Seúl, Corea, sobrepasó los 700.000 miembros, convirtiéndose en la congregación más grande del mundo.

¿Te gustaría conocer el secreto del crecimiento de esta meg iglesia? Cuando le preguntaron por su secreto, Cho dijo que había tres claves secretas para tener un crecimiento exitoso de iglesia. (Por favor, toma nota: estás a punto de leer la receta secreta para el crecimiento de iglesia empleada por el pastor de la congregación

más grande en la historia del planeta.) Secreto número 1, dice él, es la oración. ¿Secreto número 2? La oración. Y el tercero es —ya lo adivinaste— la oración.

Cho destaca la gran diferencia entre la iglesia en Norteamérica y la iglesia en Corea. La iglesia en Norteamérica tiene mucha programación y poca oración; la iglesia en Corea tiene mucha oración y poca programación.

David Cho está a cargo de 700.000 miembros de iglesia; además tiene un diario cristiano con una circulación de más de 1 millón de ejemplares, 800 misioneros enviados por la iglesia alrededor del mundo y una gran universidad cristiana. ¿Cómo encuentra tiempo para orar varias horas al día?

La respuesta, por supuesto, es que sería imposible hacer todas estas cosas *sin* orar por varias horas al día. Y es que nosotros no perdemos tiempo al orar, por el contrario, ganamos tiempo. ¿Por qué? Porque Dios puede resolver problemas en un momento que a nosotros nos tomaría meses resolver. Una persona muy ocupada no puede permitirse no orar. Es como el diezmo. Diezmar no nos hace pobres sino más prósperos. Esta es una de las deliciosas y pequeñas paradojas de Dios, una de sus sorpresas para aquellos que lo aman y le obedecen. Todo cuanto le damos, él nos lo devuelve aumentado.

Martín Lutero dijo una vez: “Tengo tanto que hacer, que debo pasar las primeras tres horas de cada día en oración”. Mientras más ocupados estemos y más pesadas sean nuestras responsabilidades, más importante es para nosotros orar.

Los autores del presente libro han descubierto que las ideas mejores y más creativas se nos han ocurrido mientras pasamos tiempo de calidad con Dios en oración. Si todo lo que te permites es balbucear una rápida oración de tres minutos en la mañana, te estás perdiendo algunas de las ideas más brillantes de tu carrera. La oración hecha de corazón siempre funciona.

Esto es también lo que David Cho descubrió. Su tiempo de oración se volvió tan importante para él, que le dijo a su secretaria que nunca lo interrumpiera a menos que llamara su esposa diciendo que tenía una emergencia. Un día, el presidente de Corea del Sur llamó por teléfono y pidió hablar con Cho de inmediato. Su secretaria rehusó comunicarlo. Cuando el presidente finalmente pudo ha-

blar con Cho, al día siguiente, se notaba bastante molesto.

—Quiero que despidas a su secretaria —le dijo.

—Señor —respondió Cho—, me temo que no puedo hacer eso. Le he dado órdenes de no interrumpirme, por ninguna razón. Verá, estaba hablando con el Presidente del universo, y él está antes que usted.

La iglesia de Cho no es la única congregación llena de creyentes que oran en aquel país. Toda Corea del Sur está encendida en oración. Quizás, una de las razones para esto se deba a que el país tiene la espada de Damocles colgando sobre ellos, ya que por varias décadas ha enfrentado la perspectiva de una posible invasión de Corea del Norte. La tranquilidad y la comodidad llevan a la complacencia, mientras que el peligro lleva a los hombres y mujeres a Dios. Así, los cristianos en Corea son los campeones mundiales del ayuno y la oración. Wesley Duewel [en *Revival Fire* — Zondervan, 1995] afirma que más de 20.000 coreanos han pasado 40 días en ayuno y oración. En reiteradas ocasiones más de 1 millón de personas se han reunido para orar en la plaza de Yoido. Estas son las reuniones de oración más grandes de la historia.

En cierta ocasión, Peter Wagner visitó otra gran iglesia evangélica en Corea. Había recibido una invitación para asistir a una reunión de oración, temprano por la mañana. La iglesia había destinado un mes para reunirse para orar todas las mañanas a las 5:00 por espacio de una hora. La mañana en que Wagner asistió se desató una terrible tormenta, y él sospechó que no habría muchos asistentes. Imagina cual sería su sorpresa al encontrar a 4.000 personas orando, ocupando hasta el último asiento de ese auditorio a las 5:00 de la mañana.

Como resultado de todas esas oraciones, cosas notables suceden en Corea, probablemente la nación más cristiana del mundo. Un capellán trasladado de Alemania a Corea descubrió que los mismos sermones que producían muy poca respuesta en Alemania, atraían a multitudes y cambiaban vidas en Corea. “Estás bajo nuestro paraguas de oración”, le explicó David Cho.

El Señor puede cambiar todos nuestros países tal como lo hizo con Corea, tan pronto como estemos dispuestos a pagar el precio sobre nuestras rodillas.

El grupo religioso llamado las Asambleas de Dios es uno de los pocos en el mundo que crecen tanto o más rápido que la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Peter Wagner menciona un estudio reciente que indica que los pastores de las Asambleas de Dios pasaban un promedio de 40 minutos por día con Dios, mientras que otros pastores protestantes sólo alcanzaban un promedio de 20 minutos. Con razón crecen tan rápido. Y no creemos que ellos tengan el monopolio del Espíritu Santo, ¿verdad?

Piensa en lo que podría suceder en tu congregación si el poder de Dios fuera desatado por medio de la oración ferviente y unida.

* * * * *

La oración también funciona en Norteamérica. Sammy Tippit cuenta cómo descubrió el poder de la oración en su libro *The Prayer Factor* (El factor oración – Moody Press, 1988). El Señor lo puso en contacto con un hombre de oración, el pastor L. L. Morris, quien pastoreaba una pequeña iglesia bautista en Monroe, Louisiana. A fines de los años 60, el Pr. Morris le pidió a Tippit que predicara una serie de reuniones evangelizadoras en su iglesia.

Pocas semanas antes de que comenzaran las reuniones, Tippit empezó a desanimarse. Llegar a la gente parecía imposible. La iglesia y la comunidad mostraban un escaso interés en las cosas espirituales. La guerra de Vietnam estaba en pleno curso. Los jóvenes estaban rechazando los valores de sus mayores. Las drogas y el misticismo oriental habían captado su atención. Las tensiones raciales plagaban las escuelas. Las normas del mundo se habían infiltrado en la iglesia. Sammy Tippit se sentía derrotado y sin esperanza.

Se le pidió que asistiera a una sesión de oración con los jóvenes. Sólo unos cuantos llegaron, por lo que le dijo al Pr. Morris:

–Creo que debemos cancelar las reuniones de evangelización. No hay interés. Sería perder mi tiempo, su tiempo y el tiempo de la iglesia.

Pero, guiñándole el ojo, el pastor Morris dijo:

–He estado orando. Dios me ha dado la seguridad de que él va a hacer algo especial durante estas reuniones.

Tippit movió su cabeza y dijo:

—Bueno, pero tendré que seguir adelante basado en su fe.

Cuando predicó la primera noche, no hubo ninguna respuesta en absoluto. En un momento, se volvió para mirar al pastor Morris como diciendo: “Se lo dije, ¿ve?”

El pastor sonrió y más tarde le dijo:

—He estado orando. Todo va a salir bien.

La noche del jueves Tippit predicó a unas 50 personas. Sus palabras parecían no tener ningún efecto sobre la congregación. Sin embargo, al momento del llamado, uno de los líderes de la iglesia pasó adelante y oró con el pastor Morris. Luego se dirigió al púlpito con lágrimas en sus ojos y pidió a la iglesia que lo perdonara, confesando haberles fallado a los jóvenes al ser un mal ejemplo. El hombre dijo que ahora Dios lo había liberado de su problema con el alcohol y pidió que la iglesia orara por él.

En ese momento sucedió algo maravilloso. Un espíritu de arrepentimiento y oración saturó a la congregación. Muchos pasaron hasta la plataforma y confesaron sus pecados, buscando la justicia de Dios. La noche del viernes, la iglesia estaba casi llena.

Uno de los miembros de la iglesia tenía una hija que había sido arrestada dos veces por venta y uso de marihuana y otras drogas. Ella enfrentaba una posible sentencia de 30 años de cárcel. A pesar de haber estado en centros de rehabilitación, no había encontrado cura. Y además estaba profundamente involucrada en el ocultismo.

La esposa de Tippit, Tex, la había visitado y compartió con ella el evangelio. La chica vino a las reuniones, y la verdad de la Palabra de Dios la cautivó. Una noche, después de la reunión, le pidió a Jesús que viniera a su vida y que la liberara de la esclavitud a las drogas. El cambio en su vida impresionó tanto a las autoridades que más tarde la liberaron dejándola bajo la custodia de los Tippit.

La noche del domingo ya no había lugar para la gente. El pastor Morris dijo: “He estado orando, y creo que deberíamos extender estas reuniones por otra semana”. Tippit había aprendido a no discutir. Así que se trasladaron de la iglesia al campus de la universidad. El edificio que primero ocuparon se hizo pequeño, por lo que se cambiaron a otro más grande, pero este también fue insuficiente.

¿Qué hacer? El pastor Morris tenía una idea. “He estado orando —dijo—. Creo que deberíamos hablar con un ex gobernador de

Louisiana. Él es dueño de un canal local de televisión, deberíamos pedirle un espacio para contar lo que Dios está haciendo en nuestra ciudad”.

—No creo que eso nos ayude—, dijo Tippit, escéptico.

Pero el pastor Morris dijo.

—He estado orando, y Dios preparará su corazón.

El ex gobernador les dio a estos hombres dos espacios de 15 minutos en la televisión para contar lo que Dios estaba haciendo en Monroe. Luego dijo:

—Ustedes tienen problemas con la falta de espacio. ¿Creen que el Centro Cívico de la ciudad sería lo suficientemente grande?

—Sí, señor —Tippit estaba paralizado por el asombro.

El ex gobernador telefoneó al intendente.

—Tengo a un par de jóvenes en mi oficina que están haciendo algo positivo en nuestra comunidad. Necesitan un salón más grande. Me gustaría que les pudieras facilitar el Centro Cívico de la ciudad, sin costo.

El intendente accedió.

Tippit escribe: “Salí de esa oficina humillado ante la grandeza de Dios. Miré al pastor Morris. Él no dijo nada, pero tenía una sonrisa en el rostro. En ese momento aprendí una de las verdades más grandes de la vida cristiana: *La victoria no viene por nuestra magnífica planificación, por una experta publicidad o por los recursos económicos. La victoria viene del Señor.* El pastor Morris ya había aprendido esa lección años atrás, y eso lo había llevado a ser un fiel y humilde hombre de oración”.

Durante las reuniones se apartó una sala especial para la oración. Grupos de jóvenes se mantuvieron orando en aquel lugar las 24 horas del día. El espíritu de oración fue tan intenso que, ocasionalmente, la gente se olvidaba de comer.

Las reuniones que empezaron con 40 ó 50 personas, concluyeron con casi 3.000 asistentes. Estudiantes blancos y negros, involucrados en tensiones raciales, fueron convertidos a Cristo, y se pidieron perdón unos a otros. Tippit fue entrevistado varias veces por el noticiero de la noche. Aparecieron artículos en el periódico acerca de la visitación del Espíritu de Dios sobre la juventud de Monroe, Louisiana.

Como resultado de esto, Tippit se encontró a sí mismo encaminado hacia un ministerio de evangelización. Es increíble lo que Dios puede hacer con una persona de oración que no es demasiado tímida para pedirle a él grandes cosas.

En cierta oportunidad el conocido golfista Arnold Palmer jugó una serie de partidos de exhibición en Arabia Saudita. Su habilidad impresionó tanto al rey que éste prometió darle un regalo a Palmer.

—Realmente no es necesario, su majestad —dijo el golfista—. Me honra el haber sido invitado.

—Me sentiría muy decepcionado —respondió el rey—, si no me permitiera darle un regalo.

Palmer pensó por un momento y dijo:

—Esta bien. ¿Qué le parece un club de golf?

Al día siguiente, el rey envió al hotel donde se encontraba Palmer el *título de propiedad* de un club de golf, con miles de paradisíacas hectáreas.

¿Cuál es la moraleja de esta historia? En la presencia de un gran rey *no pidas cosas pequeñas*.

¿Qué cosas has estado pidiendo últimamente? No me entendas mal. No estamos hablando de pedir autos costosos o propiedades. Esas no son cosas grandes; son cosas triviales. Eso sería como un niño que pidiera a sus padres todas las golosinas de la tienda.

No. Estamos hablando de pedir la salvación de almas perdidas, de pedir el derramamiento del Espíritu de Dios sobre toda la familia. Pídele a Dios grandes cosas. Cosas que glorifiquen su nombre. Luego da un paso atrás y obsérvalo actuar.

Nuestras oraciones hacen temblar a Satanás. ¿Conoces alguna otra manera de lograr esto? Lucifer no acostumbra a temblar mucho, por lo general. A él no le gusta ser avergonzado de esa forma, por eso cuando reúne a su equipo de trabajo, les dice algo como esto:

—Hagan lo que sea para evitar que el pueblo de Dios ore. Dejen que reúnan comisiones y hagan grandiosos planes, pero no los dejen orar. Dejen que edifiquen grandes edificios e instituciones y convo-

quen grandes asambleas, pero no los dejen orar. Dejen que publiquen buenas revistas y produzcan inspiradores programas de radio, dejen que sus colportores vendan maravillosos libros, pero no dejen que se arrodillen. Llenen su agenda con todas las preocupaciones por aquellas cosas con las que Dios los ha bendecido. Hipnotícenlos frente a un televisor, *pero no los dejen orar*".

Si la oración hace temblar a Satanás, ¡entonces quizás este libro te inspire y provoque una tormenta en tu comunidad, con tus oraciones, que a Satanás le dé un colapso nervioso!

CAPÍTULO III

El extraño poder de la alabanza

Ruthie Jacobsen tiene un programa semanal en el canal 3ABN titulado *Cuando el pueblo de Dios ora*. El programa se graba varias veces al año en los estudios de 3ABN, doce programas por vez, seis por día. En su programa, Ruthie invita y entrevista a personas que tienen historias sorprendentes relacionadas con la oración. Por mucho tiempo, la iluminación del estudio le producía algo de frustración. Parecía que los técnicos se demoraban una eternidad en tenerla lista, y a veces ella se ponía un tanto nerviosa, aunque de manera amistosa.

En agosto de 1996, Ruthie asistía a una convención en Providence, Rhode Island, cuando un hombre de edad —al que llamaremos Cecil— se acercó a ella después del desayuno de oración y le preguntó:

—¿Es usted Ruthie Jacobsen?

—Sí.

—Yo siempre veo su show en 3ABN.

Ruthie nunca había pensado en su programa como en un “show”.

—Bueno —respondió—, si usted es bendecido por el programa, le agradezco a Dios, ya que muchas personas oran por el.

Con una mirada un tanto perpleja, el hombre continuó:

—Pero en la televisión usted es atractiva, y encantadora... deben ser las luces.

Cecil se alejó con una alegre sonrisa en el rostro, como si acabara de hacer una buena obra.

Después de esto, Ruthie decidió buscar a los técnicos de 3ABN y contarles acerca de su encuentro. Esto los puso contentos.

—Desde ahora en adelante —dijo ella—, ¡tómense todo el tiempo que necesiten con las luces!.

Cecil lo había dicho con buena intención. El pensó que estaba diciendo una cosa, pero Ruthie estaba escuchando otra. Ellos no estaban en la misma frecuencia (aunque luego se hicieron amigos). Nosotros tenemos un problema de comunicación similar con Dios. No estamos en su frecuencia. Pero tenemos a un Intérprete cuyo trabajo es tomar nuestras vacilantes, tartamudas y erráticas oraciones, para traducirlas al lenguaje del cielo, sin ningún titubeo. “Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos” (Rom. 8:26, 27).

Sin el Espíritu Santo nuestras ofrendas de oración a Dios serían algo así como las ofrendas de un gato devoto que honra a su amo dejando un ratón muertó en el umbral de la puerta. Es el mejor regalo que puede conseguir. Esto le requiere un considerable esfuerzo de su parte, pero es de valor negativo para su amo.

Sin embargo, con la ayuda del Espíritu Santo, nuestras oraciones y nuestra alabanza son elocuentes. No tenemos que practicar por largos años hasta que se nos permita hablar con Dios. No tenemos que “perfeccionarlas” primero. Puede ser que nuestras agradecidas ofrendas de alabanza al salir de nuestros labios sean toscas y llenas de errores, pero cuando llegan a los oídos de Dios, lo hacen pulidas y con fluidez, aromatizadas con el perfume del Calvario y parafraseadas en el santo dialecto del cielo.

Esto es algo bueno, ya que es muy probable que nuestros intentos de alabanza y de acción de gracias suenen tan extraños para los ángeles como la alabanza de Cecil sonó para Ruthie. Pero para Dios, ellas son un olor grato, tal como el sacrificio de Noé. La Biblia dice que Noé construyó un altar al Señor después del diluvio y sacri-

ficó ofrendas quemadas sobre el altar. Y entonces “percibió Jehová olor grato; y dijo Jehová en su corazón: No volveré más a maldecir la tierra por causa del hombre” (Gén. 8:21).

¿Has olido alguna vez carne quemada? ¿Lo considerarías un grato aroma? Para Dios lo era. Los sacrificios de su pueblo le agradaban. Hoy en día, él quiere mucho más que simples sacrificios de animales. Él nos pide ofrecer nuestros propios “cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios,” como “vuestro culto racional” (Rom. 12:1). Y él procura algo más: “Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre” (Heb. 13:15). Junto a esto viene una promesa: “El que sacrifica alabanza me honrará; y al que ordenare su camino, le mostraré la salvación de Dios” (Sal. 50:23). Con nuestra alabanza y gratitud preparamos un camino para la bendición de Dios.

Por eso nuestras oraciones deberían consistir —en primer lugar y por sobre todo— de alabanzas. A Dios no le gusta que lo desestimen o que lo den por sentado. Una forma de hacer esto es olvidando agradecerle por sus bendiciones. Como un ejemplo de las miles de bendiciones que recibimos y que no sabemos apreciar, pensemos en el milagro de la electricidad. El rey David, quien escribiera tantos hermosos salmos de alabanza a Dios, no tenía electricidad, ni aire acondicionado, ni teléfonos. En muchas formas, el promedio de los habitantes del hemisferio occidental de hoy es mucho más rico que el rey David. ¿Cuánto más agradecidos a Dios debemos estar hoy en día? ¿Cuándo fue la última vez que le agradeciste a Dios por la electricidad?

En 1930, la electricidad llegó a Georgia. Por primera vez la luz eléctrica podía transformar la noche en día. Poco después que la electricidad arribara a su hogar, un feliz granjero de Georgia se levantó en una reunión de oración y ofreció su testimonio: “La cosa más grande en el mundo es tener la paz de Dios en el corazón, y la segunda cosa más grande es tener electricidad en casa”. ¿Cómo sería nuestra vida sin ella?

Un alumno de cuarto año de la escuela primaria, cuando se le pidió que escribiera una composición titulada: “Cosas por las que estoy más agradecido”, escribió: “Mis anteojos. Me salvan de ser golpeado por mis compañeros y de ser besado por mis compañe-

ras". ¿Cuándo fue la última vez que le agradeciste a Dios por tus lentes? Muchas personas no pueden ver con claridad sin ellos. Incluso hoy, muchas personas en el mundo no pueden obtener un par de anteojos. Nosotros, que tenemos tanto, no deberíamos usar la mayor parte de nuestras oraciones para pedirle más cosas a Dios.

No le agradezcas a Dios sólo por las cosas agradables. ¿Acaso le pagas a la enfermera o al médico cuando la inyección no duele? "Sólo el sol todo el tiempo —dice un proverbio árabe— hace al Sahara". Dios está tejiendo nuestras ocasionales tragedias y pruebas en un vistoso tapiz de su gloriosa gracia. Así que, ¿cuándo fue la última vez que le agradeciste a Dios, digamos, por las personas con las que no te llevas bien? La Biblia dice que debemos dar gracias en todo.

Aún antes de agradecerle a Dios por lo que ha hecho por nosotros, deberíamos alabarle simplemente por ser quien es. ¡Dios es digno de alabanza, ya sea que nos bendiga o no! Por todos los siglos, él es el Altísimo Dios, siempre santo, siempre verdadero, Rey de reyes, y Señor de señores, lleno de eterna bondad y tierna misericordia. Sus alabanzas nunca cesan, y sin importar lo que nos suceda, todo el propósito de nuestra vida debiera ser participar en ellas.

Y esta alabanza será una puerta hacia el gozo.

A veces —no muy a menudo— el dulce espíritu de alabanza llega de manera repentina e inesperada. Elizabeth Rooney tiene ahora más de 70 años. Tim se enteró de sus dones por medio de una semblanza escrita por Lucy Shaw en su libro *Meet the Men and Women We Call Heroes* [Conozca a los hombres y mujeres a los que llamamos héroes — Ann Spangler y Charles Turner, eds.; Servant Publications, 1983]. Tim comenzó a mantener correspondencia con ella. Mucho de lo que sigue es extraído, con permiso, de sus memorias.

En agosto de 1978, Elizabeth Rooney fue admitida en una orden laica de mujeres de la iglesia Episcopal, conocida como la Sociedad de la Compañía de la Santa Cruz. Durante el retiro que siguió a su admisión, Elizabeth experimentó un repentino y sobrecogedor gozo, un fuerte sentido de la presencia de Dios y de su dulzura, algo que cambió su vida. "Me enamoré de Dios", le confesó a Lucy.

“Fue como si mis venas estuviesen reverberando con champaña”. Ella expresó este nuevo comienzo en su poema “Adelynrood,” el nombre de la casa de oración en la que fue incorporada:

*El invierno de mi corazón
se derrite aquí.
Corren los riachuelos
bajo el hielo del miedo.
Invadida por tu calor,
la vida continúa.
La primavera ha empezado.
¡Siento el sol, el sol!*

A medida que esta exaltación emocional y espiritual crecía durante las semanas siguientes, ella se dio cuenta de que el Espíritu Santo la había impresionado, sobrenaturalmente, en una forma en la que ella jamás se había imaginado y por la que nunca había pedido. Uno de los resultados de esto fue que empezó a escribir poesías, algo que no había hecho desde sus días de universidad. En ocasiones, escribía hasta cuatro o cinco poemas al día, todos de alta calidad literaria.

“Tu reverberas en mí, Señor”, escribió en un poema. En su diario de vida también registró: “Estoy literalmente estallando de gozo. Podría saltar como una tierna corderita, de no ser porque, no siendo joven, me vería ridícula y me avergonzaría”.

*No era mi intención entrar en tu ejército, Señor.
No era mi intención regatear por este gozo y todo este amor.
¿Cómo sigo estas señales apenas perceptibles
que con frecuencia parecen venirme desde lo alto?*

*He sido un buen soldado cristiano por muchos años, Señor,
cuidadosa y sombría, marchando siempre en mi lugar.
Me había asegurado que nunca me acercaría tan cerca
que nunca me acercaría tanto como para escucharte o mirar tu
rostro.*

*Pensé que sólo debíamos estar jugando un juego, Señor,
ahí en la orilla, preguntándote: "¿Qué te gustaría que hiciera,
Señor?"*

Ahora nada en mí volverá a ser igual, Señor.

Pasarán todas las edades antes que hayas terminado conmigo.

Elizabeth había sido una fiel Marta toda su vida. Ahora Dios la estaba llamando a ser una María, y le estaba dando un fuerte deseo de pasar tiempo con él. A continuación, otro pensamiento extraído de su diario:

"Esta tarde mi corazón y venas y arterias y todo mi sistema han sido llenados con un regocijo que apenas puedo contener. Quiero orar o leer, pero siento como si fuera a explotar. ¡Necesito contarle a alguien cuán maravilloso es Dios!"

Dios tiene maravillosos dones para aquellos que hacen un compromiso especial de perseverar en la práctica de la alabanza. Pero cada persona recibe un don distinto. ¿Hemos todos de experimentar este tipo de profunda comunión nacida del alma, que Elizabeth Rooney experimentó?

¡Por supuesto! Pero no necesariamente en esta vida. A Dios mismo es a quien debemos buscar, no simplemente una experiencia emocional.

La alabanza nos eleva a la presencia de Dios, y en su presencia hay plenitud de gozo (Sal. 16:11). "Nada tiende más a fomentar la salud del cuerpo y del alma que un espíritu de agradecimiento y alabanza" (*El ministerio de curación*, p. 194). Por esto necesitamos alabar a Dios más cuando menos tengamos deseos. Necesitamos agradecerle aun cuando tenemos dolor. Especialmente cuando nos duele, ya que la alabanza es el camino más corto para pasar de la adversidad a la victoria, del dolor a la salud.

En cierta ocasión, Josafat, rey de Judá, se despertó con la noticia de que un inmenso ejército invasor estaba en camino hacia él. Se le echó a perder el día. La historia se encuentra en 2 Crónicas 20. De inmediato, Josafat reunió a todo Israel para ayunar y orar, y vinieron

desde cada pueblo y villa para buscar al Señor. Entonces Josafat los dirigió en una magnífica oración. Nota los elementos de su oración: comienza con alabanza, continúa con un repaso de los actos salvadores de Dios en el pasado (queriendo decir: "Hazlo de nuevo, Señor") y luego presenta el problema en forma breve:

"Entonces Josafat se puso en pie en la asamblea de Judá y de Jerusalén, en la casa de Jehová, delante del atrio nuevo; y dijo: Jehová, Dios de nuestros padres, ¿no eres tú Dios en los cielos; y tienes dominio sobre todos los reinos de las naciones? ¿No está en tu mano tal fuerza y poder, que no hay quién te resista? Dios nuestro, ¿no echaste tú a los moradores de esta tierra delante de tu pueblo Israel, y la diste a la descendencia de Abraham tu amigo para siempre? Y ellos han habitado en ella, y te han edificado en ella santuario a tu nombre, diciendo: Si mal viniere sobre nosotros, o espada de castigo, o pestilencia, o hambre, nos presentaremos delante de esta casa, y delante de ti (porque tu nombre está en esta casa), y a causa de nuestras tribulaciones clamaremos a ti, y tú nos oirás y salvarás. Ahora, pues, he aquí los hijos de Amón y de Moab, y los del monte de Seir, a cuya tierra no quisiste que pasase Israel cuando venía de la tierra de Egipto, sino que se apartase de ellos, y no los destruyese; he aquí ellos nos dan el pago viniendo para arrojarnos de la heredad que tú nos diste en posesión. ¡Oh Dios nuestro!, ¿no los juzgarás tú? Porque en nosotros no hay fuerza contra tan grande multitud que viene contra nosotros; no sabemos qué hacer, y a ti volvemos nuestros ojos" (2 Crón. 20:5-12).

El versículo siguiente nos dice que "todo Judá estaba en pie delante de Jehová, con sus niños y sus mujeres y sus hijos" (vers. 13). *¡A veces, la mitad del secreto del éxito está en sencillamente hacerse presentes!* La oración unida libera el poder de Dios.

Evidentemente esto impresionó a Dios, puesto que el Espíritu del Señor habló a través de Jahaziel y, en resumen, dijo: "¿Saben? No se preocupen, yo mismo me haré cargo. Ni siquiera van a tener que pelear contra ellos. Sólo salgan y muéstrense. No tengan miedo. No hagan nada; sólo permanezcan ahí y vean cómo los expulso por la cuesta de Sis" (ver 15-17).

E hicieron esto. Siendo que el Señor estaba haciendo todo el trabajo, ellos no tuvieron nada que hacer sino cantar y alabar su

nombre. El rey se entusiasmó con la idea y designó a algunos hombres para “cantar y alabar al Señor, vestidos de sus ornamentos sagrados”, diciendo: “Glorificad a Jehová, porque su misericordia es para siempre” (vers. 21).

Imagínate lo que debe haber pensado el comandante del ejército enemigo cuando vio acercarse a este singular ejército.

—Pero, ¿que está haciendo esta gente? ¿Están locos? No llevan armas consigo. ¿Qué están diciendo?

—No lo sé señor —responde un subalterno.

—Bueno, envía a alguien a averiguarlo.

—Sí, señor.

—¿Señor? —dijo el que traía la respuesta.

—¿Si?

—Sabemos lo que están diciendo, o mejor dicho, cantando.

—¿Qué?

—Agradecen a Jehová porque su amor es para siempre.

—¿Y eso que significa?

—Señor, ellos están alabando a su Dios.

—¿Por qué? Estamos a punto de masacrarlos, ¿verdad?

—No parecen estar preocupados, señor. Simplemente siguen cantando.

Una larga pausa. Y entonces un alarido: “Uh-oh”.

La Biblia dice: “Cuando empezaron a entonar cantos de alabanza, Jehová puso contra los hijos de Moab, de Amón y del monte de Seir, las emboscadas de ellos mismos que venían contra Judá, y se mataron los unos a los otros” (vers. 22). Tres días estuvieron recogiendo el botín. Luego, tuvieron una celebración y un servicio de alabanza en el terreno y en el templo. El resultado final de este poco ortodoxo plan de batalla, fue que “el pavor de Dios cayó sobre todos los reinos de aquella tierra, cuando oyeron que Jehová había peleado contra los enemigos de Israel. Y el reino de Josafat tuvo paz, porque su Dios le dio paz por todas partes” (vers. 29, 30).

¿Qué batallas estás peleando en este momento? ¿Has probado la estrategia de la alabanza? Las Escrituras dicen: “Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que

sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús" (Fil. 4:6, 7).

* * * * *

El libro de Habacuc es una de las joyas más selectas del Antiguo Testamento. Habacuc vivió en Judá justo antes de la invasión y el exilio babilónicos. Habacuc comenzó a desafiar a Dios a hacer algo respecto a la maldad que él veía en derredor suyo. "¿Por qué me haces ver iniquidad y haces que vea molestia? Destrucción y violencia están delante de mí, y pleito y contienda se levantan. Por lo cual la ley es debilitada, y el juicio no sale según la verdad: por cuanto el impío asedia al justo, por eso sale torcida la justicia" (Hab. 1:3, 4).

Dios escuchó la queja de Habacuc. Su sorprendente respuesta, en esencia fue algo así: "En esto tienes razón. Voy a hacer algo al respecto. Traeré a los babilonios para castigar a tu pueblo por su maldad" (ver los vers. 5-11).

Esto no era exactamente lo que Habacuc tenía en mente, por lo que nuevamente desafió a Dios. "Espera un momento, Señor, ¿cómo puedes hacer eso? ¿Cómo puedes permitir que tu pueblo sea castigado por una nación que es aún más impía?" (ver los vers. 12-17). Entonces Habacuc decidió, al igual que la persistente viuda de la parábola de Jesús, que no dejaría tranquilo a Dios hasta que obtuviera una respuesta. "Sobre mi guarda estaré, y sobre la fortaleza afirmaré el pie, y velaré para ver lo que se me dirá" (Hab. 2:1).

La respuesta de Dios fue, en esencia: "Confía en mí. Su día de castigo también llegará. Algún día los papeles se invertirán" (ver los vers. 2-9). Habacuc responde con una oración en la cual describe los paroxismos de la naturaleza en reacción a una aparición personal de su Hacedor. En otras palabras, Habacuc prevé el tiempo cuando Dios trastornará los cielos como lo hizo en el Sinaí y vendrá a poner las cosas en orden. Los versos finales de este breve libro expresan la fe de Habacuc en la promesa de Dios. "Pero yo espero con paciencia el día en que la calamidad vendrá sobre la nación que nos invade" (Hab. 3:16, NVI).

Lo que sigue es una de las mayores expresiones de fe que alguna vez se haya escrito. Aún cuando el mundo se derrumbe a su alrede-

dor y sea privado de toda evidencia de la bendición de Dios, Habacuc toma la decisión consciente de regocijarse en Dios. “Aunque la higuera no florezca, ni en las vides haya fruto, aunque falte el producto del olivo, y los labrados no den mantenimiento, y las ovejas sean quitadas de la majada, y no haya vacas en los corrales; con todo, yo me alegraré en Jehová, y me gozaré en el Dios de mi salvación” (vers. 17, 18).

Un Habacuc moderno diría: “Aún cuando mi esposa está muriendo de cáncer y mi hijo está en la cárcel, y mi hija adolescente acaba de quedar embarazada, y acabo de perder mi trabajo; aun en medio de todas las lágrimas de esta noche, alabaré a Dios por su bondad y disfrutaré por adelantado del gozo que llega con la mañana”.

La guerra de los 30 años (1618-1648), una guerra religiosa entre católicos y protestantes, devastó gran parte de Europa, particularmente Alemania. No obstante, de este país y en esas circunstancias se escribió uno de los himnos más notables en la lengua germana. El pequeño pueblo de Eilenburg, en Sajonia, había sufrido con severidad. Al ser un pueblo amurallado, no tardaron en recibir a innumerables refugiados que trajeron consigo hacinamiento, hambre y enfermedad. Una plaga barrió el pueblo en cuatro ocasiones durante la guerra. Todos los pastores murieron o emigraron, con excepción de Martin Rinkart. Él solo fue dejado con la responsabilidad de conducir los servicios fúnebres de los muertos —hasta 50 por día— hasta que, eventualmente, estos fueron enterrados en fosas comunes sin funerales. Entre las 8.000 personas que fallecieron se encontraba la esposa de Rinkart. El pueblo fue saqueado primero por los austriacos y luego por los suizos. Finalmente, el mismo Rinkart sucumbió ante el agotamiento, pero no sin antes haber dado al mundo un don extraordinario.

Su himno de gratitud tuvo originalmente el título: “Una breve oración de gracia para la mesa”. Está basado en un pasaje del libro apócrifo de Eclesiástico (también llamado ben Sirá), capítulo 50:22-24: “Ahora, bendecid al Dios del universo, el que por todas partes hace grandes cosas, el que exaltó nuestros días desde el seno materno y que nos trata según su misericordia. Que nos dé contento de corazón, y que haya paz en nuestros días” (Biblia de Jerusalén). Este libro contiene las enseñanzas de un piadoso rabino judío que vivió

alrededor del año 180 a.C.

Impactado por el poder del texto, Martin Rinkart expresó sus sentimientos en un poderoso himno que más tarde sería traducido a muchos idiomas en todo el mundo. En medio de los indecibles horrores de la guerra, los que rodearon la mayor parte de su vida, Rinkart escribió estos pensamientos gloriosos :

*Ahora todos te agradecemos, Dios nuestro,
con corazones, manos y voces,
qué maravillosas cosas has hecho.
en quien todo el mundo se regocija;
quien desde los brazos de nuestras madres
nos ha bendecido a lo largo del camino
con innumerables dones de amor
y aún es nuestro hoy.*

Tan magnífica alabanza brilla con mayor esplendor puesto que surge de en medio de la tragedia. Los poderes de las tinieblas no tienen motivos para temer a cristianos que sólo lo son “en las buenas” y que sólo balbucean un agradecimiento de vez en cuando. Pero ellos sí tiemblan ante cristianos que alaban a Dios sin importarles las circunstancias. No es natural, es sobrenatural.

Después que Job perdiera todo lo que tenía, desde el oscuro pozo de su desesperación dijo: “Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; *sea el nombre de Jehová bendito* “ (Job 1:21). Alaba a Dios de todas maneras. La gloria de Dios es lo que importa; y todo lo demás es hojarasca...

Era la mañana del Domingo de Resurrección, en 1799, y la gente de Feldkirch, Austria, estaba aterrorizada. Creían que ese día de Pascua sería probablemente el peor día de sus vidas. Ante las puertas se encontraba el ejército de Napoleón, y quería entrar. Los ciudadanos estaban listos para izar la bandera blanca de rendición.

Pero el obispo de la iglesia tenía otra agenda. Lo primero es lo primero, ya sabes. Con voz temblorosa a causa de la emoción, dijo: “Hoy es domingo de Pascua. Este es el día de la resurrección de

nuestro Rey. Debemos tener un momento de triunfo. Por lo menos, vamos a tocar las campanas de Pascua". Con temor, el pueblo accedió. Pronto las campanas de las iglesias llenaron el aire con un sonido de victoria y celebración.

El ejército de Napoleón escuchó sorprendido. ¿Qué podría significar esto? Los generales no tardaron mucho en concluir que la única explicación lógica para semejante celebración, era que el ejército austriaco había llegado durante la noche para ayudar a defender el pueblo. Las campanas no habían dejado de repicar cuando el ejército francés rompió filas y se batió en retirada.

Los temblorosos cristianos de Feldkirch estaban practicando sencillamente el precepto bíblico: "Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús" (1 Tes. 5:18). Y en caso de que alguien no comprendiera bien esto, Pablo lo vuelve a repetir en Efesios 5:20: "Dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo". Si hacemos esto, Dios coronará nuestras vidas con la victoria. No nos incumbe a nosotros calcular el resultado, sino obedecer y alabar a Dios, y dejar el resultado en sus manos.

Alaba a Dios de todos modos. Haz de esto la regla de tu vida, y prepárate para encontrarte con un gozo indescriptible.

¿Ha destrozado la desgracia tus esperanzas y ha amargado tanto tu vida que lo único que quieres es arrastrarte hasta un hoyo y morir? Sólo asegúrate que ese hoyo rebose de alabanza a Dios. ¿Tu novia(o) acaba de romper contigo? Alaba a Dios (ahora puedes entender su dolor un poco mejor). ¿Se acaba de quemar tu casa? Alaba a Dios (tienes una mansión en los cielos). ¿Perdiste el trabajo? Alaba a Dios (te está dando un curso intensivo de fe). ¿Se portan mal los niños? Alaba a Dios (puede que algún día te hagan sentir orgulloso). ¿Los técnicos se demoran mucho con las luces? Alaba a Dios (en un minuto te verás mejor). Ya sea que la vida te dé palmaditas en la espalda o te abofetee en la cara, alaba a Dios. Un día mejor está en camino.

Digamos que acabas de ganar el premio Nobel de la paz o, mejor aún, un millón de dólares del Premio Templeton por logros en el campo de la religión y la fe. Alaba a Dios porque, gracias a la sangre de Jesús, tienes una herencia en los cielos que hace que semejantes

premios parezcan golosinas baratas, y pídele poder usar ese honor para su gloria.

O digamos que acabas de ser enviado a la cárcel. Alaba a Dios porque él no te ha tratado con la severidad que tus pecados merecen. Alábalos porque te ha dado mucho tiempo libre para pasar junto a él, como a Pablo. Y pídele usar tu humillación para su gloria.

¿Captas la idea?

¿Poco realista? ¡De ninguna manera! Casi todos los años, en La Voz de la Profecía, Lonnie Melashenko recibe una carta de algún convicto agradeciéndole a Dios por estar en la cárcel, porque allí era donde Dios lo estaba esperando.

En su libro *Loving God* [Amando a Dios], Chuck Colson escribe: "El verdadero legado de mi vida fue mi mayor fracaso: ser un ex convicto. Mi mayor humillación —ser enviado a prisión— fue el comienzo de lo más grande que Dios hizo en mi vida; él escogió la única experiencia de la cual no podía gloriarme, para su gloria".

Mas tarde, Colson obtuvo el Premio Templeton. Es extraño cómo Dios resuelve las cosas.

La alabanza es nuestro más elevado privilegio. Estamos alistando nuestros talentos para otro mundo, afinando nuestros corazones para el día en que la multitud de los redimidos entone sus más profundas melodías. La alabanza es la principal obsesión de los ángeles. De modo que si quieres su compañía, alaba a Dios con frecuencia. Sabes que algún día serás un candidato para el coro allá arriba. De hecho, ¿por qué esperar? Adelante, ¡únete a la fiesta! ¡Únete al coro ahora!

Dios habita en la alabanza de su pueblo. ¿Tiene dónde alojar en tu casa? Quizás estés en la cima del mundo, con el viento en tu espalda. O tal vez estés en el lodazal del desánimo, con el lodo hasta el cuello. Lo que sea.

Alaba a Dios de todos modos.

Cuando estás enfermo y cuando estás sano, contento o triste, rico o pobre, respetado o despreciado: construye una catedral de alabanza a Dios.

Y si la construyes, él vendrá.

CAPÍTULO IV

La oración de sanidad

A mediados de la década de 1980, el cardiólogo Randolph Byrd realizó un experimento para estudiar la efectividad de la oración en pacientes de hospital. Un computador designó al azar a 393 pacientes dividiéndolos en dos grupos: los nombres del primer grupo serían dados a grupos de oración en casas para que se orara por ellos, mientras que los nombres del segundo grupo serían entregados a un grupo de control, donde nadie se acordaría de ellos. Ninguno de los pacientes, enfermeras o médicos sabían en qué grupo se encontraban los pacientes. Los grupos de oración recibieron los nombres de los pacientes y unas seis personas distintas oraban por él o ella.

De acuerdo con la publicación de su informe en el *Southern Medical Journal* de julio de 1988, el grupo de pacientes por los que se oró, tuvo cinco veces menos necesidad de antibióticos, tres veces menos probabilidad de desarrollar edema pulmonar y ninguno de los de ese grupo de oración necesitó ventilador mecánico, mientras que 12 pacientes del otro grupo sí lo necesitaron. El estudio es interesante puesto que aun el Dr. William Nolan, quien no cree en la curación por fe, escribió: "Al parecer, este estudio soportará futuros escrutinios".

Cuando Larry Dossey se encontró con este estudio, se embarcó en su propia investigación de literatura y descubrió que había más de

130 estudios científicos en el área de la sanidad, muchos de los cuales apoyaban la efectividad de la oración. Como resultado de esto, Dossey empezó a orar por sus pacientes. Con el tiempo, publicó sus descubrimientos en su popular trabajo titulado: *Healing Words: The Power of Prayer and the Practice of Medicine* [Palabras de curación: El poder de la oración y la práctica de la medicina - HarperCollins, 1993].

En un trabajo subsiguiente, *Prayer Is Good Medicine* [La oración es una buena medicina - HarperCollins, 1996], Dossey cita al Dr. David B. Larson, del Instituto Nacional para la Investigación del Cuidado de la Salud, en Rockville, Maryland, y ex investigador del Instituto Nacional de Salud Mental. "Mis profesores [en la Escuela de Medicina] me enseñaron que la religión era dañina. Luego consideré las investigaciones, y para mi sorpresa, la religión es altamente benéfica. Si asistes a la iglesia u oras en forma regular, eso te ayudará a prevenir enfermedades, mentales y físicas, y puedes enfrentar la enfermedad con mucho más efectividad. Si consideras las investigaciones en área tras área, es benéfica en un 80%. Quedé impactado".

Incluso estudios más recientes llevados a cabo por importantes centros médicos indican que la oración tiene un efecto sanador sobre la persona que ora: disminuye la presión sanguínea, alivia la depresión y fortalece el sistema inmunológico.

Los cristianos hemos sabido del poder sanador de la oración por bastante tiempo. Cuando Lonnie Melashenko condujo una serie de presentaciones sobre milagros en La Voz de la Profecía, recibió una cantidad de respuestas que describían milagros de sanidad. Una de ellas contaba la historia de una mujer de 30 años llamada Ann Whitmore y su familia, miembros de la iglesia de Presque Isle, Maine.

Un verano, Ann, madre de tres niños pequeños, descubrió un bulto en su pecho. Una biopsia mostró un tumor maligno. Pruebas posteriores revelaron que el cáncer ya se había esparcido a su pulmón, cuello y corazón. Puesto que la enfermedad ya estaba en un estado avanzado, los médicos decidieron probar con radiación antes de la cirugía, en un intento por encoger los tumores, pero la condición de Ann sólo empeoró.

En agosto, su médico la envió a un especialista oncólogo, en

Tennessee. La vida de Ann se convirtió en una lúgubre ronda de radiografías, radiaciones, pruebas de la médula ósea y quimioterapia. Por octubre, débil y desesperadamente enferma, decidió que ya había sufrido suficiente. Su especialista concordó en que todo tratamiento era inútil.

A finales de octubre toda su iglesia dedicó un culto especial de oración en favor de Ann. Junto a los feligreses y ancianos, ella y su esposo, Rodney, pidieron al Señor que interviniera en su vida y la sanara. Ese lunes, los rayos X no mostraron ningún cambio: sólo los tumores, junto a las manchas producidas por la fuerte radiación.

El viernes siguiente, sin embargo, fue diferente. Los rayos X no mostraban ninguna evidencia de enfermedad o de daños causados por la radiación en el lado izquierdo de su cuerpo. Convencidos de que la máquina estaba funcionando mal, los médicos repitieron las pruebas, con los mismos resultados. Completamente confundidos, decidieron llamar a un especialista en rayos X desde Tennessee para tratarla con rayos X dentro de una semana. Esta vez, ¡no encontraron ningún rastro del cáncer en ninguna parte de su cuerpo, ni ninguna secuela de la radiación! Gracias a un examen más cuidadoso, los seis médicos descubrieron que incluso los nodos linfáticos que habían extraído para la biopsia estaban presentes de nuevo, ¡perfectamente enteros!

Ann estaba tan entusiasmada que saltó de la mesa de exámenes y gritó: “¡Él me sanó!”, y luego procedió a explicar que Dios había respondido sus fervientes oraciones. Sus médicos decidieron que Ann simplemente se “había aferrado a su voluntad de vivir”, y que el poder del pensamiento positivo la había curado. Con todo, quedaron perplejos acerca de cómo terminarían su historia clínica.

A comienzos de sus diez años de pastorado en Paradise, California, a principios de la década de 1980, Lonnie Melashenko recibió un pedido para realizar un ungimiento en favor de la hijita de uno de sus miembros. La niña, de 5 ó 6 años, estaba casi sorda, apenas oía un poco con un oído. Numerosas pruebas habían descartado cualquier solución médica. Los padres estaban preocupados y llenos

de ansiedad y dolor. La madre pidió el ungimiento en armonía con el consejo dado en Santiago 5:14 y 15: “¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados”. Lonnie llamó a algunos ancianos, y se arrodillaron alrededor de la niña, pusieron las manos sobre ella y oraron.

Después de la oración de los ancianos, Lonnie invitó a la pequeña para que orara. “Nunca olvidaré el impacto de esa hermosa oración –cuenta él–. Simple, dulce y elocuente, como si el Espíritu Santo estuviera hablando a través de los labios de una niña, dijo algo como lo siguiente: ‘Señor Jesús, tú me hiciste; tú me diseñaste, tú tienes un plan para mí. Sólo quiero agradecerte por mi mami y por mi papi, y por el pastor Lonnie, y los ancianos que vinieron a orar por mí hoy. Si mi vida puede ser un testimonio para ti, por favor, pon tus manos sobre mis oídos y sánalos. Amén’ ”.

Cuando llegó el turno de Lonnie para orar, él estaba tan emocionado que apenas pudo hablar. El poder y la presencia del Espíritu Santo eran inconfundibles. Finalmente Lonnie recuperó la voz y le pidió a Dios que tomara el control completo de su vida y la sanara, si esta era su voluntad.

En pocos días, la niña estaba oyendo a la perfección.

En octubre de 1997, Lonnie se encontró con la madre de la niña, quien estaba trabajando en Ventura Estates, en Newbury Park, California, como asistente de enfermería. Orgullosa, le mostró una foto de su hija, ahora de 21 años. Desde el ungimiento, dijo, la audición de su hija había sido perfecta.

Por cada una de estas historias, hay muchas otras personas que mueren a pesar de la intercesión de otros. Los tres autores de este libro, han participado en ungimientos en los que el ungido no recibió la sanidad. No es el plan de Dios resolver el problema de la muerte todavía. Y hasta que él lo haga, toda sanidad física es sólo temporal.

Pero el plan de Dios es siempre sanar la enfermedad espiritual, si es que las personas están dispuestas a cumplir con la condición de apartarse de sus pecados. En este aspecto, el poder sanador de la oración realmente brilla.

Un conocido pastor fue invitado para hablar una de las noches en un gran encuentro sobre la oración, en Atlanta. Habló acerca de la importancia de la oración y cómo, si nosotros queremos algo, Dios quiere que se lo digamos. La oración libera las manos de Dios para que hagan lo que de otro modo no haría. Fue un sermón poderoso.

Un alcoholico estaba sentado en la parte posterior del auditorio. Al escuchar acerca del Dios que nunca se da por vencido con las personas, una nueva esperanza empezó a apoderarse de su corazón.

Una vez terminado el culto, el pastor estaba en la oficina pastoral, detrás de la plataforma, conversando con un grupo de ancianos, cuando de pronto uno de los diáconos entró y dijo:

—Hay un vagabundo aquí afuera que quiere verlo.

—No, él no es un vagabundo —respondió el pastor—. Puede estar viviendo de esa manera, pero él es un hijo de Dios.

—Bueno, él quiere hablar con usted. ¿Le digo que está ocupado? Sé que tiene otra cita, y este hombre parece un delincuente.

—Déjalo entrar.

Lo hicieron entrar. Dirigiéndose hasta el pastor, el hombre dijo:

—¿Cuántos años cree usted que tengo?

Era obvio que estaba ebrio y tenía problemas para hablar. Parecía tener por lo menos unos 55 ó 60 años.

—Tengo 36 —continuó el hombre—. ¿Es verdad todo lo que dijo esta noche allá afuera? ¿Es verdad que las oraciones realmente llegan hasta Dios? ¿O son simples palabras bonitas? Estoy acostumbrado a escuchar a gente que no cree en lo que dice, pero esta noche me pareció que usted de verdad cree que Dios nos ama y nos escucha. ¿Es verdad eso?

—Cada palabra que dije es verdad. Pero no lo es porque yo lo dije, sino porque Dios lo dijo. Y él cumple sus promesas.

—¿Oraría usted por mí?

Los ancianos lo pusieron en el centro y formaron un círculo alrededor suyo. Se arrodillaron, pusieron sus manos sobre él y oraron. Le pidieron a Dios que viniera a su vida, se revelara a sí mismo y le mostrara que él tenía un propósito al haberlo creado.

El hombre se fue tambaleando.

Varios años después, el mismo pastor estaba de visita en Augus-

ta, Georgia. Había un mensaje esperándolo en la recepción del hotel donde se hospedaba. Un desconocido quería verlo a las 8:30 de la mañana siguiente, por unos breves minutos.

Al otro día bajó para el desayuno y se sentó en el vestíbulo del hotel, sin saber a quién esperaba. De pronto, un hombre bien vestido atravesó la puerta. Con la espalda erguida, denotaba seguridad y confianza propia. Llevaba a dos pequeñas de la mano, bien vestidas; se veían felices. Al acercarse, el hombre empezó a cantar suavemente: "Sublime gracia del Señor, que a un pecador salvó".

El pastor se puso en pie y le estrechó la mano.

—Usted no me reconoce, ¿verdad? —dijo el recién llegado.

—No, lo siento.

—Soy el hombre que entró tambaleando a la iglesia hace varios años, en Atlanta. Usted oró por mí, y el Dios del cielo ha respondido sus oraciones.

La oración sana corazones heridos. La oración cambia las cosas.

Ruthie fue invitada a ir con su esposo, Don, a Australia y Nueva Zelanda para realizar algunos retiros espirituales y reuniones pastorales en esos lugares. Cuando llegaron, Ruthie se enteró del caso de una mujer a la que llamaremos Linda, que necesitaba de aconsejamiento.

Linda recién había conocido el adventismo y estaba casada con un agnóstico con tendencias a la violencia. Ella sufría en su matrimonio de abusos físicos. Linda no veía esperanza en su vida. Desde niña había sido abusada sexualmente por un padrastro durante varios años, dejándola marcada y quebrantada.

Afortunadamente, tenemos un Dios que puede sanar casos desesperados, puesto que él es el Señor de lo imposible.

—Hablaré con ella —dijo Ruthie—, si tú le llevas una copia de este libro y le pides que lo lea entre hoy y el día de nuestra cita, el lunes.

Por alguna razón, Ruthie había metido en sus maletas dos copias de un libro escrito por Henry Brandt y Kerri Skinner, ahora titulado: *The Heart of the Problem* [El corazón del problema]. Su primera reacción al toparse con este título fue: "¡Qué título más arrogante!" Pero después de leer el libro, cambió de opinión. El autor, Henry Brandt, ex propietario de las heladerías Ferrell, es un ingeniero, psicólogo y hombre de negocios cristiano.

Ruthie habló en el culto aquel sábado de mañana. Después de esto, Linda le pidió una cita para hablar con ella. Por el resto del fin de semana, Ruthie recordó a Linda en oración.

El lunes siguiente, por la mañana, Linda trajo, inesperadamente, a su esposo con ella a la cita. Ruthie se preguntaba como terminaría todo aquello y estaba tratando de decidir cómo manejar la situación, cuando notó que Linda estaba absolutamente radiante. Parecía una persona diferente.

—Ruthie —dijo Linda—, ya no creo que sea necesario hablar contigo.

—Está bien.

—Bueno, yo sí —intervino su esposo (a quien llamaremos Luis)—. Después que usted le dio ese libro a Linda, ella lo trajo a casa y pasó casi todo el tiempo leyéndolo, orando, leyendo la Biblia y llorando. Pude ver que algo le estaba pasando. De verdad creo que tengo una esposa nueva. Ella dijo que usted entendería. Así que le pregunto que es lo que ocurrió.

—Bueno, Luis, creo que los tres sabemos qué pasó este fin de semana. Dios la encontró en su momento de necesidad, le dio sanidad y esperanza a su corazón.

—Bueno, creo que yo también podría usar un poco de eso —comentó Luis.

Los tres oraron y hablaron por largo rato. Finalmente Luis le dijo a Ruthie:

—Siento que tenemos una nueva hermana. Nunca había tenido una hermana antes, pero siento que usted realmente se preocupa por nosotros.

—Bueno, Luis —Ruthie respondió—, usted necesita saber qué tipo de hermana está recibiendo. Hay un par de cosas que esta hermana va a hacer. Oraré por usted, lo amaré y le daré un consejo.

—Trato hecho. ¿Cuál es el consejo?

—Bueno, la primera cosa que yo haría, si fuera usted, es leer el libro. Luego le preguntaría al Señor en su propia manera qué significa lo que leí. Luego le diría que me gustaría conocerlo. Lo tercero es que empiece a leer la Biblia..

—No puedo. Hace mucho tiempo intenté hacerlo, y no estaba al alcance de mi cabeza. No pude entenderla, no le hallaba sentido.

—Bien, empiece con el libro de Juan, unos pocos versículos cada vez, y pídale al Señor que le muestre lo que significan.

—Bueno, eso sí puedo hacerlo.

Oraron, y Luis repitió: “Creo que puedo hacer eso”.

Linda, entusiasmada, dijo:

—Luis, ¡podemos hacer eso juntos!

Pero él pareció vacilar un poco.

—No, Linda —respondió Ruthie—, eso no es lo que quise decir. Eso es algo que Luis tiene que hacer solo.

Se abrazaron e intercambiaron direcciones. Durante los meses siguientes, por medio del poder de la oración, Dios cambió la vida de Luis tal como lo hizo con Linda.

Desde entonces, Luis y Linda fueron a Rusia como misioneros, para enseñar a ex ateos las verdades de la Biblia.

Otro ejemplo del poder sanador de la oración es el milagroso cambio que Dios obra en los corazones de los jóvenes que se involucren en la oración y el ministerio hacia otros.

En la primavera de 1996, cierto joven —llamémoslo Miguel—, junto con un grupo de 12 estudiantes de un colegio secundario adventista en Norteamérica, asistió a unas conferencias sobre oración y ministerio en el Colegio de Stanborough, un colegio secundario del sur de Inglaterra, con el fin de ayudar. Otros cinco colegios secundarios norteamericanos habían enviado a un total de 90 delegados al evento.

Los muchachos estaban acampando en una tienda vieja y sin calefacción. Cada grupo tenía diferentes expectativas del evento. En Inglaterra, la iglesia había publicitado la conferencia de oración como una semana llena de entretenimiento y deportes, y 200 muchachos ingleses de la ciudad, la mayoría sin conocer a Jesús, se aparecieron para jugar basquetbol. Algunos de estos jóvenes pasaron todo el tiempo jugando a las cartas.

En contraste, los muchachos de otra iglesia pasaron hasta 8 horas al día en oración y ayuno (de los medios de comunicación [radio y TV] y del azúcar), concentrándose en Cristo. Estos muchachos no estaban ahí para jugar (en un reciente viaje a Islandia, ni siquiera se

habían dado tiempo para hacer una visita por la isla). Dios honró su devoción. Con frecuencia, varios miembros del grupo fueron impresionados con la misma idea o los mismos textos. Ellos oraban para que se abrieran los corazones en las conferencias de Stanborough Park.

Miguel era un miembro de este grupo, pero no era “súper espiritual”, y pronto quedó claro que sus razones para asistir al encuentro no tenían nada que ver con lo espiritual. Era cabecilla en su escuela, y Miguel había venido como turista.

Un día, mientras el grupo viajaba de un lugar a otro, una tarjeta pornográfica se deslizó de entre sus cosas y aterrizó a los pies del pastor.

Antes de salir de casa, los muchachos se habían reunido con el pastor y habían acordado una serie de reglas. Una de ellas decía que si ellos cambiaban de opinión o exhibían una conducta en desacuerdo con el ministerio, se les pediría que regresaran a casa. Los líderes decidieron que, con el fin de mantener el espíritu del fin de semana, no podían comprometer las reglas en el caso de Miguel.

Pocas horas después, Ruthie vio al pastor conversando con Miguel bajo uno de los árboles del campus por casi una hora. Luego, ambos, vinieron hasta ella.

—Ruthie, por favor, no me envíes de regreso —dijo Miguel—. Creo que estoy empezando a encontrar a Dios. Si regreso a casa ahora, nunca lo encontraré. Admito que vine por motivos equivocados. Yo pensé: *Esta es una buena oportunidad para conocer Inglaterra*. Sólo quería conocer lo que más pudiera y pasarla bien con mis amigos.

Ruthie le recordó que él había sido una mala influencia en su escuela, y él también lo reconoció.

—¿Eres lo suficientemente hombre como para decirle a tus amigos lo que me acabas de decir? —preguntó ella.

—Sí —respondió Miguel.

El pastor juvenil llamó al grupo de su escuela y dijo:

—Miguel tiene algo que quiere decirles.

—Me doy cuenta que no he venido por las razones correctas —empezó el muchacho—, y no he sido una buena influencia. Quiero cambiar y ser una ayuda aquí, y quiero que todos nosotros empece-

mos a trabajar juntos con los chicos de las otras escuelas en vez de trabajar contra ellos.

—Pero ellos son tan espirituales. Ellos piensan que son mucho mejores que nosotros —comentó uno sus amigos.

—Pero ese no es el asunto —dijo Miguel—. Podemos mostrarles por qué *nosotros* estamos aquí, y cómo *nosotros* podemos cumplir ese propósito.

Ruthie salió silenciosamente de la sala. Los muchachos permanecieron allí por casi dos horas, orando, confesando e implorando la ayuda del Señor. Cuando salieron de la sala, los ojos de todos estaban húmedos. Las cajas de pañuelos estaban vacías, el cesto lleno, y todos abrazaban a Ruthie por el privilegio de estar allí. Estaban muy entusiasmados con lo que Dios tenía guardado para ellos. Una muchacha quería ser bautizada allí porque su vida había sido cambiada en ese lugar.

Fue un momento decisivo no sólo en la vida de Miguel, sino en la de muchos otros. Dios bendijo las conferencias con su poder. Uno de los estudiantes de Stanborough, proveniente de las Bahamas, dijo: “Estas conferencias han sido un verdadero terremoto espiritual para mí”.

Algún tiempo después, Miguel recibió una invitación para ir a la India con el mismo pastor juvenil y un estudiante de Teología del Pacific Union College, que también habían estado con ellos en Inglaterra. Estuvieron involucrados en reuniones especiales para varios grupos de estudiantes, terminando con una semana de énfasis espiritual en el Colegio Spicer. Durante la noche del viernes permanecieron en la iglesia, hablando a los estudiantes. Miguel y su amigo de más edad compartieron su amor por Jesús y su deseo de conocerle mejor y de ser útiles para Dios en oración, estudio de la Biblia y ministerio.

Luego Miguel dijo: “Hay tres maneras posibles en las que ustedes pueden responder a esta semana que hemos pasado juntos. Una es decir: ‘Gracias, pero no quiero nada con Dios’. Otra es decir: ‘Gracias, pero prefiero seguir como siempre; creo conocer a Dios, y voy a seguir con mi cómoda rutina’. Pero una tercera opción es decir: ‘Necesito un cambio radical, y quiero que Dios me use’. Si tienen el coraje necesario para hacer esta decisión, les pediremos que

pasen al frente para que podamos orar por ustedes y le pidamos a Dios que cumpla su propósito en sus vidas”.

No hubo música, ninguna apelación emocional, sólo el testimonio de los corazones de aquellos jóvenes estudiantes. Pero 1.200 estudiantes se levantaron de sus asientos y pasaron al frente para la oración.

* * * * *

Dios aún está sanando a un mundo enfermo, una persona a la vez. A veces el progreso parece lento. Incluso en este momento estamos luchando en oración por Bárbara, la madre de Tim, a quien en agosto de 1997 se le diagnosticó un cáncer inoperable del hígado. Los tres autores de este libro, y centenares de otros, han estado orando por su curación. Tim ha participado en un servicio de ungimiento en septiembre. Sin embargo, al momento de escribirse estas líneas, ninguna sanidad se ve en el horizonte. La voz de Bárbara, una vez fuerte y cargada de risa, ahora es frágil y débil.

Desde que se conoció el diagnóstico, Carol, la esposa de Tim, ha estado orando con fervor para que Dios ponga sus amantes brazos alrededor de Bárbara y la consuele, sanándola si es su voluntad. Dios ya ha respondido esta oración de una manera hermosa e inesperada.

El 4 de noviembre de 1997, Bárbara estaba acostada de lado sobre su cama. Su esposo, Bruce, estaba acostado de espaldas a ella. De pronto, ella sintió la presión de una mano sobre su hombro. Le preguntó a Bruce si él la había tocado (lo que habría sido difícil dada la posición en que se encontraba). No, él no la había tocado. Nadie más estaba en el cuarto.

Nada semejante había sucedido jamás en la familia de los Crosby. El gentil toque de una mano invisible sobre el hombro, aunque poco frecuente, es una de las maneras en las que los ángeles se revelan a sí mismos a aquellos a los que son enviados a ministrar. Se han publicado muchos incidentes acerca de los ángeles. Cosas como ésta, suceden generalmente sólo una vez en la vida, pero esta es una de las formas que Dios tiene de comunicar su amor hacia nosotros en momentos muy difíciles. Dios parece estar diciendo: “No importa lo que pase, estás rodeado de mi misericordia y protegido por las alas

de mis ángeles”.

El poder sanador de la oración no tiene límites. Podemos enviar el poder sanador de Dios a través de cualquier distancia a aquellos que necesitan nuestra ayuda. Cuando oramos por la sanidad de alguien, y esa persona se rinde a la voluntad de Dios, él siempre responde nuestra oración. Puede ser que no siempre sane de inmediato el cuerpo, pero él restaura el alma y conforta el corazón en su amor, preparándolo para otro tiempo y otro lugar.

CAPÍTULO V

Cuando Dios no responde

Tim y Carol Crosby estaban a bordo de un pequeño avión en Atlanta, esperando despegar rumbo a Chattanooga, cuando de pronto Donald Trump y Marla Maples se sentaron justo frente a ellos. Un coro de murmullos se dejó oír en todo el avión, pues él era un hombre famoso y rico. Chismes y juicios superficiales volaron. Un hombre pidió permiso para tomar una foto. A mitad del vuelo, Tim se armó de valor y se atrevió a pedirle prestada a Trump la revista *Business Weeks*, después que terminó de leerla.

Cuando el avión aterrizó en Chattanooga, la aerolínea había perdido el equipaje de los Crosby. ¿Y adivina qué? También el de los Trump.

Pero Trump pronto pudo recuperar su equipaje.

¿Ha perdido Dios alguna vez tu equipaje? ¿Ha fallado en concederte algo que le pediste dentro de los plazos que le estableciste? ¿Te ha parecido alguna vez que Dios no muestra la debida diligencia al hacerse cargo de las cosas que le encomiendas?

La historia de Donald Trump nos recuerda una parábola moderna que dice más o menos así: Un hombre le preguntó a Dios cuanto eran para él un millón de años. Dios respondió: "Es apenas como un segundo de tu tiempo, hijo mío".

El hombre volvió a preguntar: "¿Y qué me dices de un millón de dólares?"

El Señor respondió: "Para mí, es apenas como una monedita de 5 centavos".

Armándose de valor, el hombre volvió a preguntar: "Bueno, Señor, ¿me podrías dar una de tus moneditas de 5 centavos?" Y Dios dijo: "Por supuesto, hijo mío; espérame *un segundo*".

El problema de las oraciones no respondidas es, en gran medida, un problema de tiempo. Queremos lo que queremos *ahora*, y pensamos que si Dios no nos responde de acuerdo con nuestra agenda, es porque no ha respondido nuestra oración. Pero a veces, la respuesta de Dios es: "Espérame un segundo". Eventualmente obtendremos todo lo que está determinado para nosotros. Recuerda que si recibiéramos todo lo que merecemos de inmediato, es muy probable que dejáramos de existir. En este momento estamos aún respirando por gracia. Pero en el tiempo apropiado de Dios, tendremos todo. Algún día seremos multimillonarios. Seremos tan ricos que haremos que Donald Trump parezca un mendigo.

Si parte del problema tiene que ver con el marco de tiempo, otro aspecto es un problema de percepción. Simplemente no conocemos toda la historia. Una antigua fábula rabínica nos cuenta de un viaje que el rabí Jachanan realizó con el profeta Elías. Tras un * largo día de caminata, sucedió que al anochecer pasaban por la humilde cabaña de un hombre pobre cuyo único tesoro era una vaca. El hombre junto con su esposa salieron corriendo para dar la bienvenida a los dos desconocidos y los invitaron a pasar la noche en su cabaña. Mostrando toda la hospitalidad que las magras circunstancias permitían, los dueños de casa les ofrecieron a sus invitados abundante leche de vaca y pan hecho en casa con mantequilla, y los hicieron dormir en la mejor cama, mientras que ellos se acostaron junto al fuego en la cocina. Por la mañana, la vaca del hombre pobre estaba muerta.

El rabí y el profeta caminaron todo el día siguiente, llegando por la noche a la casa de un rico comerciante. Esperaban ser reconfortados por su hospitalidad, pero el comerciante era orgulloso y frío, y todo lo que les ofreció fue dormir en el establo de las vacas, y un poco de pan y agua. En la mañana, no obstante, Elías le agradeció por lo que había hecho por ellos y envió a un albañil a reparar uno de sus muros que se estaba cayendo, como un gesto de agradecimiento por su bondad.

El rabí Jachanan, incapaz de guardar silencio por más tiempo, le

rogó al hombre santo que le explicara el significado de sus acciones para con los seres humanos. “En cuanto al hombre pobre que nos recibió con tanta hospitalidad”, el profeta respondió, “estaba decretado que su esposa iba a morir, pero en recompensa por su bondad, Dios quitó la vida de la vaca en lugar de la esposa. Reparé el muro del rico altanero porque un cofre de oro estaba escondido cerca del lugar, y si el rico hubiera reparado la muralla por sí mismo, lo habría descubierto. Por tanto, no digas al Señor: ‘¿Qué haces?’, sino: ‘¿Acaso el Señor no hace todas las cosas bien?’ ”

Deberíamos ser más escépticos en cuanto a nuestra habilidad para catalogar eventos como buenos o malos. Cuando decimos que algo es malo, por lo general nos referimos a algo que es desagradable o doloroso. Pero no podemos decir que aquello sea definitivamente malo o no, puesto que no podemos calcular las consecuencias eternas.

✦ ¿Recuerdas el episodio de Tonya Harding versus Nancy Kerrigan? Tonya y Nancy eran ambas campeonas de patinaje sobre hielo. Tonya indujo a una amiga para que lesionara la pierna de Nancy, esperando dejar a su rival fuera de combate.

Imagina ahora que tú eres Nancy Kerrigan. De pronto alguien desconocido te golpea brutalmente en la rodilla, arruinando posiblemente tus posibilidades de obtener una medalla de oro en las Olimpiadas. Mientras te encuentras sobre el hielo con un dolor intenso, ¿cómo calificarías tu experiencia? ¿Afortunada o desafortunada?

Ahora mira de nuevo las cosas, no a través de los ojos de Nancy sino de tus propios ojos, con la ventaja de los años transcurridos. Tienes una visión histórica de 20/20. Ahora, ¿cómo la calificarías? ¿Suerte o desgracia? ¿Fue una tragedia o fue una de las mejores cosas que jamás le sucedieron a Nancy? Piénsalo de nuevo. Considera todo lo que significó para ella la atención de los medios de comunicación. Recuerda los nuevos círculos en los que se desenvolvió tras su recuperación.

¿Y que fue de Tonya Harding? El éxito pasajero de su plan deshonesto, ¿le trajo fortuna o desgracia? Respuesta fácil, ¿cierto? Pero espera. Algún tiempo después, poco antes de las Olimpiadas, Tonya dedicó su vida a Dios con lágrimas en las mejillas, en una iglesia de

Oregon. En una conferencia de prensa poco después de esto, ella declaró que desde entonces “patinaría” para Dios, algo que la prensa fue incapaz de comprender. En un incómodo intento de reconciliación, Tonya llegó incluso a abrazar a Nancy sobre el hielo en los momentos previos a la competición (Nancy, obviamente, no estaba muy entusiasmada). Démosle a Tonya el beneficio de la duda y supongamos que su arrepentimiento fue verdadero.

Ahora, echemos otro vistazo. Supongamos que todo esto resulta en cambios duraderos en el estilo de vida de Tonya Harding. ¿Fue esa experiencia buena o mala?

Y si Nancy, con todo su nuevo círculo de amistades, decide que no necesita a Dios. Entonces ¿qué es? ¿Bueno o malo?

No es fácil computar todos los cálculos de causa-efecto y etiquetar un evento como bueno o malo. Podemos decir si es placentero o no, por supuesto, pero eso es todo lo que podemos determinar. De hecho, el que algo produzca consecuencias positivas o negativas depende en gran medida de nuestra actitud hacia ello. Ni el fracaso ni el éxito son irremediamente finales. El éxito más rotundo lleva consigo las semillas del fracaso, y el fracaso más abismal esconde las semillas del éxito. La cruz debería enseñarnos esto. Dios puede transformar un fiasco en una fortuna.

Podríamos multiplicar ejemplos sin fin, tales como la cautividad de José que resultó en su exaltación y la salvación para su familia; el encarcelamiento de Pablo que le dio el tiempo necesario para escribir parte del Nuevo Testamento; las ratas del campo de concentración que mantuvieron alejados a los guardias de Corrie Ten Boom y su hermana; el bombardeo en Bosnia que resultó en la muerte de 50 personas, pero que produjo una intervención internacional que finalmente puso fin a la guerra.

El punto principal de todo esto es que jamás podemos suponer que Dios no la respondió, tan sólo porque no obtuvimos la respuesta deseada para nuestra oración. Nuestra historia nunca termina hasta que termina, y ni siquiera termina entonces, porque nunca termina cuando Dios toma el control de ella.

* * * * *

Puesto que no somos capaces de ver el final desde el principio,

no sabemos qué cosas pedir en oración. “No somos lo suficientemente sabios como para usar una oración que funcione con un 100% de efectividad todo el tiempo”, dice Larry Dossey. Sería peligroso para Dios confiarnos semejante poder. Por lo tanto, él sugiere, Dios “desordena los códigos” al demorar sus respuestas a algunas oraciones y respondiendo al azar a otras, de manera que no exista ninguna fórmula discernible que podamos emplear para asegurar una respuesta garantizada.

Muchos autores han luchado con el tema de las oraciones no contestadas. C. S. Lewis señala que la oración no es como una máquina expendedora que funciona con monedas.⁴ La oración es más semejante a un niño que hace pedidos a sus padres, o un estudiante que le pide algo al director de su escuela. Algunas peticiones son concedidas, otras no. Por lo menos no todavía. ✓

Por esto Lewis sospechaba que los cristianos más avanzados reciben menos respuestas a sus oraciones que los cristianos neófitos cuya fe necesita ser fortalecida. En su ensayo “The Efficacy of Prayer” [La eficacia de la oración], Lewis cita a un cristiano “experimentado” para demostrar que las respuestas dramáticas a las oraciones tienden a llegar con mayor frecuencia al principio de la experiencia cristiana de una persona, y con menos frecuencia a medida que ésta avanza. Y concluye: “¿Es que Dios se olvida entonces de aquellos que le sirven mejor? Bueno, Aquel que sirvió mejor que todos, momentos previos a su torturada muerte, dijo: ‘Padre, ¿por qué me has desamparado?’ Cuando Dios se hace hombre, aquel Hombre, entre todos los hombres, es el que Dios menos consuela en el momento de su mayor necesidad. Hay un misterio aquí, el cual, aún si yo tuviera el poder, no tendría el valor de explorar. Mientras tanto, personas pequeñas como tú y yo, si nuestras peticiones son a veces concedidas más allá de toda esperanza y probabilidad, haríamos bien en no sacar conclusiones apresuradas para nuestra propia ventaja. Si fuésemos más fuertes, podríamos ser tratados con menos gentileza. Si fuésemos más valientes, podríamos defender, con mucho menos ayuda, puestos mucho más desesperados en la gran batalla”.

La idea de Lewis de que a los cristianos más avanzados se les conceden menos milagros, parece estar inspirada en la carrera del apóstol Pablo. Mientras éste estaba en Efeso, un centro de activi-

dad demoníaca, “hacia Dios milagros extraordinarios por mano de Pablo, de tal manera que aún se llevaban a los enfermos los paños o delantales de su cuerpo, y las enfermedades se iban de ellos, y los espíritus malos salían” (Hech. 19:11, 12). Mucho tiempo después, al escribir su última epístola, Pablo escribió: “A Trófimo dejé en Mileto enfermo” (2 Tim. 4:20). El que una vez pudo sanar a multitudes a la distancia, ahora parecía incapaz de sanar a su propio compañero de trabajo. ¿Acaso Pablo había dejado de recibir el favor de Dios? ¿Había disminuido su fe? Difícilmente. La fe de Pablo y su reputación estaban ahora establecidas, y quizás Dios ya no necesitaba tanto sus dones carismáticos como sus habilidades de escritor. Existe aquí una constante. Las visiones de Elena de White y los incidentes de curación desaparecieron durante la última parte de su vida.

De este modo, paradójicamente, en algunos casos el silencio de Dios puede indicar su respeto por una avanzada madurez espiritual. Tres veces Pablo oró para que Dios quitara cierto dolor de su cuerpo, pero Dios se negó (ver 2 Cor. 12:7-10). Las Escrituras están llenas de quejas acerca de oraciones no respondidas. “¿Hasta cuando, Jehová? —dice el salmista—. ¿Me olvidarás para siempre?” (ver Sal. 13:1; 88:14; 89:46). “Despierta; ¿por qué duermes, Señor?” (Sal. 44:23). “He aquí yo clamaré agravio, y no seré oído; daré voces, y no habrá juicio” (Job 19:7). “Clamo a ti, y no me oyes; me presento, y no me atiendes” (Job 30:20). “Dios mío, clamo de día, y no respondes; y de noche, y no hay para mí reposo” (Sal. 22:2). “Jehová, Dios de los ejércitos. ¿hasta cuándo mostrarás tu indignación contra la oración de tu pueblo?” (Sal. 80:4). “Aun cuando clamé y di voces, cerró los oídos a mi oración” (Lam. 3:8). “Te cubriste de nube para que no pasase la oración nuestra” (vers. 44). Aún los santos más grandes han tenido problemas con oraciones no respondidas.

Por supuesto, a veces hay una razón sencilla para que una oración no sea respondida. El problema puede ser algún pecado acariaciado en nuestra vida. En su libro *Why Prayers are Unanswered* [Por qué las oraciones no son respondidas], John Lavender relata una historia acerca de Norman Vincent Peale. Cuando Peale era un muchacho, encontró un gran cigarro negro, se metió en un callejón, y lo encendió. No tenía muy buen sabor, pero lo hacía sentir

muy adulto... hasta que vio a su padre que se acercaba. Rápidamente puso el cigarro detrás de su espalda y fingió un aire de tranquilidad. Desesperado por distraer la atención de su padre, Norman señaló hacia un gran anuncio que publicitaba un circo. “¿Puedo ir, papá? Por favor, vamos a verlo cuando venga al pueblo”. La respuesta de su padre le enseñó a Norman una lección que nunca olvidó. “Hijo —respondió con tranquilidad, pero con firmeza—, nunca hagas una petición mientras al mismo tiempo tratas de esconder una ardiente desobediencia”.

La desobediencia persistente impedirá definitivamente la respuesta a la oración. Las Escrituras nos advierten a menudo acerca de esto. “Si en mi corazón hubiese yo mirado la iniquidad, el Señor no me habría escuchado” (Sal. 66:18). “Vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír” (Isa. 59:2). “Entonces clamaréis a Jehová, y no os responderá; antes esconderá de vosotros su rostro en aquel tiempo, por cuanto hicisteis malvadas obras” (Miq. 3:4).

Steve Mosley, amigo de Tim, cuenta la historia de su participación en una campaña evangelizadora en Japón, que simplemente no estaba funcionando. Sin importar cuanto oraban, la gente no estaba respondiendo. Más tarde descubrieron que dos de los estudiantes misioneros estaban teniendo una relación sexual. Dios no puede bendecir la desobediencia.

Tampoco responde él las oraciones de aquellos que no tienen misericordia hacia otros. “El que cierra su oído al clamor del pobre, también él clamará, y no será oído” (Prov. 21:13). “Cuando extendáis vuestras manos, yo esconderé de vosotros mis ojos; asimismo cuando multipliquéis la oración, yo no oiré; llenas están de sangre vuestras manos. Lavaos y limpiaos; quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos; dejad de hacer lo malo; aprended a hacer el bien; buscad el juicio; restituid al agraviado; haced justicia al huérfano, amparad a la viuda” (Isa. 1:15-17). Esto se aplica también dentro del contexto del matrimonio: los que son inconsiderados e irrespetuosos con sus cónyuges no pueden esperar que Dios responda sus oraciones (1 Ped. 3:7).

A veces la oración no es respondida “porque pedís mal, para

gastar en vuestros deleites" (Sant. 4:3). Otras veces no recibimos respuestas por causa de nuestra escasa fe (Sant. 1:6).

Dios no espera la perfección en aquellos que oran. Pero sí quiere un humilde sentimiento de penitencia por los errores pasados, e integridad de propósito para el futuro.

La oración puede ser ineficaz debido a que es endeble, apática e inconstante. A veces no obtenemos lo que deseamos porque realmente no lo queremos con toda el alma. Charles Spurgeon comparó la oración con el acto de tirar la cuerda de una gran campana de iglesia. Algunos la tiran tan débilmente que apenas la mueven. Otros le dan sólo un tirón ocasional. Sólo el tirar en forma rítmica y vigorosa de la cuerda puede hacer sonar las campanas con la fuerza suficiente como para mover la mano de Dios. La intensidad del deseo es esencial. Es sólo la oración *ferviente* y *enérgica* de un hombre justo la que prevalece (Sant. 5:16). " 'El reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan' (Mat. 11:12). Aquí se entiende por violencia un santo fervor, como el que manifestó Jacob" (Elena de White, *A fin de conocerle*, p. 274). Las oraciones apáticas y laodiceas no prevalecen con Dios.

Aun así, muchas oraciones que parecen ser perfectas permanecen sin respuesta. No hubo falta de intensidad de parte de Sandy Wyman Richert cuando a su hijo de 7 años, Trevor, le diagnosticaron un glioma incurable de la corteza cerebral. Rogó, imploró, lloró y negoció con Dios. Lonnie la entrevistó para un programa radial de la La Voz de la Profecía que salió al aire en febrero de 1994. Aquí está su impactante testimonio relatado con una voz entrecortada por las lágrimas:

"Puede imaginarse lo que pasaba en mi corazón: yo estaba tratando de hacerle la agenda a Dios... Recuerdo hablarle al Señor, diciendo: 'Mira, si alguna vez ha existido la oportunidad para que tú seas glorificado, ¡ésta es, si sanas a mi hijo! Tú sabes que ésta es siempre una condición fatal. La gloria sería dada por completo a ti. Los médicos no podrían acreditarse la curación en esta condición que siempre es fatal. Muchas personas están orando. ¿No sería un testimonio increíble de tu poder y tu amor el sanar a este niño?'

"Le digo más: Mientras parecía que más orábamos, mientras escuchábamos de más gente que oraba, mientras más fervientes -y

así lo creo— y llenas de pasión eran nuestras oraciones, él se deterioraba más rápidamente.

“El viaje desde mi casa en Santa María hasta el hospital en Santa Bárbara duraba una hora y media, y yo lo hacía ida y vuelta casi cada tres días. Solía pasar todo el viaje orando en voz alta y llorando. Un par de veces tuve que detenerme a la orilla de la carretera porque mis ojos no tenían limpiaparabrisas.

“Mientras usaba ese tiempo, mis oraciones empezaron a cambiar desde decirle a Dios lo que yo quería que hiciera, hasta hacer la oración que decía: ‘Lo que sea que tú hagas y cualquier cosa que permitas, está bien conmigo. Porque sé que, o voy a terminar teniendo una desilusión contigo o voy a terminar teniendo una desilusión sin ti. No quiero perder a mi hijo, pero si voy a creer que tú eres quien dices ser, y que tú siempre obras en base al amor, entonces algo lleno de amor está sucediendo aquí. Y aunque me duele muchísimo, tengo que escoger si voy a seguir confiando en ti o no’.

“Y cuando hice esto, sentí una gran paz en mi interior. Lloré a causa de la realidad de lo que parecía inevitable, pero tenía una gran paz al respecto.

“Muy a menudo en la oración tomamos una tarjeta, la llenamos con nuestra agenda y se la pasamos a Dios para que la firme, cuando lo que deberíamos hacer es firmarla y entregársela a Dios para que él la llene.

“La última noche, una de las enfermeras me dijo: ‘¿Le gustaría sostenerlo?’ Lo pusieron en mi falda y, por casi media hora, simplemente lo abracé. Fue muy difícil ver cómo mi hijo se desvanecía y empezaba a respirar sólo unas pocas veces por minuto. Pero puedo decirles que la cosa más irónica durante esos minutos fue que nunca sentí la presencia de Dios tan cerca en mi vida de lo que fue mientras abrazaba a mi hijo que se moría.

“Cuando se dice que nuestra fe no puede ser sacudida, pienso que la única fe que no puede ser sacudida es la que viene después de haber sido ya sacudida. Pienso que Dios respondió nuestras oraciones y las está respondiendo. No fue la respuesta que queríamos, y sin embargo ocurrieron milagros en derredor nuestro, incluso ahora, con los corazones de personas que fueron conmovidas por la experiencia de Trevor. Es un misterio cómo un muchacho de 7 años

pudo tocar los corazones de tanta que gente a las que jamás conoció.

“Alguien mucho más grande que yo está esparciendo un ‘polvo mágico’ a lo largo del país por medio de la experiencia de Trevor. No creo que esto se pueda explicar en una dimensión natural. Creo que hay algo muy sobrenatural que está sucediendo”.

Sandy recientemente escribió su historia en un libro titulado *Hold me, Help me, Heal me* [Abrázame, Ayúdame, Sáname – Concerned Communications, 1997].

Dios nos ha asegurado que si le pedimos pan, no nos dará piedras. Pero tal vez nuestro problema no pasa por pedir pan y recibir piedras. Es mucho más probable que pidamos piedras—qué en la actualidad acostumbramos a llamar joyas—y Dios, en su misericordia, nos da pan.

Considera el caso de Gus, por ejemplo. Era un hombre del mundo, vano, arrogante, articulado. Tenía una mente brillante y no quería desperdiciarla en la religión. Le daba rienda suelta a toda la lujuria de la carne. Buscaba satisfacer todos los deseos que pudiera, y usaba su exquisita y preparada mente para apartar a otros de Dios.

Pero Gus no había sido criado de esa manera. Su madre le había cantado himnos mientras lo criaba. Por años, sus oraciones llenas de lágrimas en favor de él habían sacudido las puertas del cielo, sin evidencia alguna de que Dios estuviera escuchando.

Un día, Gus le dijo a su madre que se iría del pueblo rumbo a la gran ciudad para seguir la carrera de oratoria pública. Su madre había temido esto más que a cualquier otra cosa. Ella sabía que su hijo probablemente se perdería allí en una desquiciada persecución de placeres, y que nunca regresaría a la fe de su familia. Corriendo hasta la iglesia, la madre de Gus cayó sobre sus rodillas y le rogó a Dios que impidiera que su hijo se fuera a la gran ciudad. Nunca había orado con tanta intensidad en toda su vida. Pero cuando el barco zarpó rumbo a Roma, Gus estaba en él, y a su madre se le partió el corazón.

Sucedió que por entonces vivía en Roma un famoso predicador llamado Ambrosio. Un amigo de Gus le dijo: “Tienes que escuchar a

este tipo", y un día fueron. Ambrosio era quizás el único predicador de su tiempo que podía haber alcanzado a aquella mente brillante. Un día, el joven Gus -Agustín- escuchó la voz de Dios llamándolo a leer la Biblia, y él la abrió en Romanos 13:13 y 14: "Andemos como de día, honestamente; no con glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias, no en contiendas y envidia, sino vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne". Entregando su corazón a Dios, Agustín se convirtió en uno de los grandes líderes de la iglesia cristiana.

Carl Johnson, de Kankakee, Illinois, también tenía un hijo: Kenny. Su país lo llamó para servir en Vietnam. Mientras su hijo peleaba fieras batallas sobre el suelo, Carl peleaba batallas espirituales en otro ámbito, orando diariamente por la seguridad de Kenny. Él pedía que su hijo fuera traído de regreso a casa con seguridad.

Un día, tras meses de agónica oración, la respuesta llegó. Carl escuchó la voz audible de Dios (como Felipe en Hech. 8:26) diciéndole: "Tu hijo está seguro. Lo estoy protegiendo".

La paz tomó el lugar de los temores de Carl. Después de esto, nunca más volvió a orar por la seguridad de su hijo.

Dos días después, al llegar de regreso a su casa, vio un grupo de autos estacionados alrededor de su hogar, y sus sueños se hicieron añicos.

Su esposa lo recibió en la puerta.

-Kenny fue muerto en acción -dijo ella-. Murió por el país que amaba y por una causa en la que creía. Hace sólo dos días me dijiste que regresaría a casa con seguridad. Ahora está muerto. Siempre creí en ti. ¿Qué pasó?

Carl no tenía palabras. La voz de Dios había sido tan vívida. Incapaz de entender, le pidió ayuda a Dios para interpretar su experiencia.

Entonces recordó el momento en el que Kenny había sido muerto. Fue a la misma hora en que Dios le había hablado.

Finalmente, Carl volvió a encontrar paz. Dios no le había dado lo que quería, le había dado algo mucho mejor. "Tu hijo está seguro. Lo estoy protegiendo". Carl había pedido seguridad temporal para su hijo. Dios le había dado seguridad eterna.

La Biblia nos da razones por las que a veces no recibimos respuesta a nuestras oraciones. A veces el problema es el pecado en nuestra vida, motivos equivocados, y otras. Pero otras veces Dios nos da más de lo que pedimos, y lo tomamos por menos.

Queremos un millón de dólares; Dios nos da un verdadero amigo (adivina cuál es más valioso).

Queremos un amigo humano; Dios nos ofrece intimidad consigo mismo.

Queremos una salida fácil para los problemas; Dios nos concede una iniciación difícil al siguiente nivel más elevado de madurez espiritual.

Sucedió de esta forma incluso con Jesús. En el Getsemaní, Jesús le pidió a su Padre que lo librara del indescriptible horror de la cruz.

Pero Dios tenía algo mejor en mente para él: el eterno amor de todos los redimidos. Todo el poder en el cielo y la tierra. Alabanza sin fin. Coronas dentro de coronas. La eterna adoración de los ángeles. Gloria más allá de toda imaginación.

Pero para poder darle esto, él no pudo liberarlo de la vergüenza.

Kenny Johnson. Trevor Richert. Desde el punto de vista humano, Dios perdió el equipaje, ¿o no? Afortunadamente, gracias a que Dios le dijo no a Jesús, Kenny y Trevor tienen el futuro más brillante que pueda existir.

—Muy a menudo —dice la madre de Trevor—, en oración tomamos una tarjeta, la llenamos con nuestra agenda y se la pasamos a Dios para que la firme, cuando lo que deberíamos hacer es firmarla y dársela a Dios para que la llene.

Cuando la vida parezca sólo tinieblas y el oscuro abismo de la derrota se abra ante ti, sólo recuerda: las cosas no son como parecen. Tu desilusión puede ser la ilusión de Dios. El dolor continuará ocurriendo, y la naturaleza humana continuará huyendo de él, tal como Cristo mismo lo hizo. Pero Dios es bueno, y él nos dará algo mucho mejor de lo que nosotros queremos para nosotros mismos.

Cuanto más pronto podamos aprender la oración de total su-

misión a la voluntad de Dios, que escribió François Fenelon, tanto mejor:

“Señor, no sé que debería pedirte; sólo tú sabes lo que necesito... Abre mi corazón a ti. Contempla mis necesidades que yo mismo ignoro. Golpea, o sana; deprímeme o exáltame; te adoro por todos tus propósitos sin conocerlos. Estoy en silencio. Me doy por completo a ti. No tengo otro deseo que el de cumplir tu voluntad. Enséñame a orar. Ora tú mismo en mí. Amén”.

CAPÍTULO VI

La oración que Dios siempre responde

La oración puede llegar a ser un arma de doble filo. Hasta un experto puede pedir algo equivocado, obtenerlo y hacer que el mundo se le venga encima de manera desastrosa. A menudo deseamos que Dios nos conceda más de nuestras peticiones, pero si así lo hiciera, podríamos llegar a desear que no lo hubiera hecho. Los israelitas una vez se cansaron del maná y pidieron carne (Núm. 11). La obtuvieron: una bandada de codornices descendió sobre el campamento. Para algunos, fue la última comida de sus vidas. Más tarde pidieron tener un rey (1 Sam. 8), y también se les concedió este pedido, pero a un alto costo. Deberíamos ser más cuidadosos respecto de lo que le pedimos al Señor. Sucede que a veces la oración puede convertirse en una especie de caja de Pandora, la que, abierta insensatamente, nos lleva a todo tipo de calamidades.

Por fortuna, Dios en su misericordia se niega a responder nuestras peticiones más peligrosas. No obstante, en ocasiones, él nos deja tener lo que deseamos, quizás para enseñarnos una lección. Tomemos, por ejemplo, a Ezequías.

Aún cuando Ezequías no escribió ningún libro de la Biblia, las Escrituras le dan el crédito por varios otros logros, como la purificación del culto de Israel, la destrucción de los ídolos y los lugares altos e incluso un vistoso proyecto de ingeniería para traer agua a la ciudad. Ezequías fue uno de los reyes más fieles de Israel. Pero co-

metió algunos errores.

Ezequías realizó dos oraciones. Una de ellas salvó a su nación, la otra casi la destruye. Miremos más de cerca ambas oraciones y comparémoslas con algunas otras oraciones famosas en la Biblia. Quizás podamos aprender a hacer oraciones más efectivas para la gloria de Dios.

La historia comienza en 2 Reyes 18. El rey asirio Senaquerib había invadido y conquistado toda Palestina. Él no fue muy modesto, que digamos, acerca de sus conquistas: “¿Qué Dios puede conmigo?”, se jactaba. “Di a Ezequías —dijo—, que ninguna de las naciones ha podido hacerme frente. ¿Qué te hace pensar que eres diferente?” (ver 2 Rey. 19:10-13).

Cuando Ezequías escuchó esto, se dirigió al templo y abrió la carta delante del Señor. Reunió a los sacerdotes para una oración corporativa y el mismo Ezequías oró:

“Jehová Dios de Israel, que moras entre los querubines, sólo tú eres Dios de todos los reinos de la tierra; tú hiciste el cielo y la tierra. Inclina, oh Jehová, tu oído, y oye; abre, oh Jehová, tus ojos y mira; y oye las palabras de Senaquerib, que ha enviado a blasfemar al Dios viviente. Es verdad, oh Jehová, que los reyes de Asiria han destruido las naciones y sus tierras, y que echaron al fuego a sus dioses, por cuanto ellos no eran dioses, sino obra de manos de hombres, madera o piedra, y por eso los destruyeron. Ahora, pues, oh Jehová Dios nuestro, sálvanos, te ruego, de su mano, para que sepan todos los reinos de la tierra que sólo tú, Jehová, eres Dios” (vers. 15-19).

Nótese cuál es el problema aquí: la gloria de Dios. Ezequías entendió que la salvación de Israel no era un fin en sí mismo, sino un medio para un fin: “Para que sepan todos los reinos de la tierra que sólo tú... eres Dios”. El Señor escuchó y honró esta oración sin nada de egoísmo. Dios envió a un ángel destructor sobre el ejército asirio, el que mató a más hombres de los que jamás han muerto en batalla en un mismo día, incluso en tiempos modernos, aun por un arma nuclear.

La historia continúa: “Entonces Isaías hijo de Amoz envió a decir a Ezequías: Así ha dicho Jehová, Dios de Israel: Lo que me pediste acerca de Senaquerib rey de Asiria, he oído... Por tanto, así dice Jehová acerca del rey de Asiria: No entrará en esta ciudad, ni

echará saeta en ella, ni vendrá delante de ella con escudo, ni levantará contra ella baluarte. Por el mismo camino que vino, volverá, y no entrará en esta ciudad, dice Jehová. Porque yo ampararé a esta ciudad para salvarla, por amor a mí mismo, y por amor a David mi siervo. Y aconteció que aquella misma noche salió el ángel de Jehová, y mató en el campamento de los asirios a ciento ochenta y cinco mil; y cuando se levantaron por la mañana, he aquí que todo era cuerpos de muertos. Entonces Senaquerib rey de Asiria se fue, y volvió a Nínive, donde se quedó" (vers. 20-36).

La primera oración de Ezequías salvó a Israel de la destrucción. Pero su segunda oración tuvo resultados muy distintos.

Poco después de la abortada invasión, Ezequías se enfermó de muerte y el Señor le envió un mensaje por medio del profeta Isaías: "Ordena tu casa, porque morirás y no vivirás" (2 Rey. 20:1).

Por alguna razón, Ezequías no podía aceptar eso. Bajo circunstancias ordinarias, no hay nada malo en orar para ser liberado de la enfermedad. Pero Ezequías había sido favorecido con la entrega de un mensaje especial de parte de Dios, avisándole que iba morir. Debería haber orado: "Hágase tu voluntad", como lo hizo Jesús en el Getsemaní. En vez de esto, "él volvió su rostro a la pared, y oró a Jehová y dijo: Te ruego oh Jehová, te ruego que hagas memoria de que he andado delante de ti en verdad y con íntegro corazón, y que he hecho las cosas que te agradan. Y lloró Ezequías con gran lloro" (vers. 2, 3).

Antes, Ezequías había orado para frustrar los planes de un rey pagano; pero ahora estaba orando para frustrar los planes de Dios. Antes, había orado para la gloria de Dios; ahora oraba para su beneficio personal. El motivo detrás de su primera oración era la preocupación por la reputación de Dios entre las naciones. Ahora su motivo eran sus propios méritos (no seamos tan duros con Ezequías; después de todo, vivió antes de la cruz y no tenía mayor conocimiento).

Pero Dios es un Dios de gracia y con un corazón compasivo, y lo que Ezequías había dicho era cierto. Aquellas lágrimas tocaron el corazón de Dios. *Él realmente quiere darnos lo que deseamos cada vez que pueda.* Así que Dios envió de regreso a Isaías para que le dijera a Ezequías que su oración había sido respondida: "Yo he oído tu ora-

ción, y he visto tus lágrimas; he aquí que yo te sano; al tercer día subirás a la casa de Jehová. Y añadiré a tus días quince años, y te libraré a ti y a esta ciudad de mano del rey de Asiria; y ampararé esta ciudad por amor a mí mismo, y por amor a David mi siervo" (vers. 5, 6).

El siguiente versículo dice que Isaías preparó una masa de higos y la aplicó a la llaga, y Ezequías se recuperó. Es interesante que Isaías no tuvo reparos en usar la mejor medicina existente en sus días, aún cuando Dios acababa de decirle que Ezequías se recuperaría. El uso de medicamentos en tales situaciones no indica una falta de fe, puesto que Dios, con frecuencia, no hace por nosotros lo que podemos hacer por nosotros mismos.

Ezequías no estaba listo para aceptar sencillamente por fe el mensaje de Dios por medio de Isaías, por lo que pidió una señal. Cuando los fariseos le pidieron a Jesús una señal, Jesús se negó a darles una (Mar. 8:11, 12). Los fariseos no habían hecho un compromiso previo para aceptar a Jesús. Cuando Satanás le pidió a Jesús un milagro, Jesús se negó (Mat. 4:3-7). Pero cuando Pedro le pidió una señal, Jesús se la dio (Mat. 14:28), y del mismo modo aconteció con Ezequías. Dios respondió a su pedido con una señal milagrosa, y la sombra del sol retrocedió.

Existe en la actualidad un concepto popular respecto de la oración, que se escucha desde muchos pulpitos: "La oración no cambia el pensamiento de Dios, sino que simplemente nos cambia a nosotros". Pero la oración de Ezequías claramente cambió el pensamiento de Dios y lo influenció para que hiciera algo que no tenía planeado hacer, algo que aparentemente involucraba una violación de las leyes de la naturaleza. Dios es un Dios de milagros, y él hace cosas extraordinarias cuando su pueblo ora.

De hecho, la respuesta de Dios fue tan milagrosa, que captó la atención internacional. Babilonia envió dignatarios para investigar acerca de esta maravilla. Cuando llegaron, Ezequías cometió el error de mostrarles sus riquezas. La triste historia aparece en Isaías 39. Esto estimuló la codicia y la envidia de los babilonios, los que eventualmente invadieron Judá y destruyeron a Jerusalén.

Muchas personas que prosperan espiritualmente en la adversidad, se vuelven arrogantes en la prosperidad, y algo parecido le

ocurrió a Ezequías. En 2 Crónicas 32:25 y 26 dice: “Mas Ezequías no correspondió al bien que le había sido hecho, sino que se enalteció su corazón, y vino la ira contra él y contra Judá y Jerusalén. Pero Ezequías después de haberse enaltecido su corazón, se humilló, él y los moradores de Jerusalén; y no vino sobre ellos la ira de Jehová en los días de Ezequías”.

Aún cuando se arrepintió, la prolongación de la vida de Ezequías tuvo consecuencias imprevistas para su pueblo. Habría sido mucho mejor haber muerto dignamente. No sólo se jactó del oro y la plata de Judá ante los visitantes babilonios, sino que además cometió otro gran error en sus últimos años. Tomó a una mujer árabe por esposa. Su nombre fue Hepsiba (2 Rey. 21:1). Esta mujer evidentemente introdujo prácticas paganas en Israel.

Es significativo que 2 de Crónicas no menciona el nombre de Hepsiba. El escritor de Crónicas siempre omite cualquier referencia a las madres de los reyes que fueron extranjeras. Los ejemplos incluyen a Amón, Josías, Asa y Manasés, cuyas madres fueron probablemente de origen árabe o fenicio, y que pudieron haber fomentado el culto a deidades paganas.

Quizás el nombre de Hepsiba refleje su belleza sensual: “En quien está mi deleite”. Es probable que Ezequías escogiera a esta mujer encantado por su gratificante belleza. Pasó por alto el hecho de que esta mujer no era espiritualmente apta para ser la madre de un futuro rey de Israel.

Después de un par de años de matrimonio, Hepsiba dio a luz a un hijo llamado Manasés. Este hijo nunca habría nacido si Ezequías se hubiera sometido a la voluntad del Señor para su vida. Sin duda que, de haber vivido por más tiempo, Ezequías habría influenciado a su hijo para bien. Pero Ezequías murió cuando Manasés tenía sólo 12 años.

De este modo, el joven Manasés, de 12 años, ascendió al trono de David, sin padre, confundido, atribulado y bajo la influencia de una madre pagana. Un adolescente en el trono.

Manasés tomó a una esposa árabe llamada Mesulemet de Jotba (vers. 19), sin duda con la ayuda de su madre árabe. Una corriente de paganismo fluyó a Israel a causa de Hepsiba. El jardín del palacio mencionado en el versículo 18 como el lugar de sepultura de Mana-

sés, fue llamado Uza, en honor a la diosa astral árabe Uzza. Al casarse con una persona ajena a su fe, Ezequías sembró las semillas de la apostasía más grande de Israel.

Los 55 años del reinado de Manasés se caracterizaron por pecados horribles, los que a la larga trajeron el juicio de Dios. Judá se deterioró tanto espiritual y moralmente, que llegó a ser peor que los cananeos cuya tierra Dios les había quitado para dársela a los hebreos. El versículo 9 dice: “Y Manasés los indujo a que hiciesen más mal que las naciones que el Señor destruyó delante de los hijos de Israel”. Manasés profanó el templo con altares paganos. La tradición dice incluso que aserró al profeta Isaías, cortándolo en dos. Hacia el final de su vida, se arrepintió y encontró gracia, pero la devastadora ola de maldad, puesta en movimiento por su vida, siguió su curso.

A causa de su maldad, la nación perdió la bendición de Dios y finalmente su libertad. “Limpiaré a Jerusalén como se limpia un plato —dijo Dios—, que se friega y se vuelve boca abajo. Y desampararé el resto de mi heredad, y lo entregaré en manos de sus enemigos” (vers. 13, 14).

El glorioso reino iniciado por David, que había durado por casi 500 años, fue brutalmente terminado por el rey Nabucodonosor de Babilonia. Este forzó y desarraigó a miles de israelitas, deportándolos a Babilonia. Destruyó las murallas de Jerusalén, saqueó y destruyó el templo, y tomó los tesoros restantes que Dios había concedido a David y Salomón.

Los quince años extras de Ezequías fueron comprados al costo de 2.500 años de esclavitud para su pueblo. Israel nunca más volvió a ser independiente hasta 1948, con la excepción de un siglo de independencia bajo los macabeos, durante el período inter-testamentario.

Este puede ser el costo de salirnos con la nuestra.

* * * * *

Los cristianos, con frecuencia, le pedimos a Dios que salve la vida de alguien que está muriendo de cáncer o de alguna otra enfermedad. Probablemente empleamos demasiado tiempo orando

por una curación física, en especial cuando es para nosotros mismos. Queremos que Dios posponga la muerte unos cuantos años para que calce con nuestro calendario, cuando en realidad deberíamos orar por la vida eterna de aquellos que perecen espiritualmente. Nos preocupamos muy poco del cáncer del alma. Para un hijo de Dios, incluso una enfermedad fatal es meramente una dolorosa molestia momentánea, una breve interrupción de una vida que va a durar más que las estrellas. Pero los efectos de la enfermedad del pecado duran para siempre.

Es perfectamente apropiado pedirle a Dios que extienda la vida. Jesús demostró esto mediante su ministerio de curación y resurrección de muertos. Pero a veces es mejor aceptar la enfermedad y la muerte en el tiempo estimado por Dios. Cuando Pablo le pidió a Dios que le quitara su "aguijón en la carne", Dios dijo: "Bástate mi gracia, porque mi poder se perfecciona en la debilidad" (2 Cor. 12:7-9). ¿Acaso Pablo fue menos digno que Ezequías? No, pero quizás Dios le concedió a Ezequías su petición para mostrarnos cuán dañina puede ser la prolongación de una vida, si él nos concediera lo que pedimos. Y quizás Dios quiere que entendamos mejor, después de la cruz, que el compañerismo con Jesús en el sufrimiento es una insignia de honor.

Algunos consideran la oración como un derecho. El privilegio de la oración pone una enorme responsabilidad sobre nosotros. Deberíamos ser muy cuidadosos con lo que hacemos con las palabras de Cristo Jesús, nuestro Señor: "Y cualquier cosa que pidáis en mi nombre, la recibiréis".

Por otra parte, hay veces en las que debiéramos ejercer una santa osadía para interceder por la vida física de alguien que se necesita en la causa de Dios. James Montgomery Boice, en su libro *The Sermon on the Mount* [El Sermón del Monte], nos da un ejemplo interesante. En 1540 el gran amigo y asistente de Lutero, Frederick Myconius, se enfermó y se esperaba que muriera pronto. Desde su cama, escribió una afectuosa carta de despedida a Lutero, con mano temblorosa.

Lutero recibió la carta e instantáneamente envió de regreso una respuesta: "Te ordeno en el nombre de Dios que vivas, porque todavía tengo necesidad de ti en la obra de reformar la iglesia... El

Señor nunca me dejará escuchar de tu muerte, sino que te permitirá vivir después de mi partida. Por esto estoy orando. Esta es mi voluntad, y sea hecha mi voluntad, porque yo busco sólo glorificar el nombre de Dios”.

Impresionante, ¿cierto? ¿Fue Lutero demasiado presuntuoso al intentar imponer su voluntad sobre Dios? Es evidente que no, ya que a pesar de que Myconius ya había perdido la capacidad de hablar, cuando la carta de Lutero llegó, en poco tiempo Myconius revivió. Se recuperó por completo, y vivió seis años más, para morir dos meses después que Lutero.

La misma cosa sucedió con Philip Melanchton. Lutero encontró a su compañero en el estupor de la muerte. “Esta vez, imploré al Señor con gran vigor —escribió—. Lo atacé con sus propias armas, citando de las Escrituras todas las promesas que pude recordar y le dije que debía concederme mi petición ¡si quería que siguiera confiando en sus promesas!” Después de una hora de agónica oración junto a su cama, tomó a Melanchton de la mano, lo levantó, y lo trajo de regreso a la vida.

—¿Por qué no me dejas partir en paz? —dijo Melanchton,

—No, no, Philip, ¡no nos es posible darte de baja del campo de labor todavía!

Después de tres veces en que discutieron así, Melanchton finalmente consintió en alimentarse. Lutero había ganado muchos años más de servicio para su amigo.

Sin semejante osadía consagrada, no podría haberse realizado ninguna Reforma Protestante.

Lutero oró por sus amigos puesto que los necesitaba en su ministerio. Pero un ejemplo de una oración totalmente libre de egoísmo es el caso de un santo moderno, quien durante 22 años no tuvo nada que hacer más que orar: Noble Alexander. Él soportó 22 años de prisión en Cuba sólo porque a alguien no le gustaba su predicación. Por varias semanas, Alexander pasó los sábados en un lago de aguas servidas que le llegaba hasta la barbilla, ya que se negaba a trabajar en esos días. En cierta ocasión fue encerrado en un cajón

pequeño con varios otros hombres y puesto al sol por noventa días. Durante sus años de prisión él ganó a muchos para Cristo, y levantó una iglesia en cada prisión en la que permaneció. Bautizó a centenares, sabiendo de antemano que sería castigado después de cada bautismo siendo puesto en reclusión solitaria, lo que, a menudo, implicaba tener que permanecer en puntas de pie, con clavos bajo sus talones, y agua que goteaba sobre su cabeza durante días.

Ahora, este es el punto: *Ni una sola vez Noble Alexander oró para ser liberado de la prisión.* En vez de esto, oró para que la voluntad de Dios fuera hecha en su vida y que Dios lo usara para glorificar su nombre.

Alrededor de 1991 Tim y Carol tuvieron el privilegio de tener a Noble Alexander como invitado a cenar, en Thousand Oaks, California. Sus ojos felices y chispeantes hablaban de un profundo gozo en el Señor. Noble tiene un delicioso sentido del humor y compartió un pequeño secreto. Cuando él y sus amigos estaban parados en el lago de aguas servidas hasta la barbilla, ellos se animaban entre sí diciendo: "¡No hagas olas!"

Hoy, Noble es un incansable obrero que hace olas para el Señor.

Dan Poling, en su libro *Faith is Power* [Fe es poder], cuenta la historia de la partida de su hijo para cumplir su deber como capellán a bordo de un barco, durante la Segunda Guerra Mundial.

—Papá, no quiero que ores por mi regreso —dijo el joven—. Sería injusto. No tengo premoniciones, pero sólo no ores por mi regreso; simplemente ora para que nunca sea un cobarde; Papá, ora para que sea digno.

El capellán Clark Poling estaba sirviendo a bordo del *Dorchester* junto a otros tres capellanes: George Fox, un compañero protestante; Alexander Goode, un rabino; y John Washington, un sacerdote católico, cuando un torpedo hizo blanco en el barco a la 1:15 de la madrugada del 5 de febrero de 1943. Muchos experimentados infantes de marina, desobedeciendo órdenes, habían estado durmiendo sin sus chalecos salvavidas. Los cuatro capellanes trabajaron para ayudar a los heridos, distribuir los chalecos restantes y guiar a los hombres hacia los botes salvavidas. Cuando les ofrecieron lugares en los botes, los capellanes declinaron y colocaron a la fuerza sus

propios chalecos sobre los soldados mal dispuestos que habían sido entrenados para obedecer las órdenes de sus superiores. Mientras los botes se alejaban del barco zozobrando, la luz de las últimas bengalas reveló las siluetas de cuatro hombres, de pie, hombro a hombro, sobre la cubierta.

Poling, escribiendo sobre la muerte de su hijo, dijo: “La única oración que él quería fue contestada: él fue digno”.

* * * * *

Hablando de oraciones libres de egoísmo, ¿sabías que un hombre en cierta ocasión se puso a discutir con Dios?, ¡y ganó! Por supuesto, bastante le ayudó el hecho de que su argumento no tuviera las más mínima gota de egoísmo. Nota cuál era la base de su argumento: “¿Qué pensarán las naciones?” Estudia con cuidado la súplica maestra de Moisés:

“Y Jehová dijo a Moisés: ¿Hasta cuando me ha de irritar este pueblo? ¿Hasta cuándo no me creerán con todas las señales que he hecho en medio de ellos? Yo los heriré de mortandad y los destruiré, y a ti te pondré sobre gente más grande y más fuerte que ellos.

“Pero Moisés respondió a Jehová: Lo oirán luego los egipcios, porque de en medio de ellos sacaste a este pueblo con tu poder; y lo dirán a los habitantes de esta tierra, los cuales han oído que tú, oh Jehová estabas en medio de este pueblo, que cara a cara aparecías tú, Jehová, y que tu nube estaba sobre ellos, y que de día ibas delante de ellos en columna de nube, y de noche en columna de fuego; y que has hecho morir a este pueblo como a un solo hombre; y las gentes que hubieren oído tu fama hablarán, diciendo: Por cuanto no pudo Jehová meter este pueblo en la tierra de la cual les había jurado, los mató en el desierto. Ahora, pues, yo te ruego que sea magnificado el poder del Señor como lo hablaste” (Núm. 14:11-16).

Moisés no había terminado todavía. Tenía otra carta bajo la manga (si quieres ser un intercesor eficaz, deberías considerar sumar estas estrategias a tu repertorio). Al igual que Lutero, ¡Moisés usó las propias palabras de Dios en contra de él! Moisés repasó el registro de la compasión de Dios a lo largo de la historia y lo desafió

a actuar de acuerdo con su reputación.

“Ahora, pues, yo te ruego que sea magnificado el poder del Señor como lo hablaste, diciendo: Jehová, tardo para la ira y grande en misericordia, que perdona la iniquidad y la rebelión, aunque de ningún modo tendrá por inocente al culpable; que visita la maldad de los padres sobre los hijos hasta los terceros y hasta los cuartos. Perdona la iniquidad de este pueblo según la grandeza de tu misericordia, como has perdonado a este pueblo desde Egipto hasta aquí”.

“Entonces Jehová dijo: Yo lo he perdonado conforme a tu dicho” (vers. 17-20).

Josué, el sucesor de Moisés, usó una estrategia similar cuando Israel fue derrotado en una batalla en Hai. Se humilló a sí mismo rompiendo sus ropas y cayendo sobre su rostro ante el arca (Jos. 7:6), y entonces oró: “¡Ay, Señor! ¿qué diré, ya que Israel ha vuelto la espalda delante de sus enemigos? Porque los cananeos y todos los moradores de la tierra oirán, y nos rodearán, y borrarán nuestro nombre de sobre la tierra; y entonces, ¿qué harás tú a tu grande nombre?”

Como puedes ver, este argumento específico, la preservación de la reputación de Dios, se asoma en algunas de las oraciones más grandes y efectivas de la Biblia. No olvides la primera oración de Ezequías: “Ahora, pues, Jehová Dios nuestro, sálvanos... para que sepan todos los reinos de la tierra que sólo tú, Jehová, eres Dios” (2 Rey. 19:19).

Las oraciones de Moisés, Josué y Ezequías muestran que nuestra preocupación máxima no debería ser nuestra comodidad, seguridad o prosperidad, sino la causa de Dios en el mundo. Esta es una forma de honrar a Dios y de mostrarle respeto. Recuerda: si satisfacemos las necesidades de Dios, él se encargará de las nuestras. Este principio es, en realidad, una reformulación del principio de Mateo 6:33: “Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”.

Daniel entendió esto también. Nota cómo formuló su famosa oración en Daniel 9:17 al 19: “Ahora pues, Dios nuestro, oye la oración de tu siervo, y sus ruegos; y haz que tu rostro resplandezca sobre tu santuario asolado, por amor del Señor. Inclina, oh Dios mío, tu oído y oye; abre tus ojos, y mira nuestras desolaciones y la ciudad

sobre la cual es invocado tu nombre; porque no elevamos nuestros ruegos ante ti confiados en nuestras justicias, sino en tus muchas misericordias. Oye, Señor; oh Señor, perdona; presta oído, Señor, y hazlo; no tardes, por amor de ti mismo, Dios mío; porque *tu nombre* es invocado sobre tu ciudad y sobre tu pueblo". Dios respondió a esta oración en forma inmediata. Él es particularmente sensible a la oración cuya mayor preocupación es su gloria.

* * * * *

Cerca del final de su vida sobre la tierra, Jesús luchó para escoger entre una oración egoísta y una oración desinteresada. Al hablar del principio del autosacrificio, recordó su propio destino, y por un momento, de manera instintiva, quiso huir de él. "De cierto, de cierto os digo que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto... Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora?" (Juan 12:24-27).

Mientras Jesús pensaba en su muerte, de forma repentina el espectro de la cruz apareció ante él y misteriosamente comenzó a experimentar el poder de las tinieblas. Sintió la vergüenza y probó la copa amarga. Un miedo espantoso se apoderó de él, y quiso rehuir aquella hora.

Jesús interrumpió su discurso y se sentó en un profundo silencio. Sus discípulos vieron un cambio en él y sintieron su lobreguez. Su Maestro no acostumbraba a esconder sus sentimientos. "No podía presenciar un acto malo sin sentir un dolor que le era imposible ocultar" (*El Deseado de todas las gentes*, p. 67). A veces lloró en público. Ahora temblaba ante el horror de la cruz. "¿Qué diré, Padre? ¿He de pedirte que me libres de esta hora?" Se estremecía como una hoja sacudida por el viento. Discutía consigo mismo: "¿Cómo puedo hacer esta oración? Para esto he venido al mundo; vine aquí para morir".

Finalmente la lucha llegó a su fin y se logró la victoria. Cristo oró: "Para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre. No importa el costo, usa mi vergüenza para tu honor". Dios honró aquella oración con una respuesta inmediata, en la forma de una

voz del cielo: “Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez” (Juan 12:28).

No es fácil pronunciar esta oración. ¿Podemos sacrificar todo aquello por lo que hemos vivido, aún nuestro buen nombre si fuera necesario, para la gloria de Dios? ¿Podemos decir: “Padre, nada importa excepto tu honor”? Algún día quizás vendrá la prueba. Puede que seamos exaltados hasta el pináculo del éxito para glorificar a Dios. O puede que perdamos la vida de manera vergonzosa por el mismo propósito. ¿Qué diferencia hace esto mientras el nombre del Señor sea glorificado?

La gloria de Dios no es el punto principal: es el único punto. “Glorifica tu nombre” es la oración que Dios siempre contesta. Cristo nos ha adoptado como sus hijos, y de esta manera nos ha conferido su reputación. El universo está observando para ver qué le permitiremos que haga con nosotros.

Tanto Jesús como Ezequías enfrentaron la muerte. Ninguno de los dos quería morir. Ninguno de los dos sentía que merecía morir. Ambos oraron para ser librados de la muerte. Pero una oración estuvo del lado de la preservación propia, la otra estuvo del lado de la entrega propia. Una oración resultó en la destrucción de Jerusalén y en la deshonor de Jehová; la otra resultó en la salvación del mundo y la gloria de Dios.

¿Cuál de estas oraciones es la tuya hoy?

El factor inesperado

“El pan nuestro de cada día dánoslo hoy”. ¿Por qué habrá incluido Jesús semejante petición en su oración modelo? Podría haber incluido declaraciones aparentemente menos triviales y más espirituales, tales como: “Llénanos de tu Espíritu”. Después de todo, ¿por qué necesitamos orar por algo que depende tanto de nuestro propio esfuerzo? Y ¿por qué deberíamos constantemente recordarle a Dios que sus criaturas necesitan alimento a diario?

¿Podría deberse esto al hecho de que necesitamos recordar cada día que él es la fuente de todas las cosas, incluso de aquellas cosas que parecen depender de nuestro propio esfuerzo?

A veces, bajo condiciones especiales, todos nuestros esfuerzos humanos fracasan, y se hace necesario que Dios obre un milagro para proveernos de nuestro pan de cada día. En tiempos bíblicos, Dios realizó varios milagros extraordinarios para suplir de alimento al pueblo hambriento. Por medio de Moisés, Dios envió maná, y por medio de Jesús multiplicó los panes y los peces para una multitud de miles de personas. El Señor ha repetido ambos milagros, a una escala menor, para creyentes de nuestro siglo. Primero, el maná. La historia es relatada en el libro de Mabel Tupper, titulado *Angels at Pincher Creek* [Ángeles en Pincher Creek].

Sucedió en Angola, en 1939. Quince años antes, el pastor W. H. Anderson y su esposa habían establecido una Misión Adventista

en un área nunca antes visitada por misioneros. La Misión creció de forma rápida, con la bendición de Dios, y alrededor del año 1939 la Misión Central de Angola tenía más de 400 personas. Sin embargo, aquel año hubo un hambre severa pues no hubo lluvia por varios meses, agotándose las reservas de alimento.

El director de la Misión, Carlos Sequesequé, se encontraba de viaje por aquellos días, pero su esposa decidió convocar a toda la gente para orar. Después de leerles la historia del maná, les dijo que, si era necesario, Dios podría enviar maná otra vez. Luego tuvieron una intensa reunión de oración.

Una vez levantados de sus rodillas, su hijita corrió afuera y vio a varios hombres europeos de pie. "Niñita —dijeron—, tus oraciones han sido escuchadas, y Dios les ha enviado maná. Mira, está por todos lados. Recoge un poco. Es bueno".

La niña tomó un poco de la sustancia para comer y volvió a entrar. Después de contar su historia, todo el grupo corrió hacia afuera. Los europeos habían desaparecido, pero el suelo estaba cubierto con una sustancia que sabía tal como la Biblia lo describe en Éxodo 16:31. Sólo se pudo encontrar en las 16 hectáreas despejadas de la propiedad de la Misión. El maná reapareció por tres mañanas seguidas, aunque nadie nunca vio de dónde vino. No obstante, a diferencia del maná bíblico, éste no se echaba a perder. La gente llenó varios contenedores, y duró hasta que llegaron las lluvias y nuevamente se pudo cosechar el maíz. El pastor Cardy trajo un recipiente de esta sustancia a los Estados Unidos, siete años después, y aún seguía tan fresca como siempre.

Algunos escépticos que escucharon la historia, dijeron que el "maná" había sido exudado de un cierto tipo de árbol, pero semejantes árboles no se encuentran en la propiedad de la Misión, en la que sólo hay naranjos.

El milagro de la multiplicación de los panes fue repetido en 1988, en la Iglesia Adventista de Takoma Park, Maryland. La señora de J. L. Holbert cuenta la historia en el *Columbia Union Visitor* del 14 de diciembre de 1988.

Aquel sábado se celebraba la Cena del Señor. Las diaconisas habían preparado 18 bandejas de pan sin levadura; o por lo menos, así pensaron. Sin embargo, cuando se contaron las bandejas esa ma-

ñana, había sólo 16. Nadie sabía que había pasado con las otras dos bandejas.

Una bandeja siempre se reservaba para un caso de emergencia, por lo que los diáconos tomaron las 15 bandejas y empezaron a avanzar por los pasillos, ofreciendo el pan a los participantes de las bandejas que sostenían en sus manos.

Coon sugirió que él y Danny Miller —otro diácono— se pusieran en ambos extremos de cada fila y pasaran las bandejas como lo hacían al recoger las ofrendas. Ellos miraban, y oraban. Los participantes recogían uno a uno el pan.

Al terminar la segunda hilera de bancos, todavía quedaba un poco de pan en la bandeja, por lo que siguieron con la tercera.

Nunca lo lograremos, pensó Harry House, el anciano de turno que observaba a los miembros mientras tomaban el pan, uno por uno. No obstante, al terminar la tercera fila, todavía había pan en la bandeja.

Los diáconos empezaron con la cuarta hilera. El corazón de Norman latía más rápido al tiempo que miraba y oraba. Estaba tenso, pero luego entusiasmado ¡El pan estaba alcanzando!

Él y Danny apenas podían creer lo que estaban viendo. Luego de que las 5 filas habían sido servidas, en las bandejas quedaba casi tanto pan como al principio.

—Fue increíble —Harry House diría más tarde— ver realmente la multiplicación de los “cinco panes”.

Ambas historias tienen que ver con emergencias. Pero la respuesta que recibió Gina Wahlen a su oración por el “pan de cada día”, no era una emergencia, aunque había una necesidad. He aquí su historia, relatada con sus propias palabras:

“El día empezó temprano, con el sol asomándose sobre las rocosas cimas de Grand Tétos. Mi esposo y yo no tardamos mucho en darnos cuenta de que sería día un hermoso (y muy caluroso).

“Cruzamos el lago Jenny en bote, y decidimos dar un breve paseo matinal, antes de que se volviera más caluroso. Rodeamos inmensas rocas y cruzamos verdes praderas, rumbo a las cumbres, desde donde la vista se volvía increíblemente hermosa y el sendero sumamente largo.

“El sol estaba ahora sobre nuestras cabezas, y mi estómago me

recordaba que ya era hora del almorzar. Sin embargo, pensando en dar un breve paseo matinal, torpemente nos olvidamos de llevar comida y agua. Pero ya que estábamos a más de la mitad de la distancia a la cima, decidimos seguir, a pesar de nuestra falta de comida.

“Durante la siguiente hora empecé a hablarle a Dios. ‘Señor, mi boca está muy seca. De hecho, no había estado así de seca desde que me sacaron las amígdalas, esa vez en que me pusieron una inyección que me puso la lengua como de algodón. Entiendo que por culpa de nuestra propia negligencia no tenemos nada para comer o beber, pero por favor, ayúdame. Tengo mucho apetito y sed.

“Y yo sé que tú conoces mis necesidades, y de verdad estaría feliz con algo de pan y agua, pero Señor, no quiero ser demasiado presuntuosa, pero lo que realmente me gustaría comer es galletas de agua, queso y jugo. Sé que es una locura pedirte esto en este lugar, pero pensé pedirte de todos modos, porque sé que no hay nada imposible para ti’.

“Sintiéndome bastante tonta por pedirle a Dios semejante favor, seguí caminando en silencio. Poco después se hizo evidente que no podría seguir avanzando. Le pedí a mi esposo que continuara mientras yo me sentaba a descansar sobre una roca, aliviada por haber encontrado un lugar para esperar a la sombra de varios árboles.

“Al poco tiempo, otra pareja de aventureros pasó por mi lugar de descanso. Agradecidos por la sombra, se detuvieron algunos minutos y me contaron de su expedición. Pude notar que eran montañistas preparados; con comida, agua y otros implementos.

“Cuando se iban, el hombre dijo: ‘Tenemos algo de comida. Son sólo unas cuantas galletas de agua, queso y jugo de naranja. ¿Quieres?’

“Apenas creyendo lo que escuchaban mis oídos, de inmediato acepté su amable ofrecimiento.

“Aquella fue la comida más deliciosa que jamás he comido, ya que sabía que era un regalo directo de un amable Padre celestial, que se preocupa hasta de las peticiones que parecen más insignificantes”.

Si no es comida, es agua. Sucedió durante la operación “Tormenta del Desierto”. El general mayor Charles Krulak, de la Marina, encontró a sus hombres sin la suficiente reserva de agua, luego

de que el inesperado cambio de estrategia del general Norman Schwarzkopf los obligara a trasladarse a un nuevo lugar. Se hicieron varios intentos de excavaciones con el fin de encontrar agua, pero todos fallaron; incluso con la ayuda de expertos locales. Krulak agotó todos los recursos menos uno: el culto regular de oración a las 7:15 de la mañana, al cual invitó a todos los que quisieran asistir.

Cierto día, un pozo apareció repentinamente, de la noche a la mañana, junto al camino construido por la tropa de marinos. Un coronel descubrió una cañería que se alzaba del suelo, con una cruz formada por una barra de metal. Al pie de la cañería se encontraba una bomba pintada de un rojo brillante, un generador diesel verde, cuatro baterías nuevas todavía envueltas en plástico, y casi cuatro mil litros de combustible diesel —un tipo de combustible distinto al usado por las fuerzas norteamericanas— almacenados en un tanque sobre el suelo.

Todo estaba listo para funcionar, y cuando Krulak apretó el botón de inicio, el generador alemán —nuevo— empezó a girar y el agua comenzó a fluir, proveyendo casi exactamente los 380.000 litros de agua diarios que se necesitaban.

Krulak y sus 20.000 hombres habían recorrido ese camino en repetidas ocasiones y no pudieron haber pasado por alto el pozo notoriamente visible. ¿Fueron los sauditos quienes hicieron el pozo durante la noche? Sin importar cómo llegó allí, fue una respuesta providencial a la oración.

* * * * *

La mayoría de las respuestas a oraciones cotidianas tienen que ver con la provisión para las necesidades de personas que están en situaciones extremas y no pueden hacer nada por sí mismas. Pero a veces Dios rompe todas las reglas y hace cosas realmente sorprendentes, hasta extravagantes. Tal como nosotros enviamos flores a aquellos que amamos, a veces Dios envía un ramo de bendiciones a sus hijos, con todos los adornos.

Emily —quien pidió que su verdadero nombre no fuera usado—, estaba sentada en un pequeño avión sobre la pista de aterrizaje, esperando el despegue. Su corazón pareció hundirse cuando escuchó

al piloto que anunciaba que el vuelo sería extremadamente turbulento por culpa del mal tiempo. "Me gustaría poder prometerles un vuelo suave —dijo el piloto—, pero no puedo, por las tormentas que hay en la zona".

El despegue fue bastante suave. Una vez en el aire, la aeromoza comenzó a servir los refrescos. Había recién empezado a repartir el maní, cuando se escuchó la voz del piloto por los parlantes pidiéndole que se sentara, explicándole que pasarían por fuertes turbulencias por el resto del viaje.

A Emily no le gusta volar, sobre todo en aviones pequeños. En su ansiedad, recordó el testimonio de Roger Morneau sobre un reciente milagro en su vida que tenía que ver con viajes. En su libro *Cuidado: Ángeles en la vía*, Roger, un guerrero de la oración intercesora con problemas de salud, cuenta como él y su esposa iban conduciendo a través de una densa lluvia en las montañas de Oregon. Las salpicaduras de los camiones que pasaban les oscurecían la visión. Roger comenzó a citar textos bíblicos en silencio y a orar por un respiro en medio de la fuerte lluvia que hacía que la conducción fuera complicada y peligrosa. De pronto, paró de llover, pero sólo en la pista que iba hacia el norte en la carretera interestatal. Durante las siguientes dos horas y 10 minutos, condujeron a lo largo de una pequeña cubierta seca, mientras la lluvia caía a ambos lados de la carretera.

Mmm, pensó Emily, si Dios pudo hacer eso, entonces quizás podría crear un sendero suave en el cielo para el avión. Tú podrías hacer esto, Señor... Fue más un pensamiento que una oración.

Después de 15 minutos de vuelo tranquilo, el piloto habló nuevamente por los parlantes. "Amigos, pido disculpas por no haber servido sus refrescos todavía, pero están reportando mucha turbulencia a ambos lados de nuestro avión. Y la cosa va a empeorar al acercarnos a nuestro destino".

Mientras tanto, el avión volaba suavemente a través de un plácido corredor de aire.

Minutos después, la voz del piloto se volvió a escuchar. "Bueno, amigos, me disculpo otra vez por la falta de servicio. Aviones que vuelan a ambos lados del nuestro reportan fuertes turbulencias, pero, de algún modo —dijo, usando las mismas palabras de la oración

de Emily—, parece que hemos encontrado un suave sendero en el cielo”. El avión aterrizó sin novedad.

Las reuniones del retiro al que Emily se dirigía resultaron ser profundamente espirituales. La multitud multirracial de más de 300 asistentes demostró un tremendo sentido de unidad, y hubo muchos pequeños milagros. Fue un momento decisivo en la vida de Emily, quien por entonces enfrentaba cierto problema que la llenaba de profunda preocupación. Ella sintió que sus ansiedades se desvanecían y eran reemplazadas por un sentimiento de paz: Dios la tenía en sus manos.

* * * * *

La familia de Larry Stephens también tuvo un problema relacionado con el clima. Cuando Larry asistía al Southern Missionary College (actualmente Southern Adventist University), sus estudios hacían que el sábado fuera el único día de recreación junto a su familia. Una tarde de sábado decidió llevar a su esposa e hijos al parque estudiantil. Estaban disfrutando del tupido césped cerca de una antigua cantera rocosa, junto a un arroyo, cuando se abalanzó sobre ellos una repentina y violenta tormenta tomándolos por sorpresa. Un árbol gigantesco les sirvió de refugio hasta que el aguacero se volvió tan intenso que ambos tuvieron que tomar a los niños y correr hasta una saliente rocosa. Una vez a salvo de la tormenta, pronto se dieron cuenta de que la temperatura bajaba con rapidez. La pequeña Debbie, de 4 años, miró a su papá y le rogó: “Papi, pídalemosle a Jesús que detenga la lluvia. Tengo frío”.

—Por supuesto, tesoro —respondió Larry.

Antes de arrodillarse, y aún antes que Debbie pronunciara las primeras palabras de su oración, la lluvia seguía cayendo a cántaros, Larry tuvo el presentimiento de que su niñita sufriría una desilusión. Mientras ella oraba, él trataba de elaborar alguna forma de explicar por qué Dios no había respondido a su oración. ¡Ya sé! —pensó—. *¡Jesús tuvo que decidir entre parar la lluvia para nosotros o dejar que siguiera lloviendo para que los agricultores pudieran cultivar más alimento para aquellos niños hambrientos en China!*

Cuando Debbie dijo Amén y abrió sus ojos, apenas podía ver

los árboles a unos pocos metros del refugio. Larry, listo con su historia, quedó perplejo al ver la carita confundida de la niña. No podía permitir que la desconfianza en Jesús echara raíces en la mente de su pequeña.

—Papi, ¿por qué Jesús no paró la lluvia?

Los planes del padre cambiaron en un abrir y cerrar de ojos. Le recordó a su hija la historia de la que habían estado hablando esa semana en el culto familiar: la historia de Josué y el cruce del Jordán junto a los israelitas. Larry había enfatizado que las aguas del río no se dividieron hasta que los sacerdotes con el arca del pacto se introdujeron en el agua. Debían con esto demostrar su fe.

—Debbie —concluyó—, no le hemos demostrado a Jesús que creíamos que detendría la lluvia, ¿o sí?

—¿Y cómo podemos hacer eso, papi? —preguntó extrañada.

—Vamos a orar de nuevo, y esta vez, cuando hayamos terminado, nos iremos a casa.

Mientras Debbie oraba, sus padres se le unieron en silencio, ansiosos de que Dios honrara la tierna fe de la niña. Cuando abrieron los ojos, la tormenta todavía estaba ahí. Tomándose de la mano, caminaron hacia la entrada.

“Al salir del refugio —escribió Larry—, unas pocas gotas deben habernos caído encima; no recuerdo ninguna. Directo en frente de nosotros había un sol brillante. La tormenta continuaba a la derecha y a la izquierda. Mirando hacia arriba, vimos que la nube sobre nosotros tenía una depresión con la forma de una herradura”.

La semilla de la fe que Debbie obtuvo de esta experiencia, creció y dio frutos años más tarde, cuando Larry enseñaba en Tallahassee, Florida. Ese mes, el presupuesto familiar estaba ajustado, y por la mañana, antes del culto matutino, Larry le pidió a la familia que fueran extremadamente cuidadosos hasta el día del pago. Debbie pasó el resto del día con una amiga, y esa tarde Larry fue a hacer una diligencia al otro lado del pueblo. Se dirigía a casa por un camino solitario cuando de pronto, poco antes de llegar, un trozo de papel verde se le cruzó volando por delante. Deteniéndose, retrocedió y descubrió que se trataba de un billete de diez dólares. Agradecido, siguió su camino.

Al anoecer, cuando Debbie regresó de la casa de su amiga,

Larry le preguntó:

—Debbie, adivina lo que me encontré hoy.

Sin inmutarse, Debbie respondió:

—Papi, encontraste diez dólares.

¿*Cómo pudo saberlo?*, pensó Larry. Hizo un rápido repaso mental de las actividades del día, pero no encontró ninguna respuesta.

—Señorita —preguntó—, ¿cómo sabía usted que yo había encontrado ese dinero?

Con la candidez de una niña para quién esto no era gran cosa, ella respondió:

—En el culto de esta mañana, le pedí a Jesús que te ayudara a encontrar diez dólares.

Hoy, el pastor Stephens enseña en la Academia de Forest Lake, en Apopka, Florida.

* * * * *

¿Es que Dios también remienda ropas? Bueno, quizás a veces. Betsy Rubsamen, de Texas, cree en los milagros. Estos son, dice ella, cosas imposibles que de todas formas suceden. A continuación su historia:

“Me gustaría contarles acerca de un milagro que sucedió mientras estaba preparando a mi hija Ann para ir a la universidad. Espero que puedan aceptarlo como una muestra de la preocupación de Dios por nosotros, aún en aquellas cosas que parecen ser los detalles más ínfimos de nuestras vidas.

“Una tarde, Ann y yo salimos de compras en busca de ropa para la universidad y sucedió que encontramos un vestido que nos pareció perfecto. No obstante, mirándolo más de cerca, descubrimos un corte de tijera cerca de la costura izquierda. Decidimos comprarlo de todas maneras, creyendo que podría repararlo lo suficiente como para que pasara una inspección. Al llegar a casa, lo volví a examinar y decidí que sacaría un poco de material del dobladillo para parchar el corte. Lo dejé a un lado, pensando que a la mañana siguiente realizaría mi pequeño proyecto.

“Al otro día no pude encontrar el corte. Sintuéndome muy torpe y hasta un poco ciega, me dirigí al cuarto de Ann para pedirle que

me ayudara a encontrarlo. ¡No debería haber sido tan difícil encontrar un corte en un vestido de una sola pieza! Para nuestro asombro, Ann tampoco pudo encontrar el corte. Me miró y dijo: 'Mamá, ¿acaso no oraste por esto anoche?' Le respondí que mi única oración había sido que el Señor me ayudara a hacer todas las pequeñas cosas que necesitaba para enviar a Ann a la universidad. Incrédulas, nos miramos la una a la otra. ¿Podría ser? Nos atrevimos a pensar: *Oh Señor, ¿quién creería?* Pero en realidad no importaba; ¡nosotras creíamos! No había otra explicación para el ahora impecable estado del vestido.

"Nunca me he identificado mucho con el incidente en que Dios partió el Mar Rojo para asegurar la libertad de su pueblo de manos de Faraón. Pero después de este pequeño y reconfortante incidente, me di cuenta de que Dios se preocupa por todas mis necesidades, sin importar cuán insignificantes sean.

"Al vestido lo apodamos 'el vestido santo'. Hasta hoy, nos recuerda del amor de Dios para con nosotros.

Y hablando de ropa...

Cuando Ruthie vivía en Oregon, la esposa de un pastor se le acercó en una asamblea campestre y le contó cuánto le había incomodado el haber tenido que asistir con un vestido viejo, a una recepción de pastores la noche anterior. "No he tenido un vestido nuevo en tres años", le confesó. Con todo, ella sentía que Dios la estaba bendiciendo.

De modo que Ruthie empezó a orar pidiendo dinero para comprar ropa para más de 100 pastores y sus esposas en la Asociación de Oregon. Su esposo, Don, era el presidente de la Asociación, pero ella no le contó acerca de su oración, sabiendo que a él le gustaba resolver los problemas por sí mismo. Impresionada con el éxito de Guillermo Mueller en financiar sus orfanatos por medio de la oración secreta, sin siquiera pedir donaciones, decidió probarlo por sí misma.

Poco después, un médico se le acercó.

—Ruthie, ¿podría usar algo de dinero para comprar ropa para los pastores y sus esposas? Tengo \$10.000 dólares para ese fin, siempre que nadie sepa de dónde vinieron.

—¡Sí! —exclamó ella—. Quiero que sepa que usted es la respuesta

directa a mi oración. Nadie aparte de Dios sabía de esto.

Hizo algunos cálculos y se dio cuenta de que el dinero no era suficiente, por lo que siguió orando. El lunes por la mañana, cuando el cheque llegó a su oficina, la cantidad era en realidad \$15.000 dólares.

Fue justo antes de Navidad, así que escribió una carta a los pastores ofreciéndoles o un certificado para comprar ropa o un reembolso de gastos ya hechos por comprar ropa. Unos pocos pastores llamaron diciendo que no necesitaban el dinero. Otras llamadas llegaron después de Navidad para agradecerle.

El Señor impulsó al médico a repetir su oferta por cuatro años seguidos en Navidad. Luego Ruthie dejó de orar al respecto. Los días de diciembre resultaron complicados, y no había dinero. El 23 de diciembre, ella repentinamente se percató de la necesidad, cayó sobre sus rodillas y le pidió a Dios que la perdonara por olvidarse de orar por aquel pedido. Esa tarde, el médico llamó. “¿Sabe? No hemos hecho nada este año, pero quiero hacer la misma cosa de nuevo”. Ruthie envió cartas aquel día.

El Señor no puede hacer tanto como él quisiera cuando no hacemos oraciones específicas. Estamos en territorio enemigo, y la perseverancia en la oración le dice a Dios y al enemigo que tomamos en serio nuestras peticiones.

El mismo médico, en cierta ocasión, entró en la oficina de Ruthie mientras ella oraba por dinero para que los pastores pudieran asistir a un congreso.

—Ruthie, ¿necesita dinero? —preguntó.

—¡He estado orando y pidiéndole eso al Señor!

—Bueno, le acabo de dejar un cheque por \$10.000 dólares.

—Déjeme decirle para qué es.

—Oh —dijo el médico dándose vuelta para salir—, no me importa para qué será.

“Si Dios responde mis oraciones —dice Ruthie—, él responderá las de cualquiera. Y creo que él responde de maneras tangibles para darnos fe y así pedir cosas grandes, tales como la valentía para testificar, la vida eterna de otros y la seguridad de la salvación de nosotros mismos”.

Maisie Albright, de Santa Rosa, California, escribe contándonos que uno de los dientes delantero inferiores de su hijo de 6 años había asomado perpendicular a los otros. “De todo corazón oré para que fuera enderezado —escribió—, puesto que de golpearse alguna vez en la boca, sus labios resultarían cortados. No teníamos dinero para un ortodoncista. Dejé el asunto en las manos del Señor y me fui a la cama. Puede parecer extraño, después de tan ferviente deseo de mi parte, pero no volví a pensar en esto durante los siguientes dos días. Entonces me acordé y revisé los dientes de mi hijo: estaban perfectamente alineados. ¡Gracias, Señor!”

Hemos vacilado un poco antes de compartir algunas de estas historias, puesto que Dios, por lo general, no actúa de estas formas. Pero hemos descubierto que no podemos poner a Dios en una caja. Dios hace lo que desea hacer. A veces en su infinita sabiduría dice no a pedidos grandes y significativos, y a veces dice sí a peticiones pequeñas e insignificantes.

Los Chudleighs estaban de vacaciones en el sur de Oregon, sin un itinerario definido. Condujeron su vehículo familiar de un camping a otro, y eventualmente dieron media vuelta y se dirigieron al sur por la autopista 1, donde acamparon entre las grandes coníferas, muy cerca de la costa norte de California.

Un viernes de mañana, temprano, tras haber perdido el sentido del tiempo, pasaron por un camping y preguntaron si había sitios disponibles para acampar. El encargado los miró con una sonrisa y dijo: “No hay sitios disponibles a menos que tengan una reserva. Este es el fin de semana del 4 de julio, y tendrían que haber hecho sus reservas por lo menos hace unos tres meses. No van a encontrar nada a esta altura”.

La respuesta se sintió como un pequeño golpe, ya que estaban a 1.600 kilómetros de casa, sin lugar para pasar la noche. Se dirigieron hasta otros dos parques estatales. La misma historia. Intentaron encontrar algún motel. Nada.

Cuando se encaminaban hacia el último parque, el más grande, Becky Chudleigh dijo:

—Voy a orar por esto —y así lo hizo—. Creo que el Señor nos va a

dar un lugar para acampar.

Su esposo no dijo nada, pero sus propensiones escépticas despertaron de inmediato. *¿Qué es lo que podría hacer el Señor aquí, a ver? ¿Va a crear un sitio nuevo? ¿Acaso los dueños del camping van a mirar el mapa y van a decir: "Oh, espere, hemos encontrado un sitio nuevo aquí que no habíamos visto antes"? O quizás Dios vaya a vaporizar a alguno de los campantes. ¡Qué tontería!*

Finalmente llegaron a un inmenso camping en el lado oeste de la carretera 1. Al acercarse, pudieron ver una fila de autos saliendo del lugar, cargados de sacos de dormir y carpas y niños con caras largas en el asiento trasero. Sin embargo, Becky dijo: "Oré, y estoy segura que el Señor nos va a dar un lugar para acampar". Así, se sumaron a la docena de vehículos que enfilaban hacia la entrada del parque. Mientras avanzaban con lentitud, podían ver como los vehículos delante de ellos se detenían en la caseta, bajaban el vidrio, conversaban con la encargada la que movía la cabeza y les entregaba un volante. Luego, el auto daba una vuelta en U y pasaba por al lado de ellos, con caras largas y todo.

Por fin, llegaron a la caseta. Gerry bajó la ventanilla y dijo: "Me pregunto si tienen un sitio disponible". La encargada empezó a repetir la trillada respuesta cuando, de pronto, alguien tocó a la otra ventanilla. "Disculpe un momento", dijo. Minutos después, regresó. "Bueno, están de suerte. Estas personas llamaron recién a sus amigos, que estaban viniendo a acampar en el sitio al lado de ellos, y se enteraron de que no vendrían. Así que tenemos un sitio disponible para ustedes".

Pagaron la entrada y cruzaron el portón, mirando por el retrovisor cómo la larga fila de autos seguía dando vueltas en U. Los Chudleigh tuvieron un fin de semana inolvidable. Y Gerry, dándose cuenta de que Dios era un poco más grande de lo que él pensaba, se ha convertido en un ex escéptico.

A los Toppenberg también les gustaba viajar. Tenían una casa rodante, de color verde y crema, y 6,60 m de largo, que les había dado muchos buenos momentos. Se había convertido en parte esen-

cial de la familia, y Donna no podía concebir la idea de deshacerse de ella.

El esposo, Glenn, tenía otros planes. Vivían en Stoneham, Massachusetts, y como médico era parte del *staff* del hospital New England Memorial. Glenn se había cansado de pagar los costosos arreglos a su Ford LTD del 72, provocados por tirar de la casa rodante. A pesar de que su automóvil tenía todos los elementos para arrastrar cargas pesadas, hasta el momento había tenido que reemplazar la transmisión y en tres oportunidades el tren trasero. Finalmente, en Norridgewock, Maine, el eje de levas se quebró, dañando los cilindros, y tuvieron que reparar el motor a un precio considerable. Hasta este punto, ambos concordaban en que ya no podrían seguir tirando de la casa rodante con su Ford. O se compraban un auto nuevo (la idea de Donna) o vendían la casa rodante (la idea de Glenn).

Desafortunadamente, no lograron ponerse de acuerdo. Glenn sentía que no podrían pagar un auto nuevo, y sería muy riesgoso intentar tirar de la casa rodante con un auto usado de capacidad desconocida. Donna no podía conformarse con la idea de vender la casa rodante. Glenn acordó no vender ésta sin el consentimiento de su esposa. Oraron al respecto, pero un acuerdo mutuo parecía imposible.

Viendo que estaba peleando una batalla inútil, Glenn empezó a considerar qué tipo de vehículo necesitarían en caso de que se decidieran a comprar uno, y se decidió por una Suburban GMC. Consiguieron un catálogo con todos los precios y las diversas opciones que necesitaría.

Una mañana, tras muchas semanas de indecisión, Glenn decidió que el tiempo había llegado de hacer algo. Así que los Toppenberg se arrodillaron juntos y oraron para que Dios los guiara. Glenn oró para que Dios, de alguna manera, le pusiera fin a la transacción si no era su voluntad que compraran un auto nuevo.

Con la lista de precios bajo el brazo, Glenn estaba saliendo por la puerta trasera de la casa, rumbo a la agencia de GMC, cuando sonó el timbre. Era el pastor Doug Cross, a quien Glen y un grupo de médicos en el área habían contratado como capellán de los médicos para velar por los interesados que ellos encontraban en su traba-

jo. Glenn y Doug eran buenos amigos, y Glenn le había mencionado, muy de paso, los problemas que había tenido con su Ford, pero nunca le había contado a Doug de su intención de comprar un auto nuevo.

Haciéndolo pasar, le preguntó que podía hacer por él.

—Bueno —dijo éste—, tengo en casa a un hermano mío que me está visitando desde Texas, y tiene una Suburban GMC que está vendiendo, para así poder regresar a la Universidad. Me preguntaba si estarías interesado o si pudieras saber de alguien que lo esté.

—Puede que encuentres esto difícil de creerlo, pero estaba a punto de salir por la puerta de atrás ¡para ir comprar una Suburban! Esto que tengo bajo el brazo es la lista de precios. Recién oramos para que el Señor nos guiara hasta el automóvil que él tenía para mí, si esta era su voluntad —dijo Glenn. Y luego agregó con cautela—: Y si él está respondiendo nuestras oraciones de manera tan directa, me pregunto si no podría ser también el color correcto; ¿es un verde claro?

—Bueno, es un color crema con líneas verdes —respondió Doug.

Salieron a mirar el vehículo, y descubrieron que ¡estaba pintado con exactamente el mismo color crema y con las mismas líneas verdes de su casa rodante!

El precio pedido era justo el precio que habían decidido que sería lo máximo que podían pagar, bastante menos de lo que habría costado un auto nuevo.

Su casa rodante, tirado por su auto milagroso, les dio muchos más años de satisfacción.

Para terminar, dos historias de “objetos perdidos”. La primera es de la Sra. Edith Roper, de College Place, Wáshington. Cuando su hijo Don tenía 12 ó 13 años de edad, ellos vivían en Portland, Oregon. Su esposo era el pastor de la Iglesia Adventista Tabernáculo en ese lugar, pero aquel día él había ido a una reunión ministerial en College Place, Wáshington. Don y Edith decidieron conducir a lo largo del río Columbia hasta un área por encima de las Cataratas de Multnomah, y pasear por unos momentos por la zona. En el lugar

donde estacionaron, la arena era bastante profunda. Cerraron el auto y empezaron una larga caminata. Pero cuando volvieron, no encontraban la llave.

Después de buscar con desesperación en el lugar y en sus bolsillos, regresaron al auto. No había nada más que hacer, era obvio, puesto que ya era muy tarde para salir a buscar ayuda. Inclinaron sus cabezas y le pidieron al Señor que los ayudara, creyendo que él respondería sus oraciones. De inmediato, sintieron la fuerte sensación que debían cavar en la arena bajo sus pies, en donde encontraron las llaves enterradas a casi 10 centímetros.

Ray Woolsey, jubilado, es un ex director editorial de la *Review and Herald*. La respuesta a su oración sucedió durante el fin de semana de Navidad, alrededor del año 1952. Por aquel entonces, él estaba soltero y pastoreaba una iglesia al sur de Alabama. Su novia, Challis, era estudiante de enfermería en el Sanatorio Wáshington, en Takoma Park. Habían pasado seis meses desde la última vez que habían estado juntos. Esa Navidad, los padres de Ray, que vivían en Collegedale, Tennessee, invitaron a Ray y a Challis a pasar la Navidad en casa de ellos.

La propiedad de los Woolsey se extendía desde el camino a Ringuelete hasta la cima de White Oaks Rige. Una fría tarde de sábado, Ray y Challis decidieron escalar la quebrada. El perro de un vecino se les unió. Empezaron a ascender la empinada colina a través de los bosques, sin un sendero a seguir. Cuando llevaban casi tres cuartos del camino recorrido, se sentaron a descansar, recostados sobre la suavidad de las hojas de los robles en la empinada colina. Estaban recobrando el aliento luego del ascenso, cuando los lentes de Ray empezaron a empañarse. Se los sacó, y los puso a un lado sobre las hojas. Mientras tanto, el perro daba vueltas alrededor. Al cabo de unos veinte minutos, Ray estiró la mano para recoger sus lentes, pero ya no estaban ahí. Una larga y cuidadosa búsqueda los llevó a concluir que el perro los había tomado.

Ray recordó que tendría que regresar a la iglesia de su distrito al día siguiente, y por aquellos años, obtener un par de lentes era un asunto complicado que podía demorar semanas. Finalmente, habiendo agotado todas las posibilidades en las cercanías, los dos se pusieron de pie y oraron con fervor para que Dios les mostrara

dónde estaban los anteojos. Poniéndose bajo la dirección de Dios, Ray decidió que se movería 10 pasos hacia el costado, siguiendo la ladera de la montaña. Entonces dio un cuarto de vuelta enfilando colina arriba, se agachó y tocó los lentes bajo las hojas.

—Aquella experiencia ha servido como un punto de referencia en mi vida —dice Ray—. Sé que, venga lo que venga, el Señor está ahí, listo para hacerse cargo de mí.

Necesitamos equilibrar estas historias con un buen consejo: no deberíamos dar por sentado que Dios nos rescatará de nuestra propia estupidez. Por lo general, él no lo hace. Más aún, autos y lugares de camping no son el tipo de cosas que forman parte central de la vida de oración de un cristiano maduro. Sin embargo, de una cosa podemos estar seguros: Dios se preocupa por nuestros problemas. Ya sea que el problema tenga que ver con nuestro pan de cada día, nuestro transporte diario o un simple juego de llaves, Dios proveerá. Él posee el ganado sobre las colinas, las colinas debajo del ganado y las estrellas sobre las colinas. Y la oración es la llave para sus riquezas.

Sólo una cosa más. Si Dios es capaz de hacer milagros tan maravillosos en relación a cosas que para él no tienen más valor que el de ser muestras de su amor por nosotros, imagina *cuánto más hará cuando le pidamos cosas que significan todo para él: como por ejemplo, ¡la salvación de almas perdidas!*

CAPÍTULO VIII

Abriendo corazones por medio de la oración

La Universidad de Andrews tuvo 4 metros de nieve durante el invierno de 1977. Ruthie Jacobsen estaba enseñando en la Escuela de Enfermería y su esposo, Don, era profesor en el Seminario Teológico. Ese invierno, Ruthie y Don recibieron una invitación para ir a Jamaica, y llegaron a saltar de alegría ante la posibilidad de huir de la fangosa nieve. Encontraron personas que los sustituyeran en sus clases por una semana, y se embarcaron en una aventura tropical que resultaría más emocionante de lo planificado.

En Jamaica, Ruthie encontró una gran variedad de frutas tropicales deliciosas. A Ruthie le encanta la fruta. Ella creció en una granja de frutales al este de Oregon. Durante toda la semana sintió un fuerte deseo, casi una compulsión, de llevar consigo fruta para sus niños, Sandy y Derry. Pero cuando le contó de su idea a Don, este le recordó que era ilegal ingresar fruta a su país.

Pronto llegó la hora de regresar, y Don puso a Ruthie en un avión a Miami (él tenía que quedarse para unas reuniones). Mientras volaba sobre Cuba con fruta en la mente, se le ocurrió que sin duda se enviaba gran cantidad de frutas tropicales a Miami, por lo que tal vez encontraría un poco de ellas allí.

Luego de desembarcar en Miami, se dirigió a la oficina de aduana, la cual estaba repleta. La fila no parecía avanzar, pero antes de mucho, Ruthie llegó al mesón. El agente le hizo varias preguntas

de rutina respecto a su equipaje, sin revisarlo. La entrevista fue inusualmente rápida, y pronto se encontró saliendo de la aduana y entrando en la terminal aérea. Se detuvo en un kiosco y preguntó:

—¿Me podría decir dónde puedo encontrar una frutería?

—Lo siento, pero no estoy aquí para responder ese tipo de preguntas —replicó el encargado—. No puedo ayudarla.

Al instante, un hombre bajito que portaba una identificación del aeropuerto se le acercó.

—De casualidad escuché su pregunta —dijo—. Yo puedo decirle dónde encontrar un magnífico puesto de fruta fresca. No le sirve ningún bus, tiene que tomar un taxi.

Luego procedió a dibujarle un planito.

Ella tomó el mapa y le dio las gracias. Detuvo a un taxi y le entregó el mapa al conductor, anticipando con ansiedad el olor a fruta fresca.

—Señora —dijo él—, conozco Miami como la palma de mi mano, y puedo decirle que no hay ningún mercado de fruta en esta dirección.

—Bueno, yo no conozco Miami, para nada, pero el hombre parecía tan seguro que creo que debemos ir ahí. Si no encontramos nada, más vale que me traiga en seguida. De paso, ¿cuánto me va a costar?

—Unos ocho dólares, si nos apuramos.

Poco antes, Ruthie había descubierto que sólo tenía un billete de \$20 en la billetera.

Cuando llegaron al lugar, no había ninguna frutería. Así que el chofer la llevó a un supermercado. Este tampoco tenía frutas tropicales, y mientras tanto, el taxímetro seguía corriendo. Preocupada por el dinero, Ruthie dijo:

—Regresemos al aeropuerto —y luego agregó—. Pero primero volvamos a la dirección del mapa y si encuentra un pasaje o entrada, entremos por él.

Minutos después, el conductor dobló en un pequeño pasaje. A unos cuantos metros, había un inmenso mercado de frutas.

Ruthie estaba preocupada por sus menguantes finanzas, por lo que escogió rápido algunas frutas, calculando mentalmente el costo, a su vez que notaba que el conductor estaba llenando bolsas con

frutas también.

—He escogido algo de la mejor fruta para usted —dijo—, porque soy de aquí y se qué es lo mejor. Ella sacó algunas cosas de su bolsa y lo convenció de que ya tenían suficiente.

Ruthie sospechaba que no tenía suficiente dinero para pagar. Cuando le preguntó al cajero: “¿Sería posible que me aceptara un cheque?”, este se hizo para atrás y soltó una carcajada. En un tono condescendiente, dijo:

—No aceptamos cheques aquí. ¿De dónde es?

—De Michigan.

—Bueno, esto es Florida, y no aceptamos cheques, pero... voy a aceptar el suyo.

Mientras que el chofer observaba con la boca abierta, Ruthie escribió el cheque, recogió sus frutas y regresó al taxi. Aún antes de cerrar su puerta, el chofer se dio vuelta hacia Ruthie y dijo:

—Señora, usted tiene suerte.

—No, eso no fue suerte. Es que oré.

—Bueno, yo también oro, pero mi vida se está derrumbando.

Ruthie oró al tiempo que hablaba.

—Cuando llegamos a los valles de nuestra vida —y todos los tenemos, y a veces ellos parecen muy profundos—, Dios está ahí diciendo: “Todavía te amo, me preocupo por ti, tengo un plan para tu vida, puedes confiar en mí”.

—¿Sabe qué? —respondió el chofer—, mi madre era una mujer de oración. Ella era adventista del séptimo día, al igual que mi papá y mi hermano, y yo también solía serlo. Estuve en el ejército, y en tres ocasiones casi pierdo la vida. Le prometí al Señor que si me mantenía vivo y sano, yo viviría una vida cristiana, y él estaría al control. Pero... en realidad no sé que sucedió. Fue algo sutil. Me casé, y éramos tan felices, y al parecer la tentación fue pensar: “¿Quién necesita de Dios?” Las cosas iban marchando bien. Me pareció que podría lograrlo con mi propio esfuerzo, pero lentamente mi vida se fue desenmascarando, y no pude detenerme.

“Ahora estoy divorciado, y rara vez puedo ver a mi dos hijas. Tengo tres trabajos para tratar de subsistir. Nada me resulta. Mi vida se está derrumbando. Pero justo anoche me arrodillé junto a la cama, y dije: ‘Señor, una vez tuve una relación contigo, y alguien debe

todavía estar orando por mí'. Le conté al Señor de este pecado que tengo en mi vida y que pensaba que jamás podría dejar. Se lo entregué a él anoche. Le di todo a Dios".

El taxista miró a Ruthie por el retrovisor, con gruesas lágrimas que corrían por sus mejillas, y preguntó:

—¿Por qué estoy llorando?

—Bueno, es un gran momento para nosotros dos. Dios ha arreglado las cosas para que nos encontremos hoy.

—Apenas anoche hice esa oración, y aquí está usted, diciéndome que Dios me ama.

—Señor, hay algo más que necesito decirle.

—¿Qué será?

—Soy una adventista del séptimo día.

—¡No!

—¡Sí!

Sosteniendo el volante con una mano, estiró la otra para estrechar la mano de su nueva hermana en Cristo.

Durante el resto del camino al aeropuerto hablaron acerca de Dios y cuán fiel es él, y cómo es que tiene un plan B cuando echamos las cosas a perder.

Antes de despedirse, Ruthie preguntó:

—¿Puedo orar con usted?

—Me encantaría —dijo él.

Juntos, le agradecieron a Dios por su grandeza. Y luego discutieron acerca de la tarifa.

—Una cosa no he de hacer —dijo el hombre—, y es no aceptar dinero alguno de su parte esta mañana.

—Pero el Señor ha provisto para esta tarifa, y él quiere que lo reciba —Ruthie contestó.

Finalmente lo aceptó. Luego tomó sus bolsas con frutas, consiguió una caja y las empacó con cuidado. Se dieron la mano y se despidieron.

Momentos después, mientras se encontraba en la fila para embarcar su equipaje, Ruthie sintió que alguien tocaba su hombro.

—Tengo que decirle una cosa más —dijo el taxista—. Este el día más feliz de mi vida.

La obsesión de Ruthie por frutas le fue dada por Dios. Pero, en

realidad, fue una obsesión por otro tipo de “frutos”.

¡Una vida de oración es una vida de aventuras! Cuando las personas se encomiendan a Dios en oración, nadie puede saber donde nos llevará él.

* * * * *

Ruthie ha estado auspiciando conferencias juveniles de oración alrededor de los Estados Unidos, con resultados sorprendentes. Los adolescentes lideraron en éstas. La oración los hace intrépidos.

Cerca de 400 adolescentes y varios centenares de adultos asistieron a una de estas conferencias. Un joven de unos 16 años se paró frente al púlpito y dijo:

—Antes de predicar mi sermón, tengo un mensaje para ustedes del Señor.

En ese instante, algunos en la audiencia comenzaron a sentirse incómodos.

—Ustedes, los adultos, tienen toda la educación y la experiencia, la comprensión de la comunidad, y ustedes saben lo que funciona y lo que no. Nosotros, los jóvenes, tenemos la energía, y la fe, y la disposición. Así como yo lo veo, hay una gran obra por hacer, y no pueden hacerla sin nosotros, y nosotros no podemos hacerla sin ustedes. Así es que vamos a unirnos. Ahora, eso fue de parte del Señor. El resto es mío.

Aquí estaba un joven tan seguro de su relación con el Señor, que hasta sabía la diferencia entre lo que provenía de él y lo que provenía de Dios. Y no tenía miedo de contarlo en público. Estos jóvenes, a través de la confianza en la oración personal, han empezado a establecer un registro de huellas en el ministerio que muchos adultos experimentados desearían.

En abril de 1995 se realizó una conferencia de oración y ministerio en Paradise, California. Un grupo de estudiantes de la escuela secundaria local había participado de un reciente viaje misionero a Guatemala. Como resultado de aquel viaje, los muchachos habían comenzado voluntariamente a observar ciertas disciplinas espirituales entre las que se contaba la oración diaria y el estudio de la Biblia. Los muchachos se trazaron las pautas para ellos mismos: un mínimo

de 30 minutos al día de oración individual y estudio de la Biblia, una hora o dos de culto y estudio grupal a la semana, y algún tipo de labor para alcanzar a otros. “Si quieres participar”, se decían entre sí, “tienes que trabajar por las ganas que te sobran, no las que te faltan”.

Los jóvenes descubrieron que Dios empezó a obrar de manera poderosa en sus vidas. La iglesia empezó a ver bautismos. Estaban tan entusiasmados, que decidieron dirigirse al equipo de pastores y contarles sus planes para estudiar la Biblia. Los pastores pudieron ver que poseían un genuino amor por Jesús, por lo que les preguntaron:

—¿Por qué no se hacen cargo de nuestra agonizante reunión de oración de los miércoles, y le enseñan a los adultos a estudiar la Biblia como ustedes lo hacen?

Y así lo hicieron. Los adolescentes comenzaron a dirigir la reunión de oración, y la asistencia empezó a subir.

Una noche, dos mujeres aparecieron en la reunión de oración. Echando un vistazo, notaron que todos estaban divididos en grupos pequeños y se aprestaron a salir. Uno de los muchachos, llamado Tommy, las siguió y les preguntó:

—¿Adónde van?

—Llegamos tarde, así que esperaremos hasta la próxima semana.

—¡Oh, no! Nosotros tres haremos un grupo.

Mientras discutían el pasaje de la Biblia para esa noche, Tommy notó que una de las mujeres —a la que llamaremos Charrán— estaba llorando.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Tengo una amiga que esta noche fue a internarse al hospital porque está muriendo de cáncer. Y me hubiera gustado tanto que ella hubiese podido estar aquí, hoy, para descubrir la belleza de lo que he aprendido acerca de Jesús.

—¿Ella es cristiana?

—No.

—Entonces usted tiene que ir y compartir esto con ella.

—No puedo. Eso es imposible. Nunca en mi vida he llevado a alguien a Jesús. Pero escuché que ustedes, niños, están haciendo esto todo el tiempo, y que tienen bautismos como resultado. ¿Podrían venir ustedes y hacer esto por mí?

—No. Usted tiene que hacerlo, y le diré por qué.

Tommy la llevó a través de los cinco pasos del ministerio, tal como Jesús lo practicó, basado en el *Ministerio de curación* (p. 102).

1. Jesús se mezcló entre la gente como alguien que buscaba su bienestar.
2. Él se relacionó con la gente y se identificó con sus intereses.
3. Él atendía sus necesidades (como la falta de vino en Caná).
4. Se ganaba la confianza de la gente.
5. Entonces decía: "Sígueme".

Tommy continuó:

—Es por esto que yo no puedo hacer lo que me pide. Yo no he ganado el derecho. Pero usted es su amiga. Ella la quiere y confía en usted.

—Tommy —dijo Charrán entre lágrimas—, no puedo hacer esto.

—Suba a mi auto —dijo el joven—. La llevaré hasta el hospital, y le enseñaré todo lo que necesita saber en el camino—.

Él le explicó cómo presentar el evangelio y le dijo qué versículos usar.

—Tommy, no puedo hacer esto.

—Mire, usted sabe todo lo que yo sé... Bien, mire, yo voy buscar una silla y me voy a sentar afuera de la habitación. Estaré orando para que Dios le dé las palabras correctas para alcanzar el corazón de su amiga.

Cuando Charrán entró en la habitación y saludó a su amiga, ambas rompieron en llanto, porque sabían que la muerte pronto las separaría. Charrán empezó a contarle a su amiga acerca de la porción de la Biblia que recién había estudiado y que tanto había bendecido su corazón, y de cómo deseaba que ella también hubiera podido estar allí.

—Pero nunca he tenido nada que ver con Dios —protestó su amiga—. ¿Por qué habría él de quererme ahora?

—Bueno, ¿por qué habría Dios de querer al ladrón en la cruz?

Está en la misma naturaleza de Dios el querer bendecirnos.

Siguieron hablando. Eventualmente, Charrán preguntó:

—¿Te gustaría que orara contigo y le pidiera a Dios que tome el control de tu vida?

—Sí.

Charrán hizo la oración del pecador, y su amiga la repitió después de ella. Luego volvieron a llorar.

Al salir de la habitación del hospital, Charrán encontró a Tommy inclinado, orando en su asiento.

—Tommy, ¡esto funciona! —exclamó ella.

Al día siguiente la mujer falleció. Pero ella estaba a salvo en los brazos de Jesús. Lo que pudo haber sido una simple y triste conversación en una sala de hospital, se convirtió en una transacción sellada en el cielo. Y Charrán nunca cambiaría esa experiencia por nada en el mundo.

La oración da poder a la gente. La única cosa a la que debemos temer, como lo dijo Franklin Roosevelt, es al temor mismo. La oración arma a los hijos de Dios del valor necesario para testificar, rompe barreras, transforma piedras de tropiezo en peldaños y abre corazones cerrados, haciéndolos receptivos a la cercanía de Aquel a quien pertenecen.

La simple sugerencia de una oración puede ser un poderoso puente hacia el corazón. Una manera efectiva de hacer esto es preguntarle a la persona: “¿Puedo orar por usted esta semana?” Muy pocas personas se sentirán ofendidas de que alguien quiera orar por ellas. A menudo ellas abren sus corazones y te dan confianza.

Un domingo, durante un desayuno de oración en una conferencia en Cohete Springs, Georgia, el moderador pidió testimonios. Un pastor de Alabama —al que llamaremos Red— se puso en pie.

—El año pasado estuve aquí —dijo—, y usted nos animó a encontrar un compañero de oración, alguien con quien tuviésemos mucho en común. Así que encontré a otro pastor de Illinois, a quien nunca antes había visto. Los dos nos hicimos compañeros y muy

buenos amigos.

Red continuó relatando cómo ellos habían sugerido y seguido un plan de oración mutua, todos los días, orando juntos una vez a la semana. Sin embargo, hubo una semana en la que Red estaba teniendo un momento difícil en su ministerio. Algunos de sus miembros lo estaban criticando, y él estaba desanimado.

Ese sábado de mañana se levantó y pensó: *Voy a llamar a mi primer anciano y le diré que no me siento bien. Le pediré que tenga el servicio hoy.* Él racionalizó que necesitaba el descanso.

Justo en ese momento sonó el teléfono. Era su compañero de oración en Illinois. Red descargó toda la carga de su dolor sobre su amigo, quien entendió la situación puesto que estaba enterado de las circunstancias. El otro pastor empezó a orar con y por Red, agradeciendo a Dios por todas las formas en las que él había usado a Red desde que inició su ministerio, por todas las vidas que había tocado. Alabó a Dios por la forma en que su propósito estaba revelándose todavía, y le agradeció por lo que Dios iba a hacer esa mañana a través del ministerio de Red.

Al momento de colgar, Red estaba ansioso por meterse de un salto en la ducha y salir rumbo a la iglesia ¡para ver lo que el Señor estaba por hacer a través de él ese día!

Las Escrituras nos dicen: “Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mat. 18:20). “Y si alguno prevaleciere contra uno, dos le resistirán; y cordón de tres dobleces no se rompe pronto” (Ecl. 4:12). Deuteronomio 32:30 dice que mientras que un hombre puede perseguir a mil, dos pueden ahuyentar a diez mil. El compañerismo es una importante forma de multiplicar el poder de la oración.

Aún las personas desconocidas están a menudo abiertas ante la sugerencia de una oración. ¡Cuánto nos perdemos al no interactuar con personas a las que no conocemos! Doquiera en derredor de nosotros hay individuos sin esperanza quienes, no obstante, están más abiertos a la salvación de lo que pensamos. Un pequeño empujón de nuestra parte los traería al reino. Existen mil maneras simples en las que podemos entregar y compartir nuestras bendiciones con otros. Si el Espíritu Santo nos está guiando, nuestra interacción con los otros tendrá consecuencias eternas.

Años atrás, un temerario estudiante de secundaria, pariente lejano de Lonnie, estaba parado en el patio de la escuela con sus amigos contando historias subidas de tono. Los muchachos estaban jugando a “quien cuenta la mejor”, y era el turno de Dick. Estaba a punto de descargar su chiste pornográfico, cuando notó a un muchacho de 9 años parado cerca de ellos, escuchando las historias de los niños mayores. Esto lo molestó, ya que no quería contribuir a la delincuencia infantil, pero de todos modos, siguió con su historia. Al rato, un tanto disgustado, se dio vuelta hacia el niño y le dijo:

—¿Y tú que quieres?

—¿Puedo orar por ti? —respondió el niño.

Dick se quedó sin palabras. Lo único que se le ocurrió decir fue:

—Seguro, adelante niño, ora.

Dick nunca olvidó las palabras con las que ese niño comenzó su oración.

—¡Hola, Dios!

Dick estaba espantado. Él nunca había escuchado a nadie dirigirse a Dios de esa forma. Se preguntaba si la tierra iba a abrir su boca y los iba a tragar a todos, o si un rayo los iba a fulminar.

Pero el niño continuó orando. Dijo algunas cosas bonitas, sin una pizca de protocolo. Cuando hubo terminado, dijo:

—Nos vemos más tarde, Dios.

Mientras cinco bocas adolescentes permanecían abiertas, el pequeño se dio la media vuelta y empezó a caminar. Luego se detuvo, y volviéndose hacia los muchachos dijo:

—Creo que Dios les va a caer bien a ustedes. ¡Es un gran tipo!

Los participantes de estas conferencias de oración hacen más que simplemente orar. En las conferencias de mayor duración, emplean un día entero en el ministerio, o medio día en las conferencias más cortas. A las personas se les pide que participen en aquello en que se sientan cómodos. Algunos de los muchachos visitan hospitales, otros van a hogares de niños. Algunos participan de la “caminata de oración” en las comunidades más grandes. Cuando pasan por

alguna cantina, oran por las personas que se encuentran en el interior. Cuando pasan por una escuela, oran por estudiantes y profesores.

En una reciente conferencia juvenil realizada en Kettering, Ohio, un grupo de adolescentes fueron acompañados de un adulto a testificar en un *mall* (centro de compras). La idea era interactuar con los consumidores y orar con ellos si la ocasión se presentaba, “mezclándose con la gente como alguien que busca su bienestar”.

Uno de los muchachos era extremadamente tímido, y se sentía muy incómodo con esta iniciativa. Mientras daba vueltas por el lugar, orando en silencio, veía cómo sus amigos se acercaban a las mesas en el patio de comidas y hablaban con los clientes. Parecían tan relajados. *¡Jamás sería capaz de hacer eso!*, pensó. Interrumpiendo su monólogo, le preguntó a Dios: “Señor, ¿hay alguna persona para mí en este lugar?” De pronto, mirando hacia arriba en el segundo nivel, notó a una persona sentada en el extremo de un banco. Decidió sentarse a su lado para pensar y orar.

Era una mujer joven, y parecía ser agradable y amistosa. Empezaron a hablar. Luego de una breve conversación, él preguntó:

—¿Puedo hacerle una pregunta personal?

—Claro.

—¿Usted cree en la oración?

—¿Que si creo en la oración? Déjame contarte algo que sucedió en mi vida que cambió para siempre mi actitud hacia la oración. Hace diez años tenía un bebé que estaba agonizando en el Centro Médico de Kettering. Los médicos habían perdido toda esperanza.

“Una tarde, un grupo de jóvenes adventistas del séptimo día llegó hasta mi sala de hospital y dijeron que estaban ahí para cantar y visitar a los pacientes. Intercambiamos algunas palabras y les conté de la dolorosa situación por la que atravesaba. Me dijeron: ‘¿Podríamos orar por su bebé?’

“Los muchachos, de pie junto a la cama, elevaron a mi pequeño hasta el trono de Dios. Le pidieron a Dios que tocara aquella pequeña vida y le diera sanidad si así era su voluntad. Todos los demás se habían rendido. Pero este grupo de jóvenes le pidió a Dios lo imposible. Como resultado de las oraciones de aquellos jóvenes, mi bebé fue sanado, y hoy tengo un saludable niño de 10 años gracias a

la oración de esos jóvenes adventistas.

—Soy adventista —dijo el joven, y aprovechó la oportunidad para orar con ella en el mismo banco, y así agradecerle a Dios por lo que había hecho hacía 10 años, pidiéndole además que continuara bendiciendo a la familia de esa mujer.

Llegada la noche, cuando todos se reunían para contar sus historias, sus amigos quedaron boquiabiertos al ver como su tímido compañero, quien jamás había pasado adelante, daba un salto y pasaba al frente a contar lo que le había sucedido. No podía contener las ganas de contar su historia. Simplemente le brotaba, y se convirtió en una gran fuente de alabanza esa noche.

Semejantes reuniones de testimonios, son eventos llenos del Espíritu Santo. Una de estas, realizada hace poco en Keene, Texas, comenzó a las 19:30 y duró hasta la medianoche. Uno de los participantes la describió de esta manera: “No puedes imaginar cuánto poder había en ese salón. Había cientos de jóvenes que pensaban que era excelente estar entusiasmado con Dios”.

En este mismo instante estamos siendo testigos de los inicios de un emocionante reavivamiento, centrado en la oración y el ministerio, entre los jóvenes de la Iglesia Adventista del Séptimo Día en Norteamérica. El viento del Espíritu de Dios está empezando a soplar.

Cubre a tus seres queridos con oración

En respuesta a una oración extraordinaria, Dios hace cosas extraordinarias. Una de las historias más notables de oración intercesora de todos los tiempos nos llega de la vida de James Dobson. Su bisabuelo acostumbraba a dedicar una hora diaria para orar en favor de sus descendientes. Por décadas recorría las colinas detrás de su casa rogándole a Dios por sus hijos y los hijos de sus hijos. Un día sucedió lo más inesperado: Dios interrumpió su oración y le dijo que ya había orado suficiente al respecto. Sus oraciones habían sido respondidas y *todos sus descendientes hasta la cuarta generación le pertenecerían a él.*

James Dobson pertenece a la cuarta generación de descendientes. Hasta el momento, sostiene él, no sólo han sido cristianos todos sus familiares, sino que todos los hombres del clan han sido pastores. Cuando James decidió estudiar psicología en vez de seguir el ministerio, ¡algunos de sus parientes pensaron que estaba abandonando la fe!

¡Tan sólo piensa en lo que las oraciones de un oscuro cristiano de hace cuatro generaciones atrás han hecho para volver los corazones de los padres sobre los hijos y de los hijos sobre los padres a lo largo del país! La oración perseverante es algo poderoso: puede influir en los destinos de las generaciones venideras.

John Newton fue por muchos años un hombre impío y un trafi-

cante de esclavos. Sin embargo, al igual que el joven Agustín, él era un prisionero de la gracia, encadenado por las oraciones de una madre devota. Ella murió de tuberculosis cuando él tenía apenas 7 años, dejándolo a cargo de un padre incrédulo y una madrastra. No obstante, 22 años más tarde, sus oraciones produjeron frutos. Newton escribió el himno autobiográfico "Amazing Grace" [Sublime gracia], y fue responsable de la conversión de William Wilberforce, quien, casi solo, persuadió al parlamento británico que aboliera la esclavitud.

Piensa en esto: la esclavitud fue abolida, en parte, porque la madre de Newton oró.

* * * * *

El pedido de oración más frecuente que Lonnie recibe en La Voz de la Profecía tiene que ver con seres queridos que se han alejado. Este ha sido un problema serio a lo largo de la historia cristiana. Con frecuencia escuchamos desalentadoras estadísticas acerca del porcentaje de jóvenes que dejan la iglesia. (A menudo se olvida destacar que algunos de estos prodigios más tarde regresan, aunque es difícil poder obtener datos respecto a ellos.)

Existe un remedio.

Puede ser que no hayas acumulado el tiempo de oración que el bisabuelo de Dobson acumuló para sus hijos, pero nunca es demasiado tarde para empezar. De hecho, nunca es demasiado temprano tampoco. Si todavía no tienes hijos, empieza a orar por tus futuros hijos. Abre una cuenta bancaria de oración en el cielo por ellos.

He aquí varias promesas que puedes reclamar para tus hijos. La primera se encuentra en Isaías 44:3: "Porque yo derramaré aguas sobre el sequedal, y ríos sobre la tierra árida; mi Espíritu derramaré sobre tu generación, y mi bendición sobre tus renuevos".

Si tienes hijos, no dejes que el Señor descansa en paz hasta que te conceda esta promesa. Desafíalo a llevarla a cabo. En Escocia, a principios del siglo pasado, un grupo de ancianos en una iglesia de campo sacudieron las puertas del cielo con la promesa de Isaías 44:3, por interminables horas, decididos a no parar hasta que obtuvieran respuesta a su oración. De pronto, alrededor de las 3:00 de la

mañana, el edificio entero se estremeció como una hoja, y las luces se encendieron en todos los hogares del valle, al tiempo que todos los mineros del carbón se despertaron de forma repentina con una intensa convicción de pecado. Un gran reavivamiento se esparció a través de la región gracias a la oración de estos ancianos.

En Gálatas 3:7 al 9 y 29 leemos que aquellos que creen en Jesús pueden reclamar las promesas de Dios dadas en el Antiguo Testamento a la nación de Israel. A continuación otra promesa: “Así dice Jehová: Ciertamente el cautivo será rescatado del valiente, y el botín será arrebatado al tirano; y tu pleito yo lo defenderé, y yo salvaré a tus hijos” (Isa. 49:25).

Isaías 54:13 declara: “Todos tus hijos serán enseñados por Jehová; y se multiplicará la paz de tus hijos”. Generaciones de intercesores han usado estas promesas como cheques en blanco dados por el Señor para hacer giros contra su inagotable cuenta de amor en el cielo. Al reclamarlas, tú puedes facilitar el regalo de la cosa más maravillosa del universo —la vida eterna— para las personas más maravillosas del mundo: tus seres amados.

Cuando oramos por la salvación de otros, podemos estar seguros de que estamos siguiendo la voluntad de Dios. Es bueno decir “No se haga mi voluntad, sino la tuya”, cuando pedimos un favor personal o curación física, pero esto no es necesario cuando pedimos por la salvación de otros. Es casi una falta de fe decir “si es tu voluntad” cuando intercedemos por otros, puesto que Dios ya nos ha dicho que él quiere que todos sean salvos (1 Tim. 2:4). De este modo podemos orar por la salvación de otros con la absoluta confianza de que estamos haciendo su voluntad, y podemos agradecer a Dios su respuesta por adelantado.

¿Significa esto que Dios puede forzar a alguien para ser salvo? ¿Acaso Dios se olvida del libre albedrío? No. Es posible que un pecador resista la oración más persistente. En contadas ocasiones, Dios incluso le dice a un intercesor que deje de orar por alguien que se ha determinado a seguir en su propio camino, como cuando le ordenó a Jeremías que dejara de orar por Israel (Jer. 7:16; 11:14; 14:11).

Charles Finney, en su libro *Answers to Prayer* [Respuestas a la oración], relata que había estado intercediendo por un prominente

hombre en la comunidad, que había llegado a estar bajo un sentido de convicción. Un día se encontraba implorando con lágrimas ante Dios por su amigo, cuando la puerta del cielo pareció cerrársele en la cara. Dios parecía estar diciendo: "No, no escucharé. No me hables más del asunto". A la mañana siguiente Finney vio a su amigo, un senador, y le trajo a colación la cuestión de la sumisión a Dios. El hombre replicó diciendo que no había ninguna posibilidad por el momento, ya que estaba políticamente comprometido para votar por algo que era incompatible con el cristianismo. Entonces Finney entendió. El Espíritu Santo se había retirado de aquel hombre, y nunca más volvió a sentir la misma convicción.

Pero hasta que Dios te diga que dejes de orar, jamás te des por vencido por tu ser amado. Aquella persona puede al final resistir al Espíritu de Dios, pero el Cazador Divino va a emplear su más poderosa artillería para traer a esa alma hasta su reino.

De hecho, Charles Finney mismo llegó a convertirse gracias a que alguien no se dio por vencido en un caso poco prometedor. Finney se enteró de que "algunos miembros de la iglesia se habían propuesto, en una reunión de iglesia, hacer de mí un motivo especial de oración. El Sr. Gale los había desanimado, diciendo que él no creía que mi conversión era posible, ya que después de haber conversado conmigo, se había dado cuenta de que yo estaba muy informado respecto al tema del cristianismo, pero estaba muy endurecido". Afortunadamente, la iglesia oró por Finney de todas maneras.

* * * * *

Hudson Taylor era un hombre joven de cabeza dura, que tenía una madre que oraba. En cierta ocasión ella se ausentó de la casa por varias semanas, de visita en casa de unas amigas. Un sábado de tarde sintió una preocupación especial por su único hijo. Dejando por un momento a sus amigas, se fue a orar sola por la salvación de Hudson. Pasó varias horas sobre sus rodillas, hasta que su corazón fue repentinamente inundado con la gozosa seguridad de que Dios había respondido sus oraciones.

Mientras tanto, en casa, Hudson, un tanto aburrido, había escogido al azar un libro de la biblioteca de su padre. A medida que leía,

se sintió impresionado por las palabras: “La obra finalizada de Cristo”. Comenzó a preguntarse por qué el autor había usado esas palabras en vez de otras, tales como “la obra expiatoria de Cristo”. Entonces el recuerdo de una verdad familiar, por tanto tiempo descuidada, tocó su corazón. Fue convertido gracias al pensamiento de que Cristo había provisto completa y perfecta expiación por el pecado, y que todo lo que él debía hacer era aceptar su obra finalizada. Este pensamiento lo llevó a ponerse de rodillas y lo motivó a llevar una vida sacrificada de servicio a su Rey.

Él quería ser el primero en compartir la novedad de su alegría con su madre, cuando ella llegara después de dos semanas, pero ya era tarde. “Ya lo sé, hijo, ya lo sé”, dijo ella, mientras lo abrazaba. “Me he estado regocijando durante estas dos últimas semanas por tan buenas noticias”. El Espíritu Santo ya se lo había contado.

Entonces Hudson descubrió que su hermana había hecho un voto de que se entregaría a la oración cada día hasta que su hermano se convirtiera. Había hecho este compromiso apenas un mes antes de su conversión [Howard Taylor, *Hudson Taylor's Spiritual Secret* – Moody, 1989].

Hudson Taylor llegó a ser conocido como el padre de las misiones modernas. Pasó su vida trabajando en China, e hizo de la oración la base de su ministerio. Por cierto, más tarde en su carrera, cuando el ministerio que había establecido necesitaba más obreros, envió un telegrama a todos los obreros y a Londres, diciendo: “Orad por cien nuevos obreros para 1887”.

Cuatro años antes, él había orado por 70 nuevos obreros en un período de tres años, y Dios los había provisto, pero 100 en un año era algo sin precedentes. Hudson también oró por \$50.000 dólares de entradas adicionales, sin solicitarlos, y porque estas donaciones pudieran llegar en sumas grandes, para así poder mantener al mínimo su correspondencia, debido a su reducido personal.

¿Qué sucedió en 1887? Seiscientos hombres y mujeres solicitaron servir como misioneros, 102 de los cuales fueron aceptados; \$55.000 dólares adicionales de entradas llegaron sin ningún tipo de solicitudes, y de sólo 11 fuentes.

Dios no tiene favoritos. Si estás involucrado en una misión para Dios y por esta causa estás pasando estrechez y necesidad, Dios hará

contigo lo mismo que hizo con Hudson Taylor. Por supuesto, Dios no siempre nos da la respuesta que queremos. ¿Oró alguna vez Taylor por algo que no recibió? ¿Fue todo siempre color de rosas para él? De ninguna manera. En 1900, cerca de 200 misioneros protestantes y sus hijos fueron martirizados en la Rebelión de los Boxer, junto a miles de cristianos chinos. Durante esta feroz insurrección, muchos de los conversos de Taylor fueron masacrados y sus estaciones misioneras fueron quemadas, a pesar de las oraciones de éste.

Una cosa que esto sugiere es que Dios prefiere salvar vidas antes que edificios, y que su objetivo principal es salvar personas. En otras palabras, siempre es la voluntad de Dios reclamar el alma de un ser querido para su reino eterno, y él moverá el cielo y la tierra para hacerlo. Pero no siempre es su voluntad mantenerlos con vida aquí en la tierra. Aprendemos esto también del libro de Job.

Job, un hombre justo, intercedía por sus hijos a diario. Job 1:5 dice: “Y acontecía que habiendo pasado en turno los días del convite, Job enviaba y los santificaba, y se levantaba de mañana y ofrecía holocaustos conforme al número de todos ellos: Porque decía Job: Quizá habrán pecado mis hijos y habrán blasfemado contra Dios en sus corazones. De esta manera hacía todos los días”.

Cada día, él los cubría con la sangre del Cordero, algo que todo creyente debiera hacer cada mañana por cada uno de los miembros de su familia, invocando la sangre de Jesús sobre ellos. Pero esto no evitó que todos sus hijos murieran, en un mismo día (vers. 19). Pero ellos fueron cubiertos con la sangre.

Job luchó contra la injusticia de todo esto, reclamó a Dios y rogó en vano ser librado de sus aflicciones. Pero los cielos parecían de bronce.

Dios no respondió hasta que Job nuevamente se encontró a sí mismo intercediendo por otros: esta vez, por sus poco atinados amigos. “Y quitó Jehová la aflicción de Job cuando él hubo orado por sus amigos; y aumentó al doble todas las cosas que habían sido de Job” (Job 42:10). Recuerda, *si satisfacemos las necesidades de Dios, él satisfará las nuestras.*

La oración intercesora no hace necesariamente que la vida sea más fácil. A veces sus efectos totales no se muestran sino hasta la siguiente generación. Considera como ejemplo a Sue. Ella solía pasar una hora por la mañana y otra por la noche, en oración personal por sus hijos, de los cuales había más de una docena en casa la mayor parte del tiempo. La familia era pobre, y Sue tuvo su porción de infelicidad e infortunio. Tenía constantes discusiones con su esposo, Sam, un ministro; una de esas discusiones resultó en la partida de éste por un tiempo. Sam era un mal administrador del dinero, y llegó a estar un tiempo en prisión debido a sus deudas. No mucho después que saliera de la cárcel, su casa se quemó. Su hija Hetty quedó embarazada estando soltera, y luego rápidamente contrajo matrimonio con un plomero alcohólico, para cubrir su embarazo. El resto de las hijas de Sue también se casaron mal.

La vida no fue fácil para Susanna Wesley.

Pero sus oraciones no fueron en vano, ya que dos de sus hijos, Carlos y Juan, fundaron un gran movimiento que llamó a hombres y mujeres a vivir piadosamente y cambió el clima espiritual de Inglaterra y de todo el mundo. La Iglesia Adventista del Séptimo Día ha descendido, en gran parte, de esta tradición wesleyana.

Quizás tengas una hija extraviada al igual que Hetty Wesley. A continuación hay una historia que te devolverá el valor. Jeannie, amiga de Ruthie, vive en Oklahoma. Jeannie y su esposo habían hecho su mejor esfuerzo por vivir una vida cristiana y por criar a sus hijos en el Señor, pero en algún momento, de alguna forma, algo salió mal.

“Creo comprender cómo se habrá sentido Ezequías —le dijo a Ruthie— al intentar ser un líder piadoso, pero tuvo un hijo llamado Manasés. Nuestra hija, Ginger, pasó toda su niñez en escuelas cristianas, pero cuando se mudó a Dallas, ella vivió la vida de Manasés”.

Todos los días Jeannie acudía al Señor en oración. Se acercó a Dios con la promesa especial que ella creía que Dios le había dado en Job 5:24. “Sabrás que hay paz en tu tienda; visitarás tu morada, y nada te faltará”.

“Años atrás te reclamé esta promesa, y tú bendijiste a mi familia —le dijo al Señor—. Pero ahora Ginger está viviendo como Manasés, y hay algo que me falta y mi tienda no está segura”. Con todo, cada

vez que oraba se levantaba de sus rodillas con la paz de que Dios estaba compartiendo su carga y había escuchado su llanto.

Un día, su hijo adolescente Christopher dijo:

—Necesito pedirte dinero prestado.

Lo que ella pensó fue: *Si nuestros hijos tan sólo devolvieran todo el dinero que ya les hemos prestado, ¡seríamos ricos!* Pero lo que dijo fue:

—¿Para qué quieres pedir prestado este dinero?

—Hay un nuevo casete cristiano que tiene una canción que habla sobre volver al Dios que todavía te ama y regresar a las personas que todavía se preocupan por ti, y quiero comprarlo para enviárselo a Ginger.

Recuerda que Ginger nunca llamaba a casa. Toda vez que tenían contacto, era porque mamá, papá o Chris hacían la llamada.

De modo que le dio el dinero, y él le envió el casete a Ginger.

A las pocas semanas sonó el teléfono. Jeannie contestó. Era Ginger.

—Mamá, he estado pensando y quizás me gustaría ir a casa y conseguir un trabajo allí.

El corazón de Jeannie dio un salto, y su mente subió de revoluciones. Lanzando una oración al cielo por ayuda divina, decidió que actuaría con calma, sin ser insistente ni demostrar ansiedad.

—Querida, estaríamos felices de tenerte en casa con nosotros.

Ginger dijo que arreglaría lo de su trabajo actual y nos avisaría cuando estaría en casa.

“Pensé que había hecho una muy buena actuación, aparentando un aire de normalidad —diría más tarde—, pero llegué a bailar por toda la casa diciendo ‘¡Sí! ¡Sí!’ , porque sabía que Dios estaba obrando”.

Ginger llegó a casa. La familia experimentó algunos momentos de tensión, pero Jeannie y su esposo se mostraron comprensivos y la apoyaron. Un día, de repente, Ginger dijo:

—Mamá, ¿en qué momento tienes tu culto personal? Yo sé que la oración y el estudio de la Biblia son parte importante de tu vida, pero nunca te veo. ¿Cuándo lo haces?

—Bueno —respondió su madre—, la razón por lo que no me ves es porque es muy privado y personal, y por lo general tengo mi tiempo

de reflexión muy temprano en la mañana, antes que todos se levanten.

—Bueno, pensé que tal vez podríamos hacerlo juntas alguna vez, pero nunca me levanto tan temprano.

Jeannie estaba emocionada de descubrir que Ginger quería tener aquella experiencia con ella.

—Querida, a la hora que a ti te parezca, me encantaría tener un culto juntas. ¿A qué hora estaría bien para ti?

—Bueno, tal vez me gustaría hacerlo como a eso de las 23:30 o a medianoche.

Jeannie gimió en su interior, pero dijo:

—Ginger, si esa es una buena hora para ti, perfecto.

Así que fijaron una cita para la noche siguiente.

A esas alturas, Jeannie comenzó a ponerse nerviosa y rígida. “No me dejes hacer lo equivocado, o que me vuelva insistente y lo eche todo a perder”, oró.

Cuando se juntaron, Jeannie dijo:

—Este es un lindo capítulo. ¿Te gustaría leerlo o lo leo yo?

—Léelo tu, mamá.

Una vez terminada la lectura, Jeannie dijo:

—Ahora vamos a orar. ¿Quieres que ore o... ?

—Tú ora.

Jeannie oró. Luego Ginger le dio un beso de buenas noches a su mamá y se fue a la cama. Desilusionada y desanimada, Jeannie se sentó en silencio. “Señor, no hubo un encuentro de corazones aquí. Fue tan sólo una experiencia vacía, un tanto muerta. Tengo miedo de que Ginger se haya aburrido”.

Jeannie no escuchó al Señor decir nada, pero tenía un presentimiento que Dios podría estar diciendo: “¿Sabes? Hasta yo me aburrí un poco”.

Mientras pensaba en el sombrío fracaso que había tenido, el Señor pareció impresionarla con: “¿Por qué no le mostraste como tienes en realidad tu devoción personal, tal como yo le mostré a Moisés cómo construir el tabernáculo de acuerdo al modelo?”

—¡No podría hacer eso, Señor! Ese es mi lugar santísimo.

Dios quedó en silencio.

—Está bien, si me das otra oportunidad, le mostraré cómo hago mi devoción.

Jeannie siguió orando. Un día Ginger llegó y le preguntó si podían tener el culto otra vez.

—Por supuesto, querida, pero esta vez no vamos a hacer lo mismo que la otra vez.

—¿No?

Jeannie llevó a su hija a un rincón del cuarto donde puso dos sillas. Se sentaron y abrieron la Biblia, y ella empezó a cantar la canción de Steve Green basada en Filipenses 1:6: “Aquel que en ti una obra empezó, será fiel en completarla”.

—Ay, mamá, me encanta esa canción. Enséñamela.

La cantaron una y otra vez. Poco después, el Señor pareció haberle dado un codazo diciendo: “Bien, ya aprendió la canción. Puedes mostrarle ahora como haces tu devoción”.

Entonces Jeannie comenzó a citar las palabras de los salmos para alabar al Señor, personalizándolos por lo que Dios había hecho ese día. Luego comenzó a confesarse. Reconoció los pensamientos y las palabras y acciones que estaban equivocados, y le agradeció a Dios por perdonar los pecados de su juventud. Entonces procedió a presentar sus peticiones ante el Señor, orando por sus hijos y por otros. Realizó su rutina normal.

—Mamá, creo que eso lo puedo hacer —dijo Ginger.

Entonces la niña leyó un pasaje de los salmos.

Se abrazaron y cada una se fue a la cama. Esta vez, Jeannie tenía un sentimiento totalmente diferente respecto de toda la experiencia de la oración. Le agradeció a Dios por darle el valor para dejar a un lado su privacidad y compartir su experiencia personal con Jesús.

Poco después, Jeannie estaba en la cocina cuando Ginger vino hasta ella y dijo:

—Mamá, estoy lista para entregar mi vida al Señor en una obediencia radical de la forma en que tú lo has hecho.

Y Jeannie tuvo el privilegio de guiar a su hija en una oración de entrega a Cristo.

Ginger comenzó a asistir a la iglesia y a salir con Tom, un cristiano. Un día su madre escuchó a la niña cantar: “[Él] *podría* una obra empezar”. Más tarde Ginger dijo:

—Tom no sabía que uno podía tener su devoción de esa manera.

Si has leído este libro hasta aquí, entonces, sin duda Dios ha comenzado una buena obra en ti y en la vida de aquellos por quienes estás orando. Y si sigues orando, él fielmente la completará. Puede que tu vida devocional no sea la misma que la de Jeannie, pero no importa la disciplina espiritual que uses —canto, oración audible, diario de vida, etc.—, Dios bendecirá tus esfuerzos por buscar su rostro. Sólo recuerda: la consistencia es muy importante. El destino de otra persona puede estar pendiendo de la balanza.

* * * * *

Tenemos un acceso inmediato a una vasta reserva de poder ilimitado, gracias a la oración. Podemos reclamar esas promesas. Pasa tiempo en oración. Si no puedes hacerlo de rodillas, entonces ora caminando. Pero “orad sin cesar” (1 Tes. 5:17). Recuerda que el texto no dice: “Oren sin pausa”, sino: “Nunca dejen de orar”. Dios nos está llamando a una vida de oración persistente. Me gusta la manera en que Winston Churchill lo expresó, en quizás uno de los discursos más breves de la historia. La reunión se estaba pasando del tiempo destinado a ella aquel día, por lo que el gran orador decidió abreviar gran parte de su discurso. Es un consejo muy importante para los intercesores. “Nunca se entreguen —dijo él—. Nunca, nunca, nunca, nunca”.

Ron Mehl, en su libro *Surprise Endings* [Finales sorprendentes —Multnomah, 1993], cuenta la historia de la notable respuesta a una oración intercesora. Roger Simms había recién salido del ejército y estaba deseoso de quitarse el uniforme de una vez por todas. Caminaba junto a la carretera cargando su pesada mochila militar. Haciéndole señas a un automóvil que se acercaba para que lo llevara, perdió toda esperanza cuando vio que era una reluciente limusina, tan nueva que tenía una licencia temporaria en el vidrio trasero, difícilmente el tipo de auto que llevaría a un mochilero.

Sin embargo, para su sorpresa, el vehículo se detuvo y la puerta de pasajeros se abrió. Corrió hasta ella, puso con cuidado su equipaje en el asiento de atrás, y se sentó adelante, en un asiento tapizado en cuero. La amistosa sonrisa de un bien parecido hombre mayor,

con una distinguida cabellera gris y la piel bronceada, lo saludó.

—Hola, hijo. ¿Estás de licencia o te vas a casa de una vez por todas?

—Acabo de salir del ejército, y estoy yendo a casa por primera vez en varios años —respondió Roger.

—Bueno, tienes suerte si te diriges a Chicago —el hombre sonrió.

—No voy tan lejos —dijo Roger—, pero mi casa está en el camino. ¿Usted vive ahí, señor?

—Hanover, ese es mi apellido. Sí, tengo un negocio ahí.

Y así, continuaron el viaje.

Después de intercambiar breves reseñas sobre las vidas de cada uno, y de conversar de todo un poco, Roger, que era cristiano, sintió un fuerte impulso de testificar ante el Sr. Hanover acerca de Cristo. Pero hacer esto ante un negociante rico que, obviamente, tenía todo lo que podría desear, era desde luego una idea intimidante. Roger se mantuvo postergando el asunto, pero casi al llegar a destino, se dio cuenta que era ahora o nunca.

—Sr. Hanover —comenzó Roger—, me gustaría hablarle de algo muy importante.

Entonces procedió a explicarle el camino de la salvación, para concluir preguntándole al Sr. Hanover si le gustaría recibir a Cristo como su Salvador. Para asombro de Roger, el inmenso vehículo se detuvo a la orilla de la carretera. Por un momento, Roger pensó que el Sr. Hanover estaba a punto de echarlo. Entonces sucedió algo maravilloso y extraño. El hombre mayor inclinó su cabeza hacia el volante y rompió en llanto, afirmando que él quería, realmente, aceptar a Cristo en su corazón. Le agradeció a Roger por hablarle, y le dijo:

—Esto es la cosa más grande que jamás me ha pasado.

Luego de dejarlo en la puerta de su casa, el hombre continuó hacia Chicago.

Pasaron cinco años, y Roger Simms contrajo matrimonio, tuvo un hijo y empezó un negocio propio. Un día, mientras empacaba para realizar un viaje de negocios a Chicago, encontró la tarjeta de presentación con letras doradas que el Sr. Hanover le había dado años atrás.

Roger buscó la Empresa Hanover y la encontró en el centro de

Chicago, en un imponente y alto edificio de oficinas. La recepcionista le dijo que sería imposible ver al Sr. Hanover, pero que si era un viejo amigo, podría ver a la señora Hanover. Un tanto desilusionado, fue conducido hasta una oficina decorada lujosamente, donde una mujer en sus cincuenta estaba sentada detrás de un enorme escritorio de roble.

Ella le extendió la mano.

—¿Usted conoció a mi esposo?

Roger le explicó que el Sr. Hanover había sido muy amable al llevarlo en su vehículo cuando viajaba de regreso a casa.

Una mirada de interés se dibujó de inmediato en su rostro.

—¿Podría decirme en que fecha fue eso?

—Claro —dijo Roger—. Fue el 7 de mayo, hace cinco años, el día en que salí del ejército.

—¿Y sucedió algo en especial durante el viaje... algo inusual?

Roger vaciló un poco, preguntándose si el haber testificado de Cristo ante el Sr. Hanover había producido alguna fuente de disputa entre los dos que hubiera terminado con su separación. Pero sintió que Dios lo urgía a decir la verdad.

—Sra. Hanover, su esposo aceptó al Señor en su corazón ese día. Le expliqué el mensaje del evangelio, y él detuvo el vehículo a la orilla del camino y lloró, y luego decidió hacer una oración de salvación.

De pronto ella comenzó a sollozar descontroladamente. Tras varios minutos recobró el suficiente control como para explicarle lo que había sucedido.

—Yo crecí en un hogar cristiano, pero mi esposo no. Había orado por la salvación de mi esposo por muchos años, y creía que Dios lo salvaría. Pero justo después de que él lo dejara a usted en su casa, el 7 de mayo, falleció en un horrible accidente de tránsito. Nunca llegó a casa. Pensé que Dios no había cumplido su promesa, y dejé de vivir para el Señor hace cinco años, porque lo culpé a él por no cumplir su palabra.

Nunca te rindas. Dios tiene maneras...

Derribando fortalezas espirituales

Las iglesias cristianas necesitan luchar más. Si tu iglesia es como la mayoría de las iglesias, entonces es probable que no tenga suficiente combatividad. Puede ser que pienses que ya hay demasiada contienda en la iglesia, pero la verdad es que tenemos muy pocas, y las que tenemos están, por lo general, dirigidas hacia el blanco equivocado.

Las primeras palabras de Efesios 6:12 sintetizan el triste estado de la iglesia: “Porque no tenemos lucha”. Ese es el problema. Pero hay algo más en este pasaje, que vierte mucha luz sobre lo que está sucediendo en las esferas de lo invisible alrededor de nosotros. Echemos un vistazo:

“Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes” (vers. 11-13).

Pablo continúa describiendo la armadura que el cristiano debiera estar usando: la coraza de justicia, el escudo de la fe, etc. Después de enumerar cada parte de la armadura defensiva del cristiano, Pablo deja de hablar en metáforas y vuelve a la realidad: “Orando

en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos" (vers. 18). He aquí el arma: la oración.

Cierta vez Tim se encontraba predicando sobre este pasaje a una congregación filipina en Glendale, California. Ellos habían escogido este texto como el centro de un día de oración y ayuno, celebrado como preparación para una campaña evangelizadora que se aproximaba. Era la segunda vez que hacían eso. Pocos años atrás, le dijeron a Tim, habían pasado 24 horas sin alimento para pedirle a Dios que les diera una iglesia nueva. Por entonces, no tenían la menor idea de donde podría venir ese templo. Apenas un mes después se reunieron para adorar en su nuevo templo, que había aparecido repentinamente en el mercado.

Vale la pena luchar con Dios.

De acuerdo con Efesios 6, nuestros contrincantes de lucha no son de carne y sangre. En otras palabras, nuestro enemigo no es algún ser humano. Hagamos un pequeño experimento. Piensa, ahora mismo, en tu peor enemigo. Piensa en alguien que hace tu vida miserable o que te ha causado algún daño. Puede que te gustaría agarrar a esa persona y sacudirla un poco. O algo peor.

¡Pero, espera! Esa persona no es tu verdadero enemigo. Él o ella es sólo un señuelo. Tu verdadero enemigo es un ser muchísimo más malvado, muchísimo más inteligente y mucho más poderoso, y está sencillamente usando a este ser humano para hacerte daño. Tanto tú, como la persona que te desagrada, son sólo víctimas de los poderes sobrenaturales de las tinieblas, las fuerzas invisibles del mal.

Por lo tanto, si vas a pelear, no pelees contra la pobre alma a quien Satanás está usando para alcanzarte. No apuntes tus armas al señuelo. Y tampoco emplees armas obsoletas. Recuerda que para poder luchar contra seres sobrenaturales, necesitamos usar armas sobrenaturales. Por esta razón, la Biblia nos dice que oremos por nuestros enemigos, que oremos por aquellos que no nos tratan bien, ya que cada oración es como un golpe dirigido al corazón del maligno.

Así que la próxima vez que pienses que alguien está tratando de hacerte daño, recuerda que las cosas no son como parecen. Tu ene-

migo no es humano. Si tan sólo lucháramos en oración los unos *por* los otros, no necesitaríamos luchar los unos *contra* los otros.

Pablo menciona a Epafras, uno de sus compañeros de trabajo, en Colosenses 4:12. El apóstol dice a los colosenses que “él está siempre luchando en oración por ustedes, para que puedan permanecer firmes en toda la voluntad de Dios” (NVI). Tenemos que aprender a mirar más allá de los seres de carne y sangre hacia las fuerzas que influyen sobre ellos.

Jan era un brillante y engreído joven que asistía a un colegio cristiano, y estaba decidido a romper todas las reglas. Le iba muy bien en esto, por cierto. Una de las reglas prohibía el consumo de alcohol. Jan quebró también esta. Un día, uno de sus amigos más espirituales decidió intentar persuadir a Jan para que dejara de beber. Los dos estudiantes se enfrascaron en una larga y compleja discusión acerca de las ventajas y desventajas de este asunto, y Jan terminó ganando el debate. Era un tipo muy astuto. Finalmente, se hizo tarde y cada uno regresó a sus respectivos cuartos en el dormitorio: Jan, más engreído que nunca, y su amigo muy preocupado por él.

Aquella noche Jan no pudo dormir. Se retorció y se daba vueltas, se daba vueltas y se retorció, y en su mente repasaba todos los argumentos a favor y en contra del alcohol. Por fin, a eso de las 3.00 de la mañana, decidió que su amigo tenía razón: dejaría de beber.

A la siguiente mañana fue a buscar a su amigo para contarle las buenas nuevas. Golpeó la puerta, y su amigo salió a abrir. Se veía desarreglado.

—Adivina qué pasó —empezó Jan—. Tenías razón. Beber es algo estúpido. He decidido dejar de hacerlo... pero, dime, ¿Cómo es que andas con la misma ropa de ayer?

—Bueno, Jan —dijo su amigo—, pasé toda la noche despierto, orando por ti.

Ahora, este joven podría haber argumentado hasta ponerse verde, y aún así, no habría persuadido a Jan para que dejara ese destructivo hábito. Por eso, sabiamente, decidió dejar de luchar contra carne y sangre, y comenzó a luchar con Dios. Hoy, Jan Haluska es profesor de literatura inglesa en la Southern Adventist University,

cerca de Chattanooga, Tennessee, gracias a que alguien se preocupó lo suficiente como para orar por él.

* * * * *

Estamos lastimosamente desprevenidos ante las fuerzas contra las que de verdad luchamos. Satanás nos arrulla para que durmamos plácidamente, para que no usemos nuestras armas contra él. Él sabe cuán poderosas son ellas, ¡aún cuando nosotros lo ignoramos! Mientras tanto, las fuerzas del mal están en marcha.

Peter Wagner, en su libro *Prayer Shield* [Escudo de oración], cuenta la historia de un fascinante encuentro, a bordo de un avión, con un integrante de las fuerzas del enemigo. John Vaughan es un pastor bautista, profesor universitario y editor de la *Revista de la Sociedad Norteamericana para el Crecimiento de Iglesia* [Journal of the North American Society for Church Growth]. Se encontraba viajando desde Detroit a Boston, para dirigir un seminario para pastores. Durante el vuelo notó que su compañero de asiento inclinó la cabeza y comenzó a mover los labios como si estuviera orando. Una vez que hubo terminado, el pastor Vaughan le preguntó:

—¿Es usted cristiano?

El hombre pareció estremecerse ante la pregunta y dijo:

—Oh, no. Usted se equivocó conmigo. No soy cristiano. De hecho, ¡soy satanista!

Cuando John le preguntó por qué cosas estaba orando como satanista, el otro hombre respondió:

—¿De verdad quiere saberlo?

John asintió.

—Mi atención primaria está dirigida hacia la caída de los pastores cristianos y sus esposas en Nueva Inglaterra —respondió el satanista.

Luego le preguntó al pastor sobre el propósito de su visita a Boston.

Después que éste le contara acerca de su ministerio en favor del reino de Dios, ¡el satanista indicó que necesitaba retornar a lo que estaba haciendo!

Bill McRae, vicerrector del Seminario Teológico de Ontario,

estaba pastoreando en Londres cuando descubrió que un grupo de satanistas en ese lugar se había comprometido a orar a Satanás para la eliminación de una cantidad de líderes evangélicos en la ciudad. Ese año, cinco líderes cristianos cayeron por causa de inmoralidad y fracasos matrimoniales.

Nunca olvides esto: *Estamos en guerra*. Y en tiempo de guerra es importante saber quién es el enemigo, y es vital conocer nuestras armas. Con frecuencia pensamos en la oración como un arma defensiva, algo para protegernos del mal. Y es verdad, la oración cumple ese propósito. En Salmos 50:15, Dios dice: "Invócame en el día de la angustia; te libraré, y tú me honrarás".

Sin embargo, la oración no es meramente un arma defensiva. Es también un arma ofensiva. Tenemos el arma más poderosa jamás entregada a la humanidad para ser usada en la destrucción del reino de las tinieblas. Nuestras armas, dice Pablo, no son las armas del mundo. Por el contrario, dice él, nuestras armas espirituales tienen poder divino para derrumbar fortalezas espirituales (ver 2 Cor. 10:4). Ninguna bomba atómica podría tocar la fortaleza contra la que peleamos. Tenemos algo mucho más fuerte: tan fuerte, que Cristo nos dijo que las puertas del infierno no prevalecerían contra ésta (Mat. 16:18).

La mayoría de las personas interpretan esto en el sentido de que las puertas del infierno están atacando a la iglesia, pero son incapaces de prevalecer. No obstante, las puertas no atacan. Lo que este versículo quiere decir es que las puertas del infierno no serán capaces de *resistir* el ataque de la iglesia de Dios. Es la iglesia la que ataca, o por lo menos, así debería ser. De modo que, con una promesa como ésta, ¿por qué no estamos luchando para rescatar a los cautivos en el reino de las tinieblas y para traerlos de regreso a la luz?

¿O es que nos hemos acostumbrado a las tinieblas?

La oración de Daniel por entendimiento, resultó en tres semanas de lucha entre el ángel de luz y el príncipe de la oscuridad que controlaba a Persia (Dan. 10:13). Al final, el ángel Gabriel prevaleció, quizás, en parte, gracias a las tres semanas de ayuno y oración de Daniel, las que aparentemente incluyeron abstinencia de carne, y manjares delicados, entre otras cosas. La lucha de Daniel con Dios, por medio del ayuno y la oración, ayudó a determinar el destino de

su nación y la derrota temporal de las fuerzas que se oponían a la reconstrucción de Jerusalén. El reino de la oscuridad no puede resistir por mucho tiempo a la oración persistente.

Aquí hay una historia moderna de “las puertas del infierno”. En 1992, Tim realizó dos campañas en Mindanao, Filipinas. Los laicos filipinos, bajo el liderazgo de los pastores locales, visitaron hogares y dieron estudios bíblicos antes del inicio de las reuniones. Dios bendijo esto con el bautismo de 476 personas en un día, casi al final de la primera campaña. La segunda campaña, en Valencia, cerca del Colegio Mountain View, se inició luego de dos semanas previas de reuniones bajo el liderazgo del pastor Edwin Gulfan. Cada noche, antes del sermón, se expuso un tema sobre salud a cargo del Dr. Indrasenai Wijenayake. Al final de la tercera semana se había programado un bautismo para el siguiente sábado de mañana. El resto de la historia la tomamos directamente del diario que Tim escribió durante el viaje:

“También trabaja en nuestro equipo el Dr. Indrasenai Wijenayake (‘Indra’), de la Unión-Misión Filipina del Sur, un hindú convertido y un hombre de gracia, un hombre de fe. [...] El doctor Indra llegó temprano al río donde se realizaría el bautismo y encontró a dos retroexcavadoras que sacaban arena del fondo del río, haciendo un terrible ruido. Les pidió si podían detener los trabajos por un par de horas mientras realizaban el bautismo. Se negaron, diciendo que tenían un contrato y debían terminar el trabajo. Entonces el doctor Indra les sugirió que, en ese caso, oraría pidiendo a Dios que las máquinas se descompusieran. Oró. Minutos después, las retroexcavadoras se detuvieron, y se pudo ver a los mecánicos tratando de arreglarlas. Para cuando llegamos, todo estaba en paz. Veinticuatro pastores oficiaron el bautismo. El total final de bautismos ese día fue de 408”.

* * * * *

Asaltar el infierno no involucra, por lo general, el orar en contra de máquinas. Con más frecuencia tiene que ver con la oración por personas. Personas específicas.

Wesley Deuwel, en su libro *Mighty Prevailing Prayer* [La pode-

rosa oración que prevalece – Zondervan, 1990], cuenta la historia de una mujer cristiana, postrada hacía 17 años, que por mucho tiempo había estado orando de manera general por la salvación de personas. Un día, un celoso miembro laico la desafió a escribir los nombres de todas las personas en su pueblo natal de Springfield, Illinois, a las que le gustaría ver en el cielo, y a que orara de manera específica por su salvación tres veces al día. Ella aceptó el desafío e hizo una lista de personas para orar por ellas. Con el tiempo, cada una de las 57 personas en su lista recibió a Cristo como Salvador.

Cuando Burton Maxwell pastoreaba una iglesia adventista al sur de California, decidió poner en práctica algo parecido entre los miembros de su congregación. Hizo el plan de darle a cada miembro una lista de oración activa en favor de cinco nombres. Estas delgadas libretas tienen una página para cada individuo, con espacios para varios datos acerca de esa persona. El pastor Maxwell descubrió que cada 18 meses, en promedio, una de las cinco personas se bautizaba.

Loren Nelson fue llamado a ser pastor en Cottage Grove, Oregon, en 1973, después de haber estado bajo la tutela de Burton Maxwell. Él creía en el poder de la oración, y por esta razón le pidió a cada miembro que le hicieran una lista de todos los amigos a quienes les gustaría ver bautizados para que él pudiera ponerlos en su lista personal de oración. La única condición era que los miembros tenían que estar dispuestos a ir con el pastor a los hogares de estas personas y presentarlos a él. Loren terminó obteniendo una lista de 86 nombres y se puso en marcha para visitar a esas personas y orar con ellas.

Tres años más tarde, Loren fue trasladado a un nuevo distrito. Justo antes de partir, se concentró en el último nombre de su lista. El hombre jamás había sido bautizado. Discutió el asunto con su primer anciano, quien se comprometió de manera personal a permanecer despierto toda la noche para orar al respecto. Al día siguiente el hombre tomó su decisión, fue bautizado y, eventualmente, llegó a ser primer anciano de la iglesia adventista de Cottage Grove.

¿Y que sucedió con los otros 85 nombres en la lista? Bueno, por entonces ya eran miembros muy activos de la iglesia. El trabajo lleno de oración de Loren Nelson resultó en ¡el bautismo de 86 de los 86 nombres en tres años!

¿Qué tipo de promesas reclamó Loren Nelson para ganar esas 86 almas para el Señor? No lo sabemos. Pero consideremos una de las promesas más poderosas de la Biblia. La espada del intercesor, que aparece en 1 Juan 5:14 y 15: “Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho”.

Piensa en esto. ¡Como si fuera un cheque en blanco del Banco del cielo! Y luego Juan da la aplicación. Él no está hablando de orar pidiendo lujos, sino en favor de gente. “Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida; esto es para los que cometen pecado que no sea de muerte” (vers. 16). ¡Qué promesa más poderosa!

Ahora, es verdad que la oferta se extiende dentro de ciertos límites. No podemos obtener perdón por “el pecado que lleva a muerte”, el pecado imperdonable contra el Espíritu Santo. Pero dentro de esta limitación, podemos en verdad confesar los pecados de alguien que no se preocupa lo suficiente como para orar por sí mismo, y así obtener perdón para esa persona.

Cuando Israel se rebeló, Moisés le pidió a Dios: “Perdona ahora la iniquidad de este pueblo según la grandeza de tu misericordia, y como has perdonado a este pueblo desde Egipto hasta aquí. Entonces Jehová dijo: Yo lo he perdonado conforme a tu dicho” (Núm. 14:19, 20). Abraham intercedió por Sodoma (Gén. 18). Daniel oró por perdón en el nombre de Jerusalén (Dan 9:15-19). Job ofreció sacrificios por los pecados de sus hijos (Job 1:5). Más tarde, Job tuvo que interceder en favor de sus tres amigos antes que Dios los aceptara (Job 42:7-10). Santiago 5:15 dice: “Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y *si hubiere cometido pecados, le serán perdonados*”. Otra vez, aquí, se nos dice que las oraciones de terceros pueden perdonar el pecado. “Por lo tanto —continúa Santiago—, confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros para que seáis sanados” (vers. 16). Dios nos ha dado autoridad intercesora para salvar almas para su reino.

Roger Morneau nos entrega un increíble ejemplo de cómo el pedir por el perdón de una tercera persona puede funcionar en la vida real. Un día, hace varios años, él se estacionó en una tienda y bajó las ventanas de su vehículo para que el calor saliera. Un par de minutos más tarde se estacionó en un espacio cercano un vehículo verde. En el automóvil se encontraba una pareja de mediana edad; la mujer estaba manejando.

—María, tendrás que volver a hacer contacto para que pueda subir la ventanilla —dijo el hombre.

—Jim, eres terco —replicó la mujer—. Te he dicho cientos de veces que subas la ventanilla mientras el motor está en marcha. ¿Acaso nunca aprenderás?

El hombre prorrumpió en una ola de insultos. Enojándose cada vez más por dicha situación, el esposo la acusó a ella de arruinar un día perfecto al negarse a mantener la boca cerrada.

Roger Morneau estaba pensando, *¿Qué hombre más insoportable!* Y luego, en un repentino impulso, oró: “Jesús, por favor perdónalos. Por el invencible poder de tu Santo Espíritu, por favor, reprende las fuerzas demoníacas que oprimen sus mentes y bendice sus vidas con la dulce paz de tu amor”.

Al instante, la tormenta verbal se calmó. Por unos 20 segundos ninguno dijo una palabra. Entonces el hombre quebró el silencio.

—María, siento haberme enojado tanto. Realmente me siento mal por haberte hablado en la forma en que lo hice. No sé por qué me enojo tanto a veces. De hecho, puedo sentir un enojo insoportable en mí hacia las personas que tanto amo. Por favor, perdóname. Prometo esforzarme más para no repetir estos estallidos.

Luego la mujer admitió que, por lo menos en parte, era también culpable por no ser cuidadosa con sus palabras. Reconoció que a veces sentía placer al herirlo verbalmente. Prometiendo ser más considerada en el futuro, ella le dio un tierno beso y subió el vidrio de su ventana. Ambos se bajaron del auto, y se dirigieron a la tienda.

Acercándose al parquímetro, el esposo se dio cuenta que no tenía las monedas necesarias para esto, por lo que se volvió a su esposa y le dijo:

—Tesoro, ¿serías tan amable de buscar una moneda de 10 centavos para el parquímetro?

—¿Cómo podría negarme a ayudarte cuando me tratas como a una dama? ¿Te das cuenta, Jim, que no me habías llamado “tesoro” desde que los niños eran pequeños?

Después de poner las monedas en el parquímetro, ella lo tomó del brazo, y como dos recién casados, se fueron a hacer las compras.

Mientras tanto, Roger Morneau, sentado en su vehículo, estaba en estado de “shock”. Era la primera vez en que le pedía a Dios que perdonara a alguien. Habiendo actuado movido por un repentino impulso, estaba sorprendido de cuán rápido el Señor había obrado. Y, aparentemente, todo esto debido a una oración intercesora libre de egoísmo.

Esa fue la primera de muchas experiencias semejantes en la vida de Roger Morneau. El comparte algunas de éstas en *Incredible Answers to Prayer* [Respuestas increíbles a la oración], y sus libros siguientes como *More Incredible Answers to Prayer* [Más respuestas increíbles a la oración] y *When You Need Incredible Answers to Prayer* [Cuando necesitas respuestas increíbles a la oración].

A veces Dios no obra de manera tan rápida. Josephine Cunningham Edwards oró 50 años por su hermano Bill —e incluso involucró a una pequeña iglesia en esta tarea— antes que su oración fuera finalmente contestada en una forma notable. Mary, la esposa de Bill, quien se había hecho cristiana algunos años antes, compartió los detalles con Josephine.

Un día, Mary encontró a Bill derramando lágrimas. Él le explicó: “Escuché que la puerta se abría detrás de mí. Me di vuelta, y... ¡oh, Mary, era el Señor! Lo conocí por las cicatrices de sus manos. Ningún cuadro podría retratar jamás tanto amor en sus ojos. Él me dijo: ‘Tengo que responder por 50 años de oración a favor tuyo. Tus padres se fueron a la tumba creyendo que no te verían en el reino. Bill, me encantaría darles una tremenda sorpresa cuando lleguen al cielo. ¿No me darás tu vida para que pueda presentarte ante ellos allá?’ ”

* * * * *

Tim estaba ministrando en Brasil, en septiembre de 1992, cuando experimentó una notable respuesta a una oración interceso-

ra. Aquel mes, el equipo de La Voz de la Profecía estaba celebrando grandes reuniones por todo Brasil, y se bautizaron 25.000 personas como resultado de esto. Mientras viajaba, Tim leyó un artículo sobre la oración que presentaba la idea de que por nosotros mismos somos como un frío pedazo de acero, sin atracción magnética. Pero cuando un pedazo de acero es puesto en contacto con un imán, el magnetismo fluye a través del acero y él mismo atrae. Así es cuando estamos en contacto con Dios: nos volvemos magnéticos y atraemos a otros hacia Dios.

El concepto era tan atrayente, que Tim se propuso poner la teoría a prueba pasando fielmente una hora por día en oración durante el tiempo que estuviera en Brasil.

Un día, Tim llamó a su esposa, Carol, y ella le pidió que por favor orara por cierto pastor, conocido de ambos, ya que estaba desanimado y pensaba dejar el ministerio. Esto fue una noticia alarmante, puesto que Bill (no es su verdadero nombre) había sido un ministro muy efectivo hasta entonces. Hacía algunos años había liderado la conferencia en bautismos.

Así que toda la semana siguiente, Tim oró por Bill con más diligencia de la usual. "Supongo que oré con tanta intensidad por Bill, como jamás he orado por alguien", dice él. En aquella ocasión, Tim estaba dando una serie de sermones sobre la oración a un grupo de 800 estudiantes en el sur del Brasil. Él oró para que Dios derramara muchas bendiciones sobre Bill, y que muchos de sus miembros lo animaran y afirmaran, de modo que pronto desistiera de sus planes para dejar el ministerio.

Casi al final de aquella semana, mientras Tim oraba, le sobrevino una impresión: "No sólo voy a responder tus oraciones por Bill, sino que te daré el mismo regalo que pediste para él". ¡Y Dios así lo hizo! Toda esa semana Tim recibió una lluvia de amor de parte de los estudiantes, los que le enviaron regalos, le escribieron notas y hasta le cantaron canciones. (Recuerda, cuando satisfacemos las necesidades de Dios, él satisfará las nuestras.)

Las reuniones terminaron la noche del sábado con un bautismo, y Tim se fue temprano a la cama con un leve dolor de cabeza. Pensó que la aventura había terminado. Pero en medio de la noche, a la 1:30 de la madrugada del domingo, el grupo de canto de la uni-

versidad se vistió y vino a tocar a su puerta para dedicarle una serenata con la canción "Amigos".

Inolvidable. Y ese fue el final del dolor de cabeza.

Pocos días después Tim llamó a su esposa y le preguntó si había tenido alguna noticia de Bill. Y así era. Por medio de un tercero, ella se había enterado que Bill había dicho algo como: "No puedo creer que esto me sucediera. Mi esposa jamás había sido tan maravillosa y amable conmigo. Y mis miembros han sido un apoyo tan grande. No entiendo lo que está pasando".

* * * * *

La oración intercesora funciona. Además de tus seres queridos, ¿a quién está poniendo el Señor en tu mente para que ores en este mismo instante? ¿Quién necesita de tus oraciones? ¿Qué de tus líderes espirituales? ¿Tus colegas? ¿La gente con la que comes? ¿La gente de la que compras cosas? ¿Qué de tu médico o algún otro profesional asociado? ¿Y qué de aquella madre soltera con sus hijos? ¿Y tu vecino?

Una persona por la que necesitas orar es tu pastor. Puede ser que alguien allá afuera esté apuntando a tu pastor con los poderes de las tinieblas, buscando su caída. Pablo, en repetidas ocasiones, les pidió a sus conversos que oraran por él (Rom. 15:31; Efe. 6:20; Col. 4:4; 2 Tes. 3:1, 2). Con seguridad, tu pastor necesita el escudo de tus oraciones tanto como Pablo.

¿Por qué Santiago, el apóstol, fue asesinado por Herodes, pero Pedro fue milagrosamente librado de sus cadenas (Hech. 12)? No podemos saberlo, pero es posible que el primer martirio tomara a los cristianos por sorpresa, antes de que hubiesen pensado en orar. La segunda vez, sin embargo, ellos estaban preparados, y sus oraciones unidas concretaron la liberación de Pedro. Nuestros líderes necesitan de nuestras oraciones.

¿Quieres un nuevo pastor? Simplemente empieza a orar por el actual. Dios lo bautizará con tanto poder, que alguna iglesia más grande vendrá y te lo quitará de las manos. Si quieres hablar de tu pastor, háblale a Dios. Ora por él todos los días, no sólo una vez a la

semana. Él aumentará su fuerza en el Señor, y tu iglesia crecerá y prosperará.

Amigo, tienes un arma increíblemente poderosa. Las puertas del infierno no pueden resistirla. Como resultado de la decisión que hoy tomes en cuanto a tu vida de oración, alguien encaminado a la destrucción podrá ahora vivir para siempre. Tus oraciones persistentes herirán al príncipe de las tinieblas y traerá vida a los muertos espirituales. ¡Usa tus armas!

CAPÍTULO XI

Oraciones incendiarias

Arquímedes sostenía que si pudiera tener una palanca lo suficientemente larga y un punto de apoyo lo suficientemente fuerte, podría mover la tierra. Los cristianos tenemos, ciertamente, semejante palanca. La oración es la palanca que se apoya en Dios que mueve al mundo.

En los dos capítulos anteriores hemos analizado el tema de la intercesión por otros. Pero no es suficiente orar por las personas. Debemos orar para que Dios envíe un reavivamiento e inicie un movimiento de su Espíritu que resulte en conversiones en masa. Porque sólo cuando el Espíritu de Dios se mueve, es que podemos hacer retroceder la aparentemente inexorable ola de maldad que barre al mundo.

¿Has elevado alguna vez un volantín [barrilete, cometa]? No es fácil al comienzo. Primero tienes que descubrir en qué dirección sopla el viento. Luego corres y corres y gastas mucha energía, tan sólo para poder elevarlo apenas a unos cuantos metros del suelo. Pero una vez que el viento se apodera de él, puede alcanzar gran altura. Todo lo que tienes que hacer es pararte ahí y sostenerlo. El viento hace una gran diferencia.

Puede ser que si la vida espiritual resulta difícil para nosotros, se deba a que todavía no hemos aprendido a captar el viento del Espíritu.

¿Has dirigido alguna vez un velero? Un velero no posee ningún generador de energía. ¿Cómo es que se mueve entonces? El viento llena las velas e impulsa al bote.

¿Qué pensarías de un hombre que tomara su velero con las velas recogidas, y empezara a remar para tratar de impulsarlo? Eso sería hacer una gran cantidad de trabajo innecesario, ¿cierto?

Es posible que hayamos estado gastando mucho tiempo usando los remos del bote, cuando todo lo que teníamos que hacer era izar las velas para captar el viento.

Esto no significa que no haya ningún esfuerzo por hacer. Algunas personas todavía recuerdan las carreras de yates en la *American Cup*, a fines de los 80, cuando el capitán Dennis Conner recuperó el título de manos de los australianos. Si observaste esa carrera por la televisión, ¿recuerdas qué estaban haciendo los competidores? ¿Estaban sentados tranquilamente disfrutando del paseo? ¡Claro que no! ¡Estaban tensando cada músculo de sus cuerpos! Pero, ¿cómo? ¿Estaban remando para suplir la energía motriz? Por supuesto que no. El poder estaba por todos lados en derredor de ellos. Y lo que hacían era manipular furiosamente las velas para captar el viento de la mejor manera.

Las velas representan a la oración. Cuando oramos, estamos izando las velas.

El viento del Espíritu se mueve de maneras misteriosas. A veces, el barco de la fe yace inmóvil en el agua: el Espíritu no lo está moviendo. Luego una inesperada brisa se agita sobre la superficie de las olas. Dios tiene sus momentos. El Espíritu es soberano y se mueve en ocasiones inesperadas, pero, por lo general, lo hace en respuesta a la oración unida. Los torbellinos de Dios no se planifican, organizan o predicán: sencillamente se ora por ellos. Esto ha sido bien documentado en décadas recientes, por los historiadores de reavivamientos J. Edwin Orr y Wesley Duewel. Gran parte de lo que sigue a continuación ha sido extraído de los discursos de Orr durante la Conferencia sobre Oración de 1976, en Dallas, Texas, y del libro de Duewel, *Revival Fire* [Fuego de reavivamiento – Zondervan, 1995].

En septiembre de 1857, Jeremiah Lamphier, de 46 años, hombre de negocios muy asiduo a la oración, decidió iniciar una reu-

nión de oración en el segundo piso del consistorio de la Iglesia Reformada Holandesa del Norte, en Manhattan. Distribuyó volantes en los que anunciaba su reunión de oración. El día indicado, Lamp-hier se encontró orando solo en aquel lugar. Sin embargo, al cabo de una hora, seis personas habían aparecido. La siguiente semana, el grupo creció hasta tener 14, y luego 23 personas. Pronto, decidieron reunirse todos los días. Llenaron la iglesia Reformada Holandesa, luego la Iglesia Metodista de la calle John, y finalmente la Iglesia Episcopal Trinidad, en la esquina de Wall Street con Broadway.

Hacia febrero de 1858, los grupos de oración habían copado cada iglesia y edificio público en el centro de Nueva York, y las reuniones de oración habían comenzado a surgir por todo el país. Horace Greeley, el famoso editor, envió a un reportero con un caballo y un *sulky* con el fin recorrer las reuniones de oración y ver cuántos hombres estaban orando. En una hora pudo cubrir sólo 12 reuniones, pero contó 6.100 hombres.

El reavivamiento tenía poco o nada que ver con la predicación. La gente se reunía para orar. Los pecadores llegaban para pedir oraciones y se convertían allí mismo. Los padres pedían oraciones por sus hijos perdidos, y en pocas semanas recibían cartas de éstos contándoles del cambio en sus vidas. Hubo 10.000 conversiones por semana en la ciudad de Nueva York. El movimiento se esparció a través de Nueva Inglaterra. Las campanas de las iglesias llamaban a la gente para la oración a las 8:00 de la mañana, a las 12:00 del mediodía y a las 6:00 de la tarde.

La presencia palpable de Dios parecía estar cubriendo la tierra y esta cubierta de gracia se extendió incluso hasta más allá de la costa oriental. Los barcos que se aproximaban a la costa este empezaban a sentir su influencia cuando todavía se encontraban a 180 kilómetros de la orilla. Uno tras otro arribaban contando la misma historia: tanto pasajeros como la tripulación, habían sido convencidos de pecado y se habían vuelto a Cristo antes de llegar a puerto.

Durante este período, las iglesias no pudieron bautizar a las personas con suficiente rapidez. La Iglesia Episcopal Trinidad, en Chicago, tenía 121 miembros en 1857. Hacia 1860, el número había subido a 1.400. Muchas iglesias tuvieron una experiencia similar. De una población de 30 millones, entre 1 y 2 millones se convirtie-

ron a Dios en un año. El reavivamiento saltó el Atlántico y se esparció por Irlanda del Norte, Escocia, Gales, Inglaterra, Sudáfrica y el sur de la India. Fue un reavivamiento que empezó y terminó con oración.

Cuando el reavivamiento alcanzó a Chicago, un joven vendedor de zapatos se dirigió a la Iglesia Congregacional de Plymouth y pidió permiso para enseñar en la escuela dominical. El superintendente dijo:

—Lo siento, joven, tenemos 16 maestros y son demasiados. Pero te pondré en la lista de espera.

—Quiero hacer algo ahora —insistió el vendedor.

—Bueno, comienza una clase.

—¿Cómo hago eso?

—Toma algunos muchachos en la calle. No los traigas aquí: sácalos al campo. Después de un mes, tendrás control sobre ellos. Luego tráelos aquí, y esa será tu clase.

Sobre una playa del lago Michigan, el joven hombre reunió a un grupo de muchachos vestidos de andrajos, les enseñó versículos de la Biblia y juegos bíblicos, y luego los llevó a la Iglesia Congregacional Plymouth. Su maestro era Dwight Lyman Moody, y este fue el principio de un ministerio que duró 40 años.

Para darte una idea de la naturaleza de sus primeros conversos, he aquí sus nombres: Madden el Carnicero, Ojo Rojo, Pantalones Rotos, Cadete, Salamandra Negra, el Viejo, Darby el Remendón, Jackie Velas, Smikes, Carnicero Lilray, Cuerno Verde, Indio, Gilberico. La escuela dominical de Moody creció tanto que el presidente electo Abraham Lincoln fue a visitarla.

Ahora, pasemos por alto unos cuantos años y echemos un vistazo a un incidente ocurrido durante los últimos años de la vida de D. L. Moody, relatado por E. M. Bounds. Moody estaba tomando un año sabático en Londres, y llevaba allí varios meses, mientras se construía su nueva iglesia en Chicago. Se había propuesto no hablar en público, pero un pastor lo convenció para que hablara en su iglesia. Después de haber predicado ese domingo de mañana, se arrepintió en gran manera por haber aceptado predicar también esa noche. Más tarde confesaría que jamás había tenido más dificultades predicando en ninguna otra parte, en toda su vida, que las que tuvo

en ese lugar. La iglesia estaba absolutamente fría y muerta, sin una sola huella de la obra del Espíritu de Dios.

Esa noche, no obstante, todo fue diferente. La iglesia estaba repleta, y el lugar estaba tibio y vivificado por el Espíritu. Moody dijo: "Los poderes de un mundo invisible parecían haber caído sobre la audiencia". Sintió que Dios lo impresionaba para que hiciera un llamado al frente en contra de sus planes, y 500 personas pasaron. Él las envió de regreso a sus asientos, pensando que no habían entendido bien. Les pidió que consideraran el costo, y luego volvió a hacer el llamado. El mismo grupo pasó adelante otra vez. Un gran reavivamiento se inició en esa iglesia y en aquella vecindad. Centenares de vidas fueron transformadas.

¿Qué hizo la diferencia aquella noche? Sucedió que una hermana de iglesia, después del culto de la mañana, había regresado a su casa donde vivía junto a una santa y anciana mujer que ya no podía asistir a la iglesia. Cuando ella le contó a su inválida amiga que habían tenido la presencia de un predicador invitado, de nombre Dwight Moody, la anciana se puso pálida: "Leí acerca de él hace algún tiempo en un diario norteamericano, y he estado orando para que Dios lo enviara a Londres y a nuestra iglesia. De haber sabido que iba a predicar esta mañana, no habría tomado desayuno y habría pasado todo el tiempo que duró su sermón orando por él. Ahora, hermana, déjeme sola, cierre la puerta, no me envíe la cena; y sin importar quién venga, no deje que me vean. Voy a pasar toda la tarde y la noche en oración".

Y ese fue el secreto del éxito de Moody allí en Londres. Allí había orado y pagado el precio para quebrar el hielo.

De paso, D. L. Moody fue un instrumento en la transformación de la vida de F. B. Meyer, quien colaboró en la conversión de Wilbur Chapman, el que a su vez convirtió a Billy Sunday. La predicación de Billy Sunday produjo una transformación en un joven llamado J. L. Shuler, quien más tarde sería un poderoso evangelista de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Otro de los cientos de miles de conversos de Sunday fue un hombre llamado Mordecai Ham, quien indujo a abrazar la fe a un jovencito de nombre Billy Graham. Y la historia continúa.

La oración no sólo funciona en Occidente, sino también en Oriente. Hablemos de China.

En un capítulo anterior nos referimos a Hudson Taylor, a veces conocido como el padre de las misiones modernas, quien dedicó su vida al trabajo en China. Tras su muerte, un hombre llamado D. E. Host tomó su lugar. Host escribió un libro titulado *Behind the Ranges* [Detrás de las líneas], en el cual describe su intento de analizar un problema que vio mientras trabajaba en dos aldeas distintas, en China. La gente con la que vivía y trabajaba no estaban muy bien espiritualmente. Pero aquellos en la otra aldea, más allá de las montañas, ¡estaban muy bien! Él los visitaba sólo de vez en cuando, pero siempre parecían estar bien, por lo que comenzó a preguntarle al Señor qué estaba sucediendo. ¿Cómo era que a aquellos que estaban tan lejos les estaba yendo mejor que a los que vivían con él?

El Señor lo impresionó con el pensamiento de que aunque él estaba pasando mucho tiempo aconsejando, predicando y enseñando a aquellos con los que vivía, el debería pasar mucho más tiempo orando por la aldea distante. Host concluyó que el hacer discípulos involucraba cuatro elementos básicos: (1) oración, (2) oración, (3) oración y (4) la Palabra: en ese orden y aproximadamente en esa proporción.

Hoy China está una vez más ardiendo con un reavivamiento. La iglesia está creciendo a grandes pasos, públicamente y en secreto, y el comunismo chino parece estar sentenciado. Las puertas del infierno están colapsando.

* * * * *

Cuando le piden que haga una presentación, si el piano es uno vertical, él accederá sólo con resistencia. No hay mucha alegría o satisfacción en esforzarse por tocar un piano vertical. Pero en un piano de cola, bien afinado, de magnífica calidad, él puede pasar horas y horas tocando sin cansarse. No sólo la calidad del sonido es más rica, sino la misma ejecución es superior en sí, debido a la retroalimentación inspiradora.

Dios es así también. Él es un maestro de la música; nosotros somos sus instrumentos. Debemos permitirle mantenernos entona-

dos, si queremos sentir sus dedos rozando las teclas de nuestras vidas de manera que alimenten a otros espiritualmente. A Dios le produce poco gozo tocar a alguien que, sonando como bronce y címbalos resonantes, está fuera de tono. Dios puede hacer música, si se lo imploras, en un viejo y desgastado piano vertical. Pero ¡ah, que increíble poder, qué sinfonía de alabanza, cuando Dios encuentra un piano de concierto de alta calidad!

Evan J. Roberts era uno de estos pianos de concierto.

¿Cómo se convierte uno en un piano tal para Dios? Simplemente queriéndolo con las suficientes ganas como para pagar el precio en oración. Toda su vida, Roberts había tenido hambre de hacer más por Jesús. Como niño le gustaba orar y leer su Biblia. Asistía a la iglesia cinco noches a la semana. Desde los 13 años, mientras trabajaba en las minas de carbón, Roberts oraba para que Dios enviara un reavivamiento a Gales. En ocasiones, se saltaba las comidas para orar y, con frecuencia, se levantaba a medianoche para rogar por un reavivamiento.

Por favor, recuerda que no puede haber ninguna duda en cuanto a obtener el favor de Dios. La iniciativa no está en los seres humanos, sino en Dios. Es él quien escoge a un instrumento y pone dentro de su corazón un anhelo por la salvación de otros. Sin embargo, podemos pedir ser escogidos.

A la edad de 26, Roberts dejó su trabajo como minero y se fue a preparar para el ministerio en un Colegio en Newcastle. Cuando el evangelista presbiteriano Seth Joshua inició una serie de reuniones de reavivamiento en los alrededores, en el año 1904, se llevó a Roberts y a otros 20 jóvenes con él. Un día, Joshua oró: "Oh, Señor, dóbléanos", y el Espíritu Santo le dijo a Roberts: "Eso es lo que necesitas". Roberts oró: "Señor, ¡doblégame!" Aquel día, después de 13 años de oración, Roberts recibió un poderoso bautismo del Espíritu Santo. Desde ese momento, se convirtió en una antorcha encendida de Dios.

Anteriormente aprendimos que no deberíamos vacilar en pedirle a un gran rey grandes regalos. Roberts no vaciló. Imploró al Señor por 100.000 almas, y Dios le dio la seguridad de que sus oraciones serían respondidas.

¿Pero cómo iba Dios a convertir 100.000 almas, muchas de las

cuales eran rudos mineros galeses? Bueno, evidentemente Dios decidió trasladar el cielo a Gales. Dios usó a otros siervos ungidos además de Evan Roberts con un inusual poder durante 1904. A lo largo del país, los ciudadanos tuvieron un sobrecogedor sentido de la presencia tangible de Dios. Él estaba en todas partes, no sólo en las iglesias, sino en las calles, en los hogares, en los trenes, en las minas. Aún en las cantinas la gente era puesta bajo una convicción de pecado y dejaba sin tocar sus tragos sobre el mesón.

Roberts se sintió impresionado con la idea de pedir permiso para dejar las clases y volver a su familia para empezar una serie de reuniones en su pueblo natal de Loughoron. Le pidió al pastor si podía hablar a los presentes en la reunión de oración. Algo vacilante, el pastor le permitió dirigirse a los que estuvieran dispuestos a oírlo *después* de la reunión. Diecisiete personas se quedaron a escucharlo.

—Tengo un mensaje de Dios para ustedes —dijo Roberts—. Deben confesar cualquier pecado conocido a Dios y enmendar cualquier falta con otra persona. Segundo, deben poner de lado cualquier hábito dudoso en sus vidas. Tercero, deben obedecer al Espíritu con prontitud. Y, finalmente, deben confesar su fe en Cristo públicamente.

La reunión fue difícil, pero a eso de las 22:00 los diecisiete habían respondido.

El pastor, sorprendido, lo invitó para que predicara otra vez la noche siguiente, y luego por toda la semana siguiente.

Durante sus reuniones, Roberts predicó muy poco. Sólo se dedicó a recitar las promesas de Dios acerca del Espíritu Santo. Luego, el Espíritu lo impulsaba a pedir a la congregación que orara en voz alta, uno tras otro: “En el nombre de Jesús, envía tu Espíritu Santo ahora”. Cada noche, más personas se rendían al poder de Dios. Las reuniones atraían a multitudes cada vez más grandes. Pronto se pudo leer en los titulares de los periódicos: “Grandes multitudes de gente atraídas a Loughoron”. Un artículo decía que un joven, de nombre Evan Roberts, estaba causando una gran sorpresa. El camino principal donde se encontraba la iglesia permanecía atiborrado de gente que intentaba entrar. Muchos cerraban sus negocios temprano para encontrar un asiento.

Un reportero escribió que la reunión a la que asistió terminó a

las 4:25 de la mañana, ¡y que la gente no parecía querer ir a sus casas! Seguían parados afuera de la iglesia conversando acerca de lo que había sucedido. En una síntesis muy británica, escribió: "Sentí que esta no era una reunión ordinaria".

Una vez que los medios de comunicación hubieron destacado el movimiento, este se esparció como fuego a lo largo de Gales. Dios cumplió su promesa. Cien mil personas fueron convertidas en los cinco meses que duró el reavivamiento.

Interrogado con respecto a su secreto, Roberts respondió: "No tengo secreto. Pedid y se os dará".

Cinco años después, J. V. Morgan escribió un libro para desacreditar el reavivamiento. Su principal crítica era que de las 100.000 personas que se habían unido a alguna iglesia durante ese reavivamiento, sólo 80.000 permanecían aún firmes. ¡Sólo 80.000!

Los valores culturales de Gales cambiaron de la noche a la mañana. En las librerías se agotaron las Biblias. El índice de crimen se vino abajo. Los bares se fueron a la quiebra. El índice de nacimientos ilegítimos descendió un 44% en un año. Se recuperaron los borrachos, los apostadores y las familias desintegradas.

Los concejales del distrito sostuvieron reuniones de emergencia para discutir qué hacer con la policía, la que ya no tenía nada que hacer. De hecho, enviaron a buscar a un sargento de policía y le preguntaron:

—¿Qué haces con tu tiempo?

—Bueno, antes del reavivamiento teníamos dos trabajos principales: uno era prevenir el crimen, y el otro era controlar a las multitudes, como en los partidos de fútbol. Pero desde que empezó el reavivamiento, prácticamente no hemos tenido crímenes, así que simplemente nos vamos con las multitudes.

—¿Y eso qué significa? —preguntó el dirigente.

—Bueno —dijo—, usted sabe dónde están las multitudes: están llevando las iglesias.

—¿Y cómo afecta eso a la policía?

—Bueno, entre los 17 miembros de nuestro cuartel, tenemos 3 cuartetos, y si alguna iglesia quiere un cuarteto, ¡simplemente llaman al cuartel de policía!

Se produjo una disminución de producción en las minas de

carbón. Fueron tantos los mineros que se convirtieron y dejaron de usar un lenguaje vulgar, que los caballos que tiraban los carros en las minas no podían entender lo que se les estaba ordenando. Les tomó un tiempo antes de que se acostumbraran a un lenguaje suave.

La gente empleaba su tiempo libre en las reuniones de reavivamiento, hasta cuatro por día: a las 7:30 de la mañana, a las 10:00, a las 14:00, y a las 19:00. Estas últimas reuniones duraban a menudo hasta las primeras horas de la madrugada. Había mucho canto espontáneo. Cuando una iglesia se llenaba, las reuniones se trasladaban hasta otra iglesia en la misma calle. La gente caminaba por las avenidas cantando himnos, a veces toda la noche.

Tan grande fue el impacto de aquel movimiento, que el reavivamiento barrió Gran Bretaña y surgió en Noruega, de tal manera, que el parlamento noruego aprobó una ley especial para permitir que los laicos pudieran conducir servicios de comunión, ya que el clero no podía mantener el ritmo con el número de conversos que querían participar. El movimiento barrió con Suecia, Dinamarca, Alemania, Canadá, Australia, Nueva Zelanda, África, Brasil, México, Chile y, por supuesto, los Estados Unidos.

El fuego del reavivamiento saltó el Atlántico y se propagó en Norteamérica en 1905. Desafortunadamente, la Iglesia Adventista del Séptimo Día estaba por entonces preocupada con la apostasía de Ballenger y Kellog.

De acuerdo con Kenneth Scott Latourette, uno de los líderes del reavivamiento de 1905, el 25% del cuerpo estudiantil de la Universidad de Yale se involucró en reuniones de oración y estudios bíblicos ese año. J. Edwin Orr menciona tres ciudades como ejemplos. Los pastores de Atlantic City reportaron que de una población de 50.000 personas, sólo 50 adultos quedaron sin ser convertidos. El pastor de la Primera Iglesia Bautista de Padukah, Kentucky, era un hombre de edad llamado J. J. Check. En dos meses, recibió a mil nuevos miembros y murió por exceso de trabajo. En Portland, Oregon, 200 tiendas comerciales cerraron desde las 11:00 hasta las 14:00 para orar. Firmaron un acuerdo entre ellos de no hacer trampa permaneciendo abiertos.

Una chispa tan pequeña puede encender un fuego tan grande.

Evan Roberts le pidió a Dios 100.000 almas, y después de 13 años de oración recibió estas y muchas más.

¿Qué cosas le has estado pidiendo a Dios últimamente?

Necesitamos un reavivamiento en nuestras iglesias en la forma más urgente. Pero esto tiene un precio. El precio de un reavivamiento es la oración. Se requiere de una oración persistente y unida para producirlo. Dios ha prometido: "Si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra" (2 Crón. 7:14).

¿Cuánto te gustaría que Dios iniciara un reavivamiento en tu iglesia? ¿Podría Dios hacer por nosotros lo que hizo en Gales en 1904? Mejor aún, ¿podría él hacer por nosotros lo que hizo con los cristianos en el Imperio Romano durante los días del libro de Hechos? Bueno, él podría si oráramos como ellos lo hicieron. El libro de Hechos tiene más referencias a la oración que cualquier otro libro de la Biblia. La primera de ellas es muy sucinta: "Todos éstos perseveraban unánimes en oración y ruego" (Hech. 1:14). Esa es la condición. Ese es el precio del reavivamiento.

En Juan 20:21 encontramos a Jesús impartiendo su Espíritu Santo sobre los discípulos. Jesús dice: "Como me envió el Padre, así también yo os envío. Y habiendo dicho esto, sopló y les dijo: Recibid el Espíritu Santo". Este fue un adelanto de la plenitud del Espíritu que sería derramado sobre la iglesia en el Pentecostés. En el Antiguo Testamento sólo los profetas, sacerdotes y reyes recibieron el Espíritu Santo. Pero en la era del evangelio, éste es derramado sobre hijos e hijas; siervos y siervas, carniceros, panaderos y fabricantes de velas. Gente común como tú y yo. Dios dice a cada uno de nosotros hoy: "Como me envió el Padre, así también yo los envío". Él está esperando, en este mismo instante, para introducir en tu alma su gentil aliento como un adelanto de la poderosa tempestad de poder que está por venir. ¿Estás listo para recibirlo?

En Jeremías 33:3, Dios dice: "Clama a mí, y yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas, que tú no conoces". Clama a

mí. Estoy esperando. Apaga el televisor y quita el polvo del altar familiar. Oren juntos, unánimes y en un mismo espíritu, y obsérvenme hacer cosas inimaginables. Obsérvame abrir mi oculto tesoro y verter ríos de recursos que nunca imaginaste que existían. Obsérvame abrir puertas cerradas y destruir fortalezas y destrozar las puertas del infierno. Obsérvame encenderle fuego a la iglesia para quemar vastas extensiones de territorio enemigo. Obsérvame crear un nuevo futuro para tu vida y tu congregación. Tan sólo clama a mí. Busca mi rostro. Aquí estoy. Esperando.

¿Por qué no dejar que tu iglesia sea el comienzo del siguiente gran reavivamiento de Dios? Si te gustaría ver que eso suceda, entonces ora. De a uno, de a dos, en pequeños grupos, esta semana, la semana siguiente, el año próximo, ora como nunca has orado antes. Deja a un lado las rebuscadas discusiones teológicas y ora sin cesar. Ora a tiempo y fuera de tiempo. Ora como si tu vida dependiera de esto. Ora como si no hubiese un mañana. Ayuna y ora hasta que escuches el sonido de una lluvia abundante. Ora hasta que Dios envíe el poderoso e impetuoso viento. Ora hasta que caiga fuego. Tan sólo ora. Y reclama la sublime promesa de Mateo 21:22: "Y todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis".

Cómo capturar el viento

En el capítulo anterior estudiamos algunos de los grandes reavivamientos ocurridos en el mundo de habla inglesa durante los últimos 200 años, todos ellos producidos como resultado de la oración. Pero, ¿qué hay en cuanto a nuestra Iglesia Adventista?

De poder regresar en el tiempo y observar una de las reuniones de alabanza que nuestros pioneros sostenían, algunos adventistas modernos se espantarían. A continuación, las palabras con las que una de las pioneras describió una reunión a la que asistió en 1850: “El domingo, el poder de Dios vino sobre nosotros como un poderoso e intempestivo viento. Todos se pusieron en pie y alabaron a Dios a gran voz; fue algo parecido a cuando se pusieron los fundamentos de la casa de Dios. La voz del llanto no se podía distinguir de la voz de la alegría. Fue un momento de triunfo; todos fueron fortalecidos y refrescados. Nunca antes había presenciado semejante poder” (*Manuscript Releases*, t. 5, p. 226).

Suena como algo fanático, ¿verdad? Pero esas son las palabras de Elena de White. En 1848, ella escribió: “El poder descendió como un viento poderoso e intempestivo, la habitación fue llena de la gloria de Dios, y fui absorbida por la gloria y arrebatada en visión” (*Ibíd.*, p. 249).

Ahora, ¿ese sí que fue un viento!, uno de aquellos que no vemos hace mucho. Pero eso ya ha sucedido aquí con anterioridad.

En 1892, un notable reavivamiento se inició en el Colegio de Battle Creek y se difundió en todas direcciones desde allí. Comenzó así. Dos estudiantes de dicha institución se habían metido en problemas. Uno de ellos era un no creyente declarado, el otro no mostraba señales de ser un cristiano. El personal se preguntaba qué hacer con respecto a una infracción cometida por estos jóvenes, mientras que al mismo tiempo intentaban establecer una actitud de ansiosa expectación por la semana de oración que se acercaba. No querían perjudicarla. De modo que varios de los profesores oraron y se comprometieron a realizar un "trabajo personal" en favor de los dos jóvenes en problemas. Entonces, en la noche del martes 29 de noviembre, sucedió algo notable. Citamos el relato de Roy Graybill que apareció en la revista *Insight*, del 30 de marzo de 1971.

"Los dos jóvenes [...] vivían en dormitorios distintos, pero esa noche, casi al mismo tiempo, sin haber asistido a ninguna reunión y sin haberse puesto de acuerdo, ambos jóvenes se aproximaron a los miembros de la facultad y, después de contarles de su severa lucha, entregaron sus corazones a Dios.

"Entonces, el campus entero comenzó a moverse como a la orden de una señal secreta. Esa misma noche otros estudiantes dejaron sus cuartos, profundamente atribulados, para buscar consejo de sus maestros. La sala de estudio se disolvió en pequeños grupos que se reunían en las piezas para hablar acerca de la necesidad de una conversión, y pronto el vestíbulo se llenó también de estudiantes que participaban de una reunión de alabanza".

El reavivamiento se extendió a las oficinas de la casa publicadora de la *Review & Herald*. Urías Smith lo describió de esta manera:

"El Señor, en su gracia, ha visitado a su pueblo en Battle Creek durante la semana pasada. Este ha sido especialmente el caso en el colegio y en las oficinas de la *Review*. Esta obra no fue el resultado de algún esfuerzo particular por producir un espíritu de reavivamiento, sino que pareció brotar en los lugares y corazones menos esperados. En el colegio, el interés era tan grande que las clases regulares fueron suspendidas un día entero. Muchos se convirtieron, algunos en la reclusión de sus cuartos. En la oficina [de la *Review*], se han tenido reuniones temprano en la mañana, a mediodía, y a la noche, con resultados felices y llenos de bendición. Hermanos que ha-

bían estado separados entre sí, fueron hechos uno en Cristo, y los pecadores fueron convertidos a Dios" (Uriah Smith, en *Review & Herald*, 6 de diciembre de 1892).

Otro informó: "Amigos a la distancia se alegrarán al enterarse de la buena obra realizada en el colegio de Battle Creek, durante la semana de oración que acaba de terminar, el 24 de diciembre de 1892. Jueves y viernes fueron días para ser recordados por mucho tiempo por aquellos que participaron de estas reuniones en busca de Dios. Como alguien dijo: 'Parecía como si una bendición estaba colgando sobre nuestras cabezas lista para ser derramada, pero algo la impedía'. El jueves, las nubes se desvanecieron, el espíritu de confesión se apoderó de maestros y pupilos por igual. Fue algo genuino y de todo corazón. Las faltas pendientes desde hacía mucho tiempo fueron confesadas, y los corazones angustiados no pudieron seguir soportando la carga que les impedía su entrega libre y completa. Algunos habían criticado a sus profesores y habían opinado sobre cada persona que conocían o de la que habían escuchado; otros confesaron orgullo y egoísmo de corazón; muchos confesaron infidelidad en los estudios e infracción de reglas, las cuales reconocían como buenas y saludables. Algunos profesores decían no haber buscado a Dios como debían antes de entrar a clases, y con profunda humildad cada uno pidió perdón a aquellos que habían sido afectados negativamente por su conducta o enseñanza" (Malcom Bradley Duffie, en *Review & Herald*, 10 de enero de 1893).

Cuando Elena de White escuchó las noticias estando en Australia, se llenó de alegría. "Me regocijé al oír que el Espíritu Santo había sido derramado sobre nuestro pueblo en Norteamérica, y he estado esperando con ansiedad nuevos avances en nuestro país, tales como los vistos después que el Espíritu Santo descendiera en el día del Pentecostés" (*Manuscript Releases*, t. 5, p. 232).

Muy pronto el reavivamiento se esparció hacia otras áreas tales como Lancaster, Massachusetts. Elena de White describe una reunión realizada en aquel lugar: "La gloria de Dios vino a aquella reunión. Al comenzar la reunión parecía que la gloria de Dios estaba a punto de caer sobre nosotros, pero no vino sólo sobre unos pocos, sino que esta vez fue una gigantesca ola que barrió la congregación, ¡y qué momentos de alegría!" (*Ibid.*, p. 234).

Al igual que en la mayoría de los reavivamientos, este sin duda tuvo sus ocasionales excesos y quizás una que otra manifestación inusual, y durante los años siguientes Elena de White tendría bastante que decir en cuanto al fanatismo. Pero ella dirigió la mayoría de sus advertencias no en contra del fanatismo, ¡sino en contra de aquellos que advertían contra el fanatismo!

“Aquel que califica la obra de Dios como un entusiasmo indebido y lo llama fanatismo —escribió ella—, ciertamente está parado sobre terreno peligroso” (*Review & Herald*, 13 de febrero de 1894). “Pero si el Señor obra sobre los hombres como lo hizo en el día de Pentecostés y después de ese día, muchos que ahora pretenden creer la verdad conocerían tan poco de la forma como obra el Espíritu Santo, que exclamarían: ‘¡Cuidado con el fanatismo!’ De los que están henchidos por el Espíritu Santo dirían: ‘Estos hombres están llenos de mosto’... Cuando las almas anhelan tener a Cristo, y procuran unirse con él, entonces los que están contentos con una mera forma de piedad exclaman: ‘Sed cuidadosos y no vayáis a los extremos’ ” (*Mensajes selectos*, t. 2, p. 65).

“Hay algunos que ya están poniendo en duda la obra que fue tan buena y que debiera haber sido apreciada al máximo. La están considerando como una especie de fanatismo.

“Sería sorprendente que no hubiera algunos que, por no tener una mente bien equilibrada, no hubieran hablado y procedido imprudentemente, porque cuandoquiera y doquiera obra el Señor dando una bendición genuina, también se revela una falsificación a fin de dejar sin efecto la verdadera obra de Dios. Por lo tanto, necesitamos ser extremadamente cuidadosos...

“Pero porque algunos han malversado la rica bendición del cielo, ¿negarán otros que Jesús, el Salvador del mundo, ha pasado por nuestras iglesias para bendecirlas?... Si se continúa en esta actitud, entonces cuando el Señor deje brillar otra vez su luz sobre los nuestros, ellos se apartarán de la luz celestial diciendo: ‘Sentí lo mismo en 1893, y algunos en los cuales había confiado dijeron que la obra era fanatismo’. Los que han recibido la rica gracia de Dios y llegaron a la conclusión de que era fanatismo la operación del Espíritu Santo, ¿no estarán listos para censurar la obra del Espíritu de Dios en lo futuro?” (*Ibid.*, t. 1, pp. 164-166).

Deberíamos ser cautelosos en cuanto a condenar automáticamente un comportamiento extraordinario en ocasiones en que el Espíritu de Dios está obrando de forma poderosa, ya que semejante comportamiento ha estado presente en algunos de los más grandes reavivamientos de la historia, incluyendo el de Hechos 2. Todavía comentando este reavivamiento, Elena de White dijo: "Cuando el Espíritu Santo mueve al agente humano no nos pregunta en qué manera ha de proceder. A menudo actúa de maneras inesperadas" (*Testimonios para los ministros*, p.64). "El Consolador se ha de revelar a sí mismo, no en una manera específica o precisa que el hombre pueda delinear, sino en el orden de Dios; en ocasiones y maneras inesperadas que honren su nombre" (*Ellen G. White, 1888 Materials*, p. 1.478; ver también *Fundamentals of Christian Education*, p. 434; *Testimonios para los ministros*, p. 284). A veces Dios honra su nombre de formas extrañas. Cuando, por ejemplo, orgullosos individuos de cultura y dignidad terminan arrastrándose por el suelo en la presencia de Dios, como sucedió en muchos grandes reavivamientos (tales como los de Wesley y Whitefield), tenemos razones para sospechar que algo sobrenatural está sucediendo. El Espíritu Santo ha hecho cosas más extrañas que esto. En tres ocasiones distintas, por lo menos, durante los tiempos bíblicos, el Espíritu impulsó a líderes ungidos a desvestirse hasta quedar en ropa interior (si es que no fueron más lejos todavía) en público (1 Sam. 19:23, 24; 2 Sam. 6:14, 20; Isa. 20:2-4).

Durante sus primeros años, algunos sospecharon que la misma Elena Harmon era una fanática, ya que no podían aceptar algunas de las manifestaciones físicas que acompañaban su nueva y vibrante fe, tales como la postración. Hacia 1843, uno de sus oponentes "que había confesado estar equivocado en su oposición, experimentó el poder de Dios de forma tan grande que su rostro brilló con una luz celestial, y cayó impotente al suelo. Cuando regresó su fuerza, nuevamente reconoció que había estado ignorantemente peleando contra el Espíritu del Señor al abrazar el sentimiento que tenía contra mí. En otra reunión de oración, aconteció lo mismo con otro miembro de la misma familia que sufrió la misma experiencia y dio el mismo testimonio. Pocas semanas después, mientras la gran familia del hermano P estaba participando de la oración en su propia

casa, el Espíritu de Dios pasó sobre la habitación y postró a los suplicantes que se encontraban de rodillas. Mi padre entró poco después y los encontró a todos, tanto padres como hijos, impotentes ante el poder del Señor. La fría formalidad comenzó a derretirse ante la influencia del Altísimo" (*Testimonies*, t. 1, pp. 47, 48).

A partir de la década de 1840, manifestaciones físicas semejantes han aparecido con poca frecuencia entre los adventistas, y cuando lo han hecho, algunos de ellos han sido de dudoso origen, provocando las advertencias de Elena de White (ver *Mensajes selectos*, t. 2, pp. 28-34; t. 3, pp. 414-432). No obstante, rara vez la iglesia ha estado bajo el peligro de ser rebasada por miembros exuberantes con un exceso de gozo.

En el otoño de 1970, un gran reavivamiento se inició en la Universidad Andrews y se esparció alrededor del mundo en los círculos adventistas.

Ese año, Andrews estaba hirviendo con disidencia, abuso de drogas y tensiones raciales. Los peinados y el vestuario eran temas divisivos en el campus. Los roncós cuervos de los años 60 habían llegado para anidar en Andrews.

Ciertos miembros del personal docente y un grupo de estudiantes comenzaron a orar por la llegada de un reavivamiento. Antes de que empezaran las clases, hicieron planes de tener un retiro espiritual en el otoño para todo el campus, en el campamento de Michiana, involucrando a los líderes estudiantiles y otros. Los estudiantes que asistieron ya habían estado estudiando y orando juntos por un año por lo menos. Estaban empeñados en cambiar el *statu quo*.

Los oradores invitados para el retiro fueron E. L. Minchin, H. M. S. Richards, Jr., y un pastor de 29 años llamado Mike Stevenson. Este último estaba convencido de que el formalismo, no el fanatismo, era el problema de la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

Lo que sucedió a continuación ilustra un tema que se repite en toda la literatura del reavivamiento: éste es provocado con mayor frecuencia por testimonios —a menudo de laicos— que por la predica-

ción expositiva (aunque con seguridad necesitamos más de ésta también). Dios llama a hombres y mujeres a ser testigos, no oradores; canales de gracia, no cálices de sabiduría.

Mientras se cantaba el himno preliminar en una de las principales reuniones nocturnas, Stevenson se sintió profundamente impresionado con el pensamiento de que algo fuera de lo común estaba por ocurrir, por lo que se excusó y se dirigió a su cabina para orar. Cuando regresó, dejó a un lado las notas de su sermón y simplemente dio su testimonio personal de lo que Dios había hecho en su vida.

El resultado fue una avalancha. Los estudiantes empezaron a orar y a confesar sus pecados a las 21:00 y no se detuvieron hasta las 3:00 de la madrugada. En un determinado momento se trasladaron hasta una fogata, se dividieron en pequeños grupos y comenzaron a orar para que el Señor despertara a aquellos que ya se habían ido a dormir. Efectivamente, muchos de ellos se despertaron de un sueño profundo, vinieron hasta la fogata y entregaron sus corazones a Cristo.

Ese fue el comienzo de algo grande.

Cuando los 150 estudiantes espiritualmente reavivados regresaron al campus, se encontraron con el escepticismo y el ridículo. No obstante, el martes, durante el culto de las 9:00 de la mañana, cuando se pararon frente al cuerpo estudiantil y relataron lo que Dios había hecho por ellos, el campus pareció electrizarse. Los estudiantes invitaron a sus amigos a entregar su vida a Cristo. El culto duró hasta el mediodía y la escuela suspendió las clases por el resto del día. Desde allí, el reavivamiento simplemente continuó creciendo. Había reuniones de toda la noche, cultos de testimonios en la capilla y gente cantando en las filas del comedor.

El campus se polarizó; algunos de los profesores estaban en contra del reavivamiento, otros a favor. Pero éste siguió adelante. Centenares de vidas fueron transformadas en forma definitiva. Los estudiantes prendieron una hoguera en la que quemaron toda la parafernalia de drogas, álbumes de música rock y pornografía. El viento de Dios sopló a través del campus y lo limpió.

De inmediato, el Espíritu Santo transformó a los estudiantes en misioneros. Equipos de jóvenes salieron a todas las colegios se-

cundarios e iglesias vecinos. De acuerdo con el *Student Movement* [Movimiento Estudiantil] del 3 de diciembre de 1970, 18 estudiantes partieron del campus para llevar el reavivamiento al Columbia Union College (CUC). El culto en la iglesia de Sligo, en el campus del CUC, duró hasta las 2:30 de la tarde, después de un culto de viernes que había durado toda la noche.

Luego, vehículos cargados de estudiantes del CUC viajaron a sus propias expensas hasta las iglesias vecinas para compartir el reavivamiento. Pronto llegaron al Southern Missionary College (ahora Southern Adventist University), donde 500 estudiantes se ofrecieron para preparar un programa especial de testificación con Biblia en mano. Durante los años siguientes, la chispa encendida en los corazones de aquellos estudiantes de Andrews se convirtió en una llama que incendió muchos de los principales colegios adventistas alrededor del mundo.

Ahora, he aquí lo curioso. Esto no sucedió en un vacío. Los vientos del reavivamiento soplaron sobre centenares de colegios y universidades durante ese año. El primero en ser tocado fue el Asbury College, en febrero de 1970. Asbury es una institución wesleyana que había experimentado grandes reavivamientos en 1905, 1907, 1908, 1915, 1921, 1950 y 1958. Inscrita en la piedra angular de la iglesia del campus en la que se inició el reavivamiento, se encuentra una cita de Hebreos 12:14: "Seguid... la santidad, sin la cual nadie verá al Señor".

La mañana del 3 de febrero, los estudiantes se reunieron en la iglesia de la universidad. Puesto que no había un orador programado, el nuevo presidente del colegio, Dennis Kinlaw, preguntó si alguno de los estudiantes tenía algo que quisiese decir. Al cabo de unos instantes, dos o tres pasaron adelante, y uno de ellos comenzó a hablar.

Repentinamente, una poderosa convicción se apoderó de toda la congregación, y los estudiantes comenzaron a fluir hacia el frente. Otros, que se encontraban fuera de la iglesia, fueron atraídos hacia el interior de manera espontánea. La confesión de pecados, la re-

conciliación con enemigos y la alabanza al Señor tomaron el lugar del olvidado almuerzo. El presidente Kinlaw se sentó. Sin ningún tipo de liderazgo, el reavivamiento continuó girando alrededor del reloj por casi toda la semana. El auditorio no se encontró vacío sino hasta bien entrada la noche del jueves.

¿Por qué ha de sorprendernos el que Dios bendiga a otros cristianos que lo están buscando? Quizás Dios quiere ponernos celosos e impulsarnos de este modo a orar por el viento del Espíritu. De ninguna manera debemos cometer el error de los discípulos que querían prohibirle a alguien que sanara por no pertenecer a su grupo.

Desde el campus de Asbury, centenares de estudiantes viajaron por todos los Estados Unidos llevando el reavivamiento a más de 200 colegios. El presidente Kinlaw explica lo que sucedió, cuando ellos relataron su historia, en su libro *Preaching in the Spirit* [Predicando en el Espíritu]:

“El Dr. Donald Irwin, pastor de la iglesia del Oliver Nazarene College, en Kankakee, Illinois, estaba preparándose para entrar al culto del sábado por la noche, durante el reavivamiento de fin de semana, cuando su jefe de diáconos le informó que dos estudiantes del Asbury College querían verlo. Notando que todavía le quedaban diez minutos antes del inicio del servicio, el Dr. Irwin le dijo al diácono que los hiciera pasar.

“Dos jóvenes de aspecto bien sencillo caminaron hasta su oficina. Le dijeron al pastor que un reavivamiento había surgido en Asbury, que mucha gente que nunca antes había conocido a Dios lo estaba encontrando, y que los cristianos estaban descubriendo a Cristo de una manera muy poderosa. Estos dos amigos habían estado orando juntos toda la noche anterior, cuando Dios les dijo que debían ir al Oliver College para compartir con los estudiantes lo que él estaba haciendo en Asbury.

“El Dr. Irwin expresó su alegría ante las noticias, pero les indicó que no podía invitarlos a hablar desde el púlpito, puesto que él no los conocía. La respuesta de los muchachos lo sorprendió. Ellos dijeron: ‘¡Ningún problema! Dios nos dijo que viniéramos. Le hemos obedecido. Así que está todo bien’. El Dr. Irwin no percibió ningún sentimiento negativo por parte de ellos, en el momento en que am-

bos dieron media vuelta y se encaminaron de regreso a la puerta.

“El propio espíritu del Dr. Irwin lo controló. De pronto, los llamó: ‘¡Esperen un minuto, amigos! Regresen. ¿Cuánto me dijeron que les tomaría contar su historia? ¿Podrían hacerlo en cinco minutos, después del primer himno?’

“Le aseguraron que si deseaba, lo podían hacer en menos que eso. Sólo querían ser obedientes al Espíritu Santo.

“Tras el himno de apertura, el Dr. Irwin presentó brevemente a los dos estudiantes. El primero se paró y simplemente dijo quién era y cómo Dios estaba trabajando en el Asbury College. Señaló que muchas personas estaban encontrando a Dios, que se estaban reparando muchas relaciones rotas, que muchas vidas estaban siendo transformadas, y que el Señor les había dicho que vinieran y compartieran las noticias. Se sentó, y su compañero se puso en pie y dijo algo parecido. Entre los dos no tardaron más de cuatro minutos en contar su historia, y no hubo ninguna respuesta visible de parte de la audiencia. El Dr. Irwin anunció que un cuarteto cantaría a continuación.

“El cuarteto terminó la primera estrofa. Antes de que comenzaran con la segunda, el bajo se dirigió al frente, sollozando. Otras doce o quince personas se levantaron desde varios lugares en el auditorio y pasaron hasta el frente.

“El servicio estaba siendo transmitido por radio. Muchos oyentes sintieron el toque de Dios en sus corazones, dejaron lo que estaban haciendo y se dirigieron hasta la iglesia. Para las 9 había más personas en la iglesia de las que había al comienzo del culto. Muchos no se detuvieron para encontrar un asiento, sino que pasaron directo al frente para hacer las paces con Dios.

“A la mañana siguiente, cerca de 20 vehículos llenos de estudiantes se dirigieron desde Oliver a las iglesias y colegios alrededor del país para contar acerca del reavivamiento. Doquiera iban, el Espíritu atendía a su testificación como lo había hecho con los dos estudiantes la noche anterior”.

Alguien hizo un poco de investigación en Asbury, y descubrió que, previo al reavivamiento, un pequeño grupo de estudiantes había orado con fervor para que el Espíritu de Dios descendiera sobre el alumnado. Las oraciones de ese puñado de sinceros cristianos desa-

taron un tornado de santo poder que barrió toda Norteamérica.

Hay una constante bien sencilla en la mayoría de estos reavivamientos. Ellos comenzaron con la oración de un pequeño grupo de estudiantes o miembros del personal. Ellos no se iniciaron gracias a una cuidadosa planificación, alguna música inspiradora o ni siquiera una grandiosa predicación. Ellos se produjeron gracias a la oración.

Todo lo que el Espíritu Santo necesita es una invitación y un canal a través del cual pueda actuar.

Tú podrías ser ese canal.

Tus oraciones pueden tener una influencia mucho más poderosa sobre el clima espiritual de lo que jamás podrías imaginar. ¿Has escuchado del efecto mariposa? Los científicos han descubierto que es imposible, aún en teoría, predecir el tiempo con mucha anticipación, ya que algo tan pequeño como el aleteo de una mariposa es capaz de afectarlo. Algunas mariposas pueden iniciar un movimiento de aire que podría concluir en un frente de mal tiempo.

Así ocurre también en la esfera espiritual. La oración es como las alas de una mariposa. Tú podrías ser esa mariposa cuyas frágiles alas de oración podrían echar a rodar una avalancha de poder y, de este modo, enviar el torbellino de Dios para que pase por tu comunidad. Emocionante, ¿cierto?

Quizás estés pensando: *Mi fe es muy endeble. Soy apenas una caña sacudida por el viento.* ¿Sabes lo que el viento puede hacer con una caña, una que vez que ésta cede y se rinde ante el viento? ¡Es sorprendente! En un tornado, algo tan inmaterial como el aire puede hacer pasar algo tan endeble como una paja *a través del corazón de un roble.*

El viento tiene el poder de impartir miedo y quitarlo. Hace muchos años una tormenta de viento extremadamente fuerte azotó Ellijay, Georgia, donde Tim se encontraba pastoreando. Apenas calmada la tormenta, Tim salió a recorrer el pueblo, contemplando los alambrados caídos y las ramas de los árboles. De pronto se topó con dos pájaros parados en medio de la acera. Con cuidado condujo hasta ellos, esperando que volaran en cualquier momento. Pero no

lo hicieron. Se detuvo junto a ellos, abrió la puerta, los recogió y los puso en el asiento delantero de su vehículo. Los poderosos vientos los habían aturrido tanto, que habían perdido el miedo a los seres humanos. Cuando los vientos de Dios soplen sobre nosotros, nuestra naturaleza será alterada y perderemos el temor a lo que piensen los demás.

Jesús tomó una vez a 12 endebles hombres y les dio tres años de instrucción como tutor, al fin de los cuales tenían poco para mostrar. Sin embargo, momentos antes de su ascensión, él se volvió hacia ellos y sopló, diciendo: "Recibid el Espíritu Santo" (Juan 20:22). Cuando el Espíritu Santo vino, los tímidos se volvieron repentinamente valerosos: 12 escopetas se transformaron en 12 cañones de alto calibre para el Señor, y el mundo fue transformado. El mismo Espíritu Santo está hoy esperando hacer lo mismo con nosotros.

¿Qué tiene Dios en su bodega para su iglesia en el futuro? ¿Quién se comprometerá a orar hasta que Dios vierta su río de bendiciones —al igual que en el Pentecostés— sobre la tierra para así causar, una vez más, estragos en el reino de las tinieblas? ¿Qué torrentes de gracia está él esperando derramar sobre tu familia, tu escuela, tu iglesia, tu ciudad? ¿Dónde encontrará un canal a través del cual pueda obrar?

El Espíritu está atrayendo a personas por decenas de miles, semana tras semana, hacia su reino. Más de una persona por minuto se une a la Iglesia Adventista del Séptimo Día. No obstante, esto es apenas una gota de lo que está por venir. El reavivamiento de 1970 fue el último reavivamiento a nivel nacional del siglo pasado. Pero una vez más, algo cataclísmico está en el aire. La reunión más grande de oración en la historia norteamericana ocurrió en el otoño de 1997, cuando más de un millón de hombres se congregaron para "pararse sobre la brecha", en la capital del país. Los movimientos de oración están inundando a la Iglesia Adventista y muchas otras iglesias. Nos estamos acercando al hogar, y estamos parados al borde del mayor derramamiento del Espíritu de Dios en la historia de la humanidad. Ya podemos oír el sonido del trueno distante. Pronto, aquellos cuyos oídos espirituales estén sintonizados en la frecuencia de Dios oirán el sonido de un poderoso e intempestivo viento.

Si tu congregación o escuela tiene necesidad del aliento de

Dios, entonces ya sabes qué hacer. No podemos controlar el viento, pero podemos orar. Podemos izar las velas. Podemos estar listos y esperando, con las velas desplegadas, a que el viento de Dios comience a soplar.

Apéndice

Algunas de las más grandes promesas de Dios

De respuestas a la oración Sal. 6:9; Mat. 7:7-11; Luc. 18:27; Juan 15:7.

Acerca de sus promesas Núm. 23:19; Jos. 23:14; Isa. 46:11; 55:11; 2 Cor. 1:20; Heb. 10:23, 35 y sigs.

Acerca de necesidades diversas Job 5:17-26; Sal. 34; 37:4; 81:10; 84:11; Mar. 10:29 y sigs.

Por las necesidades básicas Sal. 34:9 y sigs.; 72:12; 145:15; Isa. 33:16; 41:17 y sigs.; Mat. 6:25-33.

Del amor de Dios Sal. 103:8-17; Isa. 49:15 y sigs.; Jer. 31:3; Rom. 5:8; 8:35-39; 1 Juan 3:1; 4:9-19.

Por perdón Sal. 32:1-5; Isa. 1:18; 43:25; 55:7; Miq. 7:18 y sigs.; Juan 5:24; 6:37; 1 Juan 1:7, 9.

Por certeza de la salvación Juan 3:36; 5:24; Rom. 8:29-34; 10:9 y sigs.; 1 Juan 5:9-12.

Por victoria sobre el pecado Eze. 36:25-27; Rom. 6:14; 1 Cor. 10:13; 15:57; 2 Cor. 5:17; Gál. 5:16; Fil. 1:6; 1 Tes. 5:23; Heb. 9:14; 13:22; Sant. 4:7; 2 Ped. 1:4; 1 Juan 5:4, 18; Jud. 24.

Por fuerzas Sal. 18:32-36; 68:35; Isa. 40:28-31; 41:10; 2 Cor. 12:9; Fil. 4:13; Col. 1:11.

Por sanidad Éxo. 15:26; 23:25; Sal. 30:2 y sigs.; 41:1-3; 103:2-5; 107:17-22; 118:17; Isa. 38; 58:8; Jer. 17:14; 30:17; 33:6; Mar. 16:18; 2 Cor. 4:16-18; Sant. 5:13-18.

Por consuelo en la aflicción Deut. 33:27; Sal. 34:18; 147:3; Mat. 5:4; Juan 14:18; 2 Cor. 1:3-7.

Por alivio del temor Sal. 4:8; 23:4; 46:1-3; 112:5-8; Prov. 3:24-26; Isa. 41:13 y sigs.; 44:8.

Por protección Deut. 33:12; Sal. 91; 27:1-5; 34:7, 19; 50:15; Isa. 43:2; Mar. 16:18; Luc. 10:19.

Acerca de los enemigos Sal. 21:11 y sigs.; 118:6 y sigs.; 138:7; Prov. 16:7; 20:22; Isa. 41:11 y sigs.; Jer. 20:11.

Acerca de las calumnias Job 5:21; Sal. 35; 31:20; 101:5; 120:2; Isa. 50:7; 54:17.

Para que la justicia prevalezca Sal. 103:6; Isa. 42:1-4; Mal. 3:5; Luc. 18:7 y sigs.; 2 Tes. 1:6 y sigs.

Por libertad Sal. 107:10-16; 146:7; Isa. 51:14; 61:1; Juan 8:31-36; Rom. 6; 2 Cor. 3:17.

Por paz Sal. 4:8; 119:165; Isa. 26:3; 32:17; Mat. 11:28-30; Juan 14:27; 16:33; Fil. 4:7.

Por gozo Sal. 16:11; 30:5; 64:10; 126:6; Isa. 30:29; 55:12; Juan 15:11; 16:22; 17:13.

Por sabiduría Sal. 111:10; 119:98 y sigs.; 130; Prov. 2:3-11; Jer. 33:3; 1 Cor. 1:30; Efe. 1:17; Sant. 1:5.

Por conducción Sal. 23; 25:8-12; 32:8; Prov. 3:5; Isa. 30:21; Juan 7:17; 8:12; 1 Juan 2:27.

Por éxito Deut. 28:13; 30:9 y sigs.; Jos. 1:7-9; Sal. 1:3; 37:4-6; Prov. 3:1-10; Isa. 58; 48:15.

Por recuperación de fracasos y errores Sal. 37:23 y sigs.; 116:6-9; 145:14; Prov. 24:16.

Para que lo bueno salga de lo malo Gén. 50:20; Rom. 8:28; 2 Cor. 4:16 y sigs.; 12:9 y sig.; 13:8.

Para que Dios esté con nosotros Deut. 31:6, 8; Sal. 139:7-10; Isa. 41:10; Mat. 28:20; Juan 14:18, 23.

Por el Espíritu Santo Joel 2:28; Mat. 3:11; Luc. 11:13; Juan 14:16 y sig.; 15:26; 16:7-14.

Para testificar Éxo. 4:12; Sal. 40:3; Isa. 50:4; Jer. 5:14; Luc. 12:11 y sig.; 21:12-15; Hech. 1:8.

Por los ganadores de almas Sal. 51:13; 126:6; Dan. 12:3; Mat. 4:19; 10:32; 1 Tim. 4:16; Sant. 5:19, 20.

Por una intercesión exitosa Job 42:8; Jer. 5:1; Joel 2:17-19; Rom. 8:26 y sigs.; 1 Juan 5:16.

Por tu familia Deut. 26:11; Sal. 89:30-34; 112:1-3; 115:14; 128; Prov. 14:26; 20:7; 22:6; 29:17; Isa. 49:18, 25; 54:13; Jer. 31:16 y sigs.; Mal. 4:6; Hech. 16:31; Rom. 15:5.

Por los descarriados Isa. 44:22; Jer. 3:12, 22; Eze. 18:21; Ose. 6:1; 14:4; Joel 2:12-14, 25.

Por los viudos, divorciados y huérfanos Sal. 27:10; 68:5; 146:9; Isa. 54:4-8; Mar. 10:29 y sigs.

Por la salvación de los hijos Deut. 1:39; Sal. 102:28; 103:17; 112:2; Isa. 44:3-5; 49:25; 54:13; 59:21; 61:7-9; 65:23; Jer. 31:15-17.